CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

MADRID

JUNIO 1965



CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

Revista mensual de Cultura Hispánica

Depósito legal: M 3875/1958

186

DIRECCION, ADMINISTRACION
Y SECRETARIA

Avda. de los Reyes Católicos
Instituto de Cultura Hispánica
Teléfono 244 06 00
M A D R I D

RELACION DE CORRESPONSALES DEL EXTRANJERO

Eisa Argentina, S. A. Araoz, 864. *Buenos Aires* (Argentina).—Gisbert & Cía. Librería La Universitaria. Casilla, 195. *La Paz* (Bolivia).—Don Fernando Chinaglia. Rua Teodoro Da Silva, 907. *Río de Janeiro, Grajaú* (Brasil).—Unión Comercial del Caribe. Carrera, 43, núm. 36-30. *Barranquilla* (Colombia).—Librería Hispania. Carrera 7.ª, núm. 19-49. *Bogotá* (Colombia).—Don Carlos Climent. Unión Distribuidora de Ediciones. Calle 14, núm. 3-33. *Cali* (Colombia).—Don Pedro J. Duarte. Selecciones. Maracaibo, núm. 47-52. *Medellín* (Colombia).—Librería López. Avda. Central. *San José* (Costa Rica).—Don Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, 407. *La Habana* (Cuba).—Distribuidora General de Publicaciones. Galería Imperio, 255. *Santiago de Chile* (Chile).—Instituto Americano del Libro. Escofet Hnos. Arzobispo Nouel, 86. *Santo Domingo* (República Dominicana).—Selecciones. Agencia Publicaciones. Aguirre, 717, entre Boyacá y Francisco García Avilés. *Guayaquil* (Ecuador).—Selecciones. Agencia Publicaciones. Venezuela, 589, y Sucre esq. *Quito* (Ecuador).—Roig Spanish Books. 576. Sixth Avenue. *New York* 11, N. Y. (USA).—Librería Cultural Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga. 2.ª Avenida Sur y 6.ª Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador* (El Salvador).—Don Manuel Peláez, P. O. Box, 2224. *Manila* (Filipinas).—Librería Internacional Ortodoxa. 7.ª Avenida, 12. D. *Guatemala* (Guatemala).—Don Leopoldo de León Ovalle. 4.ª Calle (Calvario), frente a Telecomunicaciones. *Quezaltenango* (Guatemala). Establecimiento Comercial de don Jesús M. Castañeda. *La Ceiba* (Honduras).—PP. Paulinos. Casa Cural. Apartado núm. 2. *San Pedro de Sula* (Honduras).—Librería La Idea. Apartado Postal 227. *Tegucigalpa* (Honduras). Librería Font. Apartado 166. *Guadalajara* (México).—Eixa Mexicana, S. A. Justo Sierra, 52, *México, D. F.* (México).—Don Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones, *Managua* (Nicaragua).—Don Agustín Tijerino. *Chinandega* (Nicaragua). Don José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Plaza de Arango, 3. *Panamá* (República de Panamá).—Don Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, 209. *Asunción* (Paraguay). — Don José Muñoz R. Jirón. Ayacucho, 154. *Lima* (Perú). — Don Matías Photo Shop. 200 Fortaleza Sh. P. O. Box, 1.463. *San Juan* (Puerto Rico).—Eisa Uruguaya, S. A. Obligado, 1.314. *Montevideo* (Uruguay).—Distribuidora Continental. Ferrenquín a la Cruz, 175. *Caracas* (Venezuela).—Distribuidora Continental. *Maracaibo* (Venezuela).—Conwa Grossovertrieb GMBH. Danziger Strasse 35a. *Hamburg 1* (Alemania).—W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel. Gerconstrasse, 25-29. *Koln 1, Postfach* (Alemania).—Agence et Messageries de la Presse. Rue de Persil, 14 a 22. *Bruselas* (Bélgica). Librairie des Editions Espagnoles. 72, rue de Seine. *París* (Francia).—Librairie Mollat. 15, rue Vital Charles. *Burdeos* (Francia). — Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes. Rua San Nicolau, 119. *Lisboa* (Portugal). — Stanley, Newsagent Confectioner. 14, Leinster Street (S T H.). *Dublin* (Irlanda)

ADMINISTRACION EN ESPAÑA

Avda. Reyes Católicos (Ciudad Universitaria)

Teléfono 244 0600

MADRID

Precio del ejemplar	30 pesetas
Precio del número doble	60 —
Suscripción anual (España)	300 —
Suscripción anual (extranjero)	6 dólares

IMPRENTA NACIONAL DEL BOLETIN OFICIAL DEL ESTADO.—TRAFALGAR, 29.—MADRID-10

NUMERO 186 (JUNIO DE 1965)

ARTE Y PENSAMIENTO

HISPANOAMÉRICA A LA VISTA

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Sección de notas

Sección bibliográfica

Ilustraciones, de AGUIRRE



ARTE Y PENSAMIENTO

TRES PAISAJES HISTORICOS EN CLAROSCURO

POR

LUIS DIEZ DEL CORRAL

LOS CHOPOS DE SEDANO

Una de las sorpresas paisajísticas más agradables que puede tener el viajero por tierras castellanas es la que se le ofrece al salir de Burgos en dirección a Santander, apenas se deja atrás el cerro del Castillo. Abrescle a la mirada un panorama bien compuesta con unos valles enlazados entre sí, donde se asientan confortablemente unos cuantos pueblos, entre ellos el patrio del Cid. Un riachuelo de mansas aguas articula el paisaje, evidenciándose su curso por una hilera de chopos entre los cerros retirados en vastos círculos para dejar libres unas tierras llanas sobre las que se aprietan las espigas en la tardía primavera con abundancia excepcional en la provincia de Burgos.

El sentido de arraigo propio de la vida feudal se percibe muy especialmente en este rincón castellano, que no en vano cobijó la cuna de nuestro máximo héroe medieval. Todavía los viejos muros derruídos de la fortaleza de Ubierna, o los mejor conservados y más residenciales del castillo de Sotopalacios, confirman con su estampa la sensación primera del viajero. Cierto es que la vida heroica del Cid comenzó cuando abandonó su terruño nativo y se fué a dormir sobre gleras y a conquistar riscos fortificados tras fatigar los más ásperos caminos peninsulares, pero no cabe olvidar, si se quiere comprender cabalmente la vida del Campeador, que todos los rigores que el destino le deparó o él mismo se procurara, comienzan y acaban en dos paisajes de excepcional amenidad entre los hispanos.

También los caracteres más aventureros necesitan un mínimo de blandura en su cuna y en el término de sus esperanzas. ¿No sería el recuerdo del grato valle del río Ubierna permanente acicate a través de la ajetreada vida del Campeador que le impulsara a procurarse, más allá del hosco sistema ibérico, a orillas del Mediterráneo, un asiento patrimonial mucho más vasto y rico que el originario pero donde resonaban multiplicados sus encantos?

Tales ideas, un tanto blandas para la interpretación habitual del Cid, le apuntan al viajero en cuanto abandonando sus tierras solariegas se adentra por el desfiladero que a duras penas se ha abierto el río Ubierna bajando del Norte. La excepcional amenidad que se ha

disfrutado durante unos cuantos kilómetros desaparece de golpe; la carretera zigzaguea y pronto comienza a encaramarse hacia el Portillo del Fresno. ¡Nombre bien significativo de la aridez del paisaje, cuando basta para designarlo con señalar a un árbol...! Durante varias leguas se extiende el páramo, sin una silueta de pueblo, sin siquiera las ruinas de una ermita o castillo para darle animación.

El típico castillo castellano, por arisco que sea su emplazamiento, por resecas que estén sus laderas, tiene siempre en su raíz un mínimo de frescor: un riachuelo que le sirve de foso, unos pastizales donde apacentar los caballos, unos valles agrícolas que amparar, como los que han abierto los afluentes del Ebro un poco más al Este, dentro de la misma provincia de Burgos, en los partidos de Villarcayo y Briviesca, cuna de Castilla la Viejísima. Mas en el partido judicial de Sedano se levantan muy pocos castillos y debía de haber muy pocos caballeros cuando toda Castilla, en tiempos de Fernán González, no contaba con más de trescientos y su sucesor apenas si llegó a doblar el número tras haber concedido privilegio de infanzonía a los caballeros villanos. También éstos escaseaban. Procurarse y alimentar un corcel de guerra en aquellos tiempos no era empresa fácil. ¿Cuántos habría en esta comarca burgalesa tan pobre entonces y hoy día, y que, sin embargo, lleva un nombre oficial, por el de su mayor núcleo de población, tan suave y acariciador: Sedano?

Para llegar a la cabeza del partido hay que coger un ramal de diez kilómetros, que desciende suavemente entre dos filas de olmos. Allá arriba va quedando la altiplanicie del páramo; las laderas, cada vez más altas, apenas ofrecen un resto de vegetación, encerrando progresivamente al viajero en una especie de cráter lunar. De pronto, la carretera ha tocado fondo, blando y jugoso. Una corriente de agua, con dos franjas de huertas a los lados, refresca la mirada y la piel, prometiendo compañía humana, que no se hace esperar. Tras una revuelta de la carretera tropiézase de golpe el viajero con unas cuantas casas que pertenecen a la villa de Sedano.

Forman tan sólo uno de sus barrios. Porque el suelo agrícola de que vive el pueblo, en la entraña de la desértica región, es tan estrecho que los ciento y pico de vecinos que lo habitan están esparcidos en cuatro barrios. Al central se le da el nombre de la Plaza, por encerrar la del Ayuntamiento. En él confluyen los caminos que vienen de los otros barrios llamados Lagos, Valdemoro y Trascastro. Este nombre tan rudo se encuentra justificado por hallarse el barrio escondido tras el castro que abruptamente se alza en forma de espigón sobre el barrio

central del pueblo, levantando muy en alto, completamente exentos, el cementerio y una hermosa iglesia.

En la confluencia de los valles se asienta la mejor propiedad del pueblo con una torre arreglada y una huerta de buenos muros que profundizan hacia el barrio de Trascastro. Allí habrá habitado desde muy antiguo un caballero; mas, a pesar de existir varias viejas casas con escudo, ¿cuántos caballeros vivirían en el pueblo cuando gobernaba Castilla el citado conde? Aunque los vallejos de Sedano podían producir suficiente forraje para alimentar unos cuantos caballos, había que dejar espacio para la alimentación de los campesinos, y luego, ¿dónde correr y entrenarse?

Ahora, en Sedano no hay más que unos borriquillos que suben y bajan por las laderas empinadas ineptas para los caminos de carros, llevando en pequeños sacos sobre sus lomos el grano escaso que se logra extraer de las hazas labradas en los altos. La riqueza de Sedano está abajo, en la entraña de la tierra, en las venas de agua que le corren por unas hoces tan angostas que parecen, efectivamente, paredes de un sistema vascular telúrico. Allí hay agua con cierta abundancia, pero apenas tierra que regar. Las huertas, los frutales, los cultivos intensivos de cereales se aprietan en las orillas, constituyendo una estrechísima cinta de verdura que enlaza entre sí a los distintos barrios.

Y como no hay apenas sitio para los forrajes, es preciso obtenerlos arriba, en el aire: de las frondas nutridas que arrojan los chopos bien regados. La cosecha de ramas extiéndese para secarse al sol contra las fachadas de las casas que, frente a la reseca ladera, parecen sumergidas en el ramaje... Porque un vecino recogió de prisa las ramas temiendo la lluvia y las amontonó, es objeto de la burla de los que pasan por el camino... Sin duda, las ramas forman una especie de seto contra las fachadas, ocultándolas, no sólo por razones utilitarias, sino por otras más vitales: por el profundo goce que tiene que dar a estos labriegos la vista, el contacto y el olor de la vegetación.

Es el momento de la recogida de fruta, y el ramaje de no pocos árboles se estremece por las sacudidas que recibe de los que se han subido a ellos. Los cestos de fruta se muestran repletos en el suelo o a medio llenar entre los brazos; pero se ve en el rostro de los cosechadores que no sólo se gozan en la posesión de la fruta, sino también en el roce de las hojas, en el balanceo muelle de las ramas.

Cogerlas de los altos chopos es tarea difícil que sólo pueden realizar algunos mozos, encaramándose en lo alto del árbol para ir bajando a medida que van cortando las ramas. En un pueblo vecino, Moradillo de Sedano —me cuenta un viejo—, la operación es todavía más arriesgada, porque allí se sigue el orden inverso: comiénzase a

cortar las ramas por abajo y los mozos van trepando como si se tratase de una cucaña.

La operación de poda de los chopos ya está casi terminada. Pocos son los que conservan entero su ropaje trémulo. Los más se ofrecen desnudos, mutilados infinitamente en sus muñones blancos, tan sólo con un copete de ramas en lo alto, regalo indispensable dejado para su viabilidad... Los últimos rayos del sol conviértenlo en áurea cimera. Pero allá arriba, sobre el castro, los cipreses del cementerio, con su densa presencia simbólica, escandalosamente nutridos, acentúan por contrate el despojo sistemático de los pobres chopos.

LAS CUEVAS ESPIRITUALES DE SAINT-EMILION

Souls of Poets dead and gone,
What Elysium have ye known,
Happy field or mossy cavern...?

JOHN KEATS.

El Eliseo, la Isla de los bienaventurados, tal como nos la describe la Odisea, es una región situada en los confines del mundo, donde no hay nieves, inviernos largos, vientos o lluvias, sino brisas del Céfiro, de sonoro soplo, que envía el Océano, contraponiéndose al Hades tenebroso como el anverso y el reverso imaginativo de una concepción del más allá. Pero justamente por ello ofrecían elementos comunes, aunque procediesen de distintas tradiciones mitológicas: eran dos dominios sin comunicación con el mundo de los mortales. No cabía impetrar a los seres que los habitaban, ni esperar su ayuda.

Entre ambas posibilidades extremas de vida ultramundana existía en la mitología griega una tercera, más cercana al hombre viviente, la de esos seres moradores de cuevas, como Anfiarao y Trofonio, susceptibles de culto y suplicación. Tales héroes habían sido arrebatados antes de morir, sustrayéndose así al destino del Hades, mas no para perderse en la lejanía inasequible de los Campos Elíseos, sino para habitar en grutas visitables por los ciudadanos devotos. Es ésta una concepción mitológica que parece ajena a la imagen tópica del mundo clásico, pero que resultó muy cercana a la mentalidad del hombre medieval, prolongándose con las obligadas transformaciones en múltiples leyendas.

Abundan los relatos legendarios relativos a héroes que vivirán en las grutas de las montañas u otras moradas subterráneas hasta el

día del Juicio Final. Así de Carlomagno, y también de Carlos V, se dice que moran debajo de una montaña, cerca de Salzburgo; Federico Barbarroja tiene su habitación subterránea en Kyffhäuser y Enrique el Pajarero cerca de Goslar. En grutas habita también perennemente el rey Artus, Holger Danske y otras figuras, con quienes la memoria del pueblo está encariñada y no se resigna a que desaparezcan del todo.

No es sólo cuestión de leyendas: Bastantes ciudades o pueblos europeos deben su existencia a una caverna en que transcurrió la vida de cierto ermitaño que llegó a alcanzar fama de santidad y dió con frecuencia el nombre al pueblo que todavía venera su memoria. De otra parte, el componente cavernoso de la cripta fué esencial a la iglesia de la alta Edad Media. En los versos de Keats la alternativa de *happy field* y *mossy cavern,* como distintas posibilidades de *Elysium,* responde no sólo a su profunda intuición de los valores míticos de la Antigüedad, sino también a la sensibilidad medievalista de todo poeta romántico, por antiquizantes que fueren sus inclinaciones.

Saint-Emilion se presenta, en primer lugar, como *happy field.* De forma espectacular se levanta en medio del anfiteatro constituído por una serie de colinas sobre la orilla derecha de la Dordoña. Las colinas ondulan suavemente, casi por entero cubiertas de viñas dispuestas en bien alineadas hileras, con sus grandes hojas extendidas, de un color verde entreverado por el azul del azufre, cuyas manchas diríanse posos del cielo polvoriento y cercano. La calidad del terreno, el esmero del cultivo, el sol y la humedad bien dosificados en las primeras horas de la tarde, evidencian las causas físicas de la fama vinícola de Saint-Emilion.

Pero hay, además, otra razón que los ojos no ven y que es preciso tener muy en cuenta para explicarse la calidad del «vin honorifique» de Saint-Emilion. El vino ha llegado a ser algo tan exquisito para el paladar y el espíritu de los hombres gracias a que en su producción concurren el más exigente arte humano y los más varios elementos de la Naturaleza: el sol y el aire, la sequedad y el agua, el suelo superficial y el suelo profundo. Más que ninguna otra planta apura la vid el estío, destilando sin descanso los rayos solares en medio del general agostamiento hasta llegar a esa plenitud de los granos en que parece resumirse simbólicamente la del mismo firmamento, para proseguir su proceso durante el invierno, por una vía contraria, de interiorización y acendramiento, en las entrañas de la tierra.

Excelentes son éstas en Saint-Emilion. Su terreno calcáreo, tan propicio para la savia de la vid, ofrece numerosas grutas naturales, y, además, se deja fácilmente socavar, con el fin de acoger el jugo bro-

tado sobre sus flancos. Bajo el Saint-Emilion visible escóndese otro Saint-Emilion invisible, que es más valioso, más espiritual que el aparente. Espiritual no sólo en la metafórica acepción vinícola, sino también en la más estricta y sagrada.

Porque Saint-Emilion se formó alrededor de la cueva de un ermitaño que le dió el nombre tras haber constituído una comunidad troglodítica. Con el tiempo, la pasividad meditativa de los monjes se vió espoleada por un afán constructivo, aunque sin renunciar a su estilo de morada subterránea, de suerte que fué sucesivamente agrandada durante los siglos x al xii, hasta el punto de alcanzar el tamaño de una verdadera catedral. La iglesia monolítica de Saint-Emilion es, sin duda, el mayor recinto sagrado que existe bajo tierra en Europa: una iglesia toda ella cripta, misterio arquitectónico, radicalidad religiosa. A medida que en todos los países se exteriorizaba y racionalizaba la arquitectura eclesiástica, perdiéndose el esencial sentido originario de la cripta, la iglesia de Saint-Emilion acrecía el suyo de cripta total.

La Revolución secularizó la iglesia de Saint-Emilion con especial saña, dedicándola a menesteres utilitarios y aun antisantos; pero con el tiempo se redescubrió el valor sagrado de su recinto. Durante la segunda guerra mundial, tan infausta para las catedrales, se guardó en la iglesia monolítica la mejor colección de vidrieras que posee la cristiandad, la de Chartres. Ningún lugar más adecuado. En la penumbra silenciosa, los sagrados cristales fueron como posándose, purificándose fermentando a la manera de un buen vino bordelés, y cuando volvieron a ocupar de nuevo sus ventanales, la luz que los atravesaba resultó más embriagadora, haciendo de las naves de Chartres un prodigioso recinto espiritual, una Jerusalén mística que implica al hombre entero a partir de la más primaria sensibilidad.

También la música coral se aquilata en la iglesia subterránea de Saint-Emilion. La voz parece, al mismo tiempo, más clara y más opaca, como si el silencio cavernoso se deslizase en ella, y a la vez la realzara por contraste y la apagara por confusión. Diríase que brotara directamente de lo más profundo del pecho, sin apenas modulación vocal, y al resonar en el recinto os comunica un estremecimiento que se desliza en ecos sucesivos hasta las cámaras más secretas del alma. No sólo en el caso de la música religiosa de Vecchi, medieval todavía, sino también, y aún más casi, cuando se trata de música contemporánea, de la música de un Béla Bartok, tan conmovida por todos los estremecimientos del hombre de nuestro tiempo. En sus canciones de Navidad sonaban voces de otro mundo, pero destiladas por un filtro de emoción

personal, y al amortiguarse contra la capa musgosa que cubre las paredes de la iglesia adquirían sus notas una blandura de confesión ingenua y de impetración balbuciente.

Por el hueco abierto en una de las bóvedas, para con una soga tocar las campanas, subían los cánticos hacia el interior del cuerpo de la gran torre, única construcción exterior de la iglesia, en cuya diáfana esbeltez parece sublimarse tanta elementalidad. Apenas si llegaban las voces de la cripta; la misma luz hiriente en su blancura contribuía a apagarlas. Pero ¿no existiría algún misterioso procedimiento de transmisión para esparcir por el mundo en calladas ondas lo que se estaba cantando en la raíz hueca de la torre?

Al menos la torre, con sus aristas bien definidas, con sus finas nervaturas góticas, casi metálicas, se recortaba sobre el azul como si fuese una torre de emisión celestial... Desde el *donjon* del Rey los miembros de la *Jurande*, vestidos de escarlata, vociferaban sobre las calles de la comuna aparatosa e histriónicamente, valiéndose de un estrepitoso altavoz, las glorias del «vin honorifique»... Pero más allá se divisaban entre los viñedos los pueblos de la comarca, pacíficos, a tono en sus nombres con los cánticos: Saint-Christophe-des-Bardes, Saint-Hippolyte, Saint-Etienne-de-Lisse, Saint-Laurent-des-Combres, Saint-Pey-d'Armens, Saint-Sulpice-de-Faleyrens, Saint-Martin-de-Mazaret.

DESDE LA MOLE ADRIANA

La función que iba a desempeñar la Antigüedad al albergar en su seno decrépito una nueva criatura histórica estaba como prefigurada en los grandes monumentos romanos: esos monumentos de macizas entrañas que han podido perder su revestimiento arquitectónico y carecer aparentemente de sentido formal y funcional, pero que subsisten a lo largo de los siglos con un vigor de colinas troglodíticas.

Es algo exclusivamente romano. No hay ruinas en ninguna civilización con caracteres similares. Una ciudad griega puede convertirse casi súbitamente en ruina total sin ninguna utilización posible, como Selinonte, el gran emporio siciliano asolado por los cartagineses y destruído luego por los terremotos hasta no dejar piedra sobre piedra. La clásica construcción hipóstila de los griegos admite el derrumbamiento completo, a pesar de las gigantescas dimensiones de los templos, según ocurre en el caso de Selinonte, cuyas columnas yacen ahora en el suelo como cuellos desvertebrados de una hidra hercúlea, que parece recién muerta en medio de la absoluta soledad que le rodea,

porque los sillares derribados no ofrecen rincones para albergar gentes nuevas.

En definitiva, también pasa lo mismo con los monumentos medievales. ¿Qué posibilidades de cobijo puede ofrecer una iglesia gótica, con sus miembros sutiles sosteniéndose mutuamente en difícil equilibrio, apenas iniciado el derrumbamiento general? Todos recordamos las estampas de esas abadías cistercienses esparcidas por el campo europeo, cuyas ruinas, en la medida que han sido respetadas por los labriegos del contorno, ofrecen unos muros agujereados, inhabitables, con sus altas bóvedas amenazadoras o sus nervios escuetos clamantes al cielo por la desgracia de su mutilación. Tan sólo los edificios subalternos han podido ser utilizados; el cuerpo mismo de la iglesia únicamente ha servido de cantera o, cuando más, de establo. Y más inútiles resultan aún las ruinas de una mezquita, justamente por la razón contraria que en el caso de un edificio gótico; no por la osadía constructiva, sino por la blandura de su trabazón arquitectónica. Allá, en el corazón de Marruecos, al pie de la ciudad santa de Moulay Idriss, se levantan las ruinas romanas de Volubilis, contrastando con su robustez, comprobada a lo largo de tantos siglos de abandono, la decadencia a punto de consumarse del santuario en que se venera al fundador del Marruecos islámico, tan atendido, sin embargo, por una constante devoción.

En cuanto a las ruinas egipcias, ciertamente, son incomparables en duración, pero han demostrado, por ello mismo, una más acusada infecundidad. Son puras ruinas, apenas habitables por sucesivos moradores, cuya vida ha transcurrido en el estrecho valle del Nilo, al margen de los grandes monumentos antiguos que se alzan sobre sus orillas al borde del desierto. A lo más, han sido utilizados como geológicos pedestales —para levantar la mezquita de El Haggag en Luxor—, al igual que los muros del Cuzco. En cambio, el arte imperial romano, desarrollando tendencias indígenas y aprovechando las enseñanzas de Grecia y el Oriente, logró levantar unos monumentos que conciliaban aspectos muy diversos, con una extraña fecundidad para el futuro, no sólo en el sentido del arte, sino en otro más vasto y vital.

La vida de Roma en la Edad Media debió de ser un espectáculo único en los anales de la historia. El mundo antiguo, acumulando los recursos económicos y las ideas arquitectónicas de todas las tierras del Imperio, había dejado en herencia un ingente conjunto de edificios para el uso de una nobleza medieval que se disputó su posesión sin el más pequeño sentido de responsabilidad colectiva. Los señores feudales se adueñaron de los edificios levantados gracias a la

vigencia implacable del principio de unidad política de todo el mundo civilizado, sirviéndose de ellos para potenciar el principio del particularismo. Reducida a la urbe en total decadencia y a sus aledaños, la fuerza de la nobleza romana no era grande, comparada con la de los países del Norte, pero ninguna poseía tantas posibilidades de extremar sus modos peculiares de existencia. No había en todo el Occidente nobles albergados en más fuertes castillos ofrecidos gratuitamente por el pasado unos junto a otros, con la tensión potencial procurada por la vecindad.

Durante el siglo XIII, en el Celio y en el Palatino hiciéronse fuertes los Frangipani, a quienes disputaban la posesión del Coliseo los Anibaldi desde el barrio del Laterano, donde tenían establecidos sus cuarteles. Este anfiteatro, el *Septizonium* del Palatino, la *Turris Cartularia,* los arcos de triunfo de Tito y Constantino y probablemente también el arco de Fabiano en la zona de San Lorenzo in Miranda, el Jano Quadrifronte y las torres cercanas al Circo Máximo formaban la gran fortaleza de los Frangipani, tantas veces asilo de los papas y sede de su elección. «Esta fortaleza, a la que servían de parapetos los monumentos más famosos de la Roma antigua, cercada de muros negros, almenas y torres, era sin duda alguna —escribe Gregorovius— la más original y grandiosa del mundo y ofrecía el más extraño de los cuadros.» No les iban muy a la zaga los Colonna a los Frangipani, pues eran dueños de la Roma de Trajano, Adriano y los Antoninos; ni los Orsini, asentados en las orillas del Tíber. Otras estirpes se repartían con ellas el solar de Roma, alterando de continuo con sus contiendas la extraña vida de la urbe medieval, que Gregorovius nos ha descrito con la capacidad de evocación propia de los grandes historiadores del siglo pasado.

No se trata de mero pintoresquismo histórico. Preciso es representarse con su máxima concreción aquel cuadro urbano de Roma, de donde surgían los papas para toda la cristiandad, y adonde acudían desde el Norte los emperadores germánicos, más o menos enérgicos y devotos, para ser coronados, dejando como huella de su paso alguna miserable basílica que sirve de documento para medir, por el nivel antiguo, el bajísimo de los tiempos que corrían. Sin tener muy presente en la imaginación aquel conglomerado incoherente de esplendores y miserias, de misticismos y bellaquerías, de abandono y de máxima atracción, no es posible entender lo que fueron los siglos medievales, y en particular aquella singularísima sutura existente entre la Antigüedad y el Medievo, de una parte, y, de otra, saltando por encima de éste, entre la Antigüedad y el mundo moderno.

Y acaso no se pueda meditar sobre todo ello en ambiente más ade-

cuado que el ofrecido por el castillo de Santángelo, la fortaleza de los papas que domina el paso del Tíber, corroborando muy concretamente su antiguo título de «pontifex», de técnicos de puentes. Ningún monumento de la Roma antigua le gana en solidez; tanta, que está lindando con la geología. Su forma es similar a la que ofrecen a la mirada los monumentos más representativos de Roma: el Coliseo o el Panteón; pero la forma anular que en el primer monumento se encuentra abierta al aire, y en el segundo cerrada por una pesada cúpula, en la Mole Adriana se muestra maciza, repleta de tierra, coronándose en la Antigüedad, para demostrar su condición geológica y funeraria, con un tupido bosque de cipreses sobre los que se levantaba el pedestal con la Cuadriga del Sol.

Por la fortaleza que le daba su maciza construcción, la Mole Adriana y edificios similares, como el Mausoleo de Augusto o el Sepulcro de Cecilia Metela, fueron construcciones decisivas en las contiendas medievales. Cabía derribar las fortificaciones superiores o desgastar el revestimiento de piedra, pero siempre quedaba la masa terrosa del interior que encajaba todos los golpes, y que ahora se ofrece en el castillo de Santángelo en carne viva, sin ninguna epidermis protectora, a los ojos del visitante. El Mausoleo de Augusto fué patrimonio de los Colonna, el Sepulcro de Cecilia Metela estuvo en poder de los Gaetani, y el de Adriano, en el de los Crescenzi, durante los siglos X y XI, para pasar más tarde a poder de los Orsini. Un papa de esta familia, Nicolás III, le adscribió para siempre al papado, cuando trasladó su palacio del Laterano al Vaticano, y lo unió mediante un pasadizo que corre sobre el muro de la *civitas leonina* con la fortaleza del Tíber. Los últimos siglos medievales del papado quedaron de esta suerte estrechamente vinculados a la Mole Adriana.

La forma y la solidez de estas construcciones fúnebres romanas es algo autóctono, típicamente italiano, derivado de los túmulos etruscos, que tan numerosos se ofrecen en el cementerio de Cerveteri. Este carácter indígena, así como su sentido funerario, preséntanse como justificación especial del papel desempeñado por la referida construcción. La Antigüedad romana, que desde fecha temprana estaba tocada de enfermedad mortal y que, hasta cierto punto, era consciente de ella, parece como si hubiera erigido estos grandes monumentos, no tan sólo para la perpetuación de los grandes emperadores, sino para su propia perduración, y aun para el cumplimiento de una tarea póstuma consistente en albergar a unos sucesores que se considerarían ligados por un afectivo vínculo de filiación.

Por eso en el monumento comentado se une paradójicamente la robustez con la delicadeza. Pues en el ambiente reposado de la cámara mortuoria donde descansaron los restos de Adriano y sus sucesores están grabados los versos tiernos que el gran hispano compuso poco antes de morir, y que parecen anticipar las preocupaciones ultramundanas de la nueva edad:

animula vagula blandula
hospes comesque corporis
quae nunc abibis in loca
pallidula rigida nudula
nec ut soles dabis jocos.

En el seno de la gran construcción, el sentido estoico de los versos aparece teñido de una sutilísima melancolía, que seguramente escaparía, por cultos que fuesen, a los cardenales y papas que apresuradamente se encerraban en la fortaleza ante la amenaza de ejércitos invasores o de revueltas populares.

El sentido de roedor del hombre medieval, que alimentó su nueva vida de los residuos de la antigua, moviéndose en el seno de ideas imperiales vetustas y de instituciones inactuales, no puede hacerse más presente, al que piensa en aquellos tiempos, que cuando asciende por la rampa helicoidal que con morosidad sube hacia la plataforma superior del monumento, y que tantas veces recorrieron alarmados los príncipes de la Iglesia. ¡Cuántas jornadas peligrosas, cuántas noches sin sueño, cuántos sinsabores, y cuántas seguridades pretenciosas tambien, en aquellos recintos, hasta los trágicos días del Saco de Roma! Sus forzados moradores debían de sentirse incómodos entre aquellas revueltas lentas de la rampa ascendente y las penumbras del atrio y de la cámara mortuoria, cuando a fines del siglo xv Alejandro VI ordenó cortar de parte a parte el gran queso con una nueva rampa que derechamente comunica la parte superior del monumento con una puerta nueva protegida por un puente levadizo, y que atraviesa sin tocar el suelo la cámara fúnebre central.

Poco tiempo después, para subir más cómodamente, León X hizo construir un ascensor vertical por uno de los respiraderos de la rampa. Julio II ya se había hecho erigir en lo alto por el Bramante una *loggia* sobre el Tíber, a la que el gran papa Médicis añadiría otra detrás, cara al Vaticano. Era el Renacimiento, que irrumpiendo del seno antiguo de la Edad Media salía a plena luz, con ávida mirada, encaramándose en lo alto del simbólico monumento romano.

Luis Díez del Corral
Jorge Juan, 7
Madrid

LA POESIA DEL FUTURO

POR

LUIS FELIPE VIVANCO

Conferencia leída en el Instituto de Cultura Hispánica el jueves 11 de marzo de 1965.

Pasado, presente y futuro son las tres casillas artificiales —o espaciales, como diría Bergson— en que encerramos al tiempo. En primer lugar, al tiempo de nuestra propia existencia, personal y social, pero también al tiempo de todo lo que existe en el Universo. Hoy día sabemos que este tiempo no es homogéneo, que no es el mismo el tiempo de la biología que el de la astronomía, el tiempo de la célula o del crecer de la hierba que el de la estrella o de la danza de los átomos al compás de sus intermitencias cuánticas. Sabemos también que no es el mismo, dentro de las ocupaciones y diversiones humanas, el tiempo de la política y el periodismo que el del arte y la investigación científica, el tiempo de la historia que el de la intrahistoria. Gracias a esta diversidad y hasta disparidad de tiempos humanos sabemos que muchas veces perder el tiempo es ganarlo, y al revés, y que dentro de un mismo tiempo, una hora no es igual a otra, o no debe serlo. En mi libro *Lecciones para el hijo* y en el poema representable titulado «Los nombres» he incluído un romancillo que dice así:

Perder el tiempo es ganarlo,
recuperar su verdad:
el corazón y la muerte
que andan al mismo compás.

Las horas que eran iguales
se agrietan de ociosidad
y empieza a ser cada una
distinta de las demás.

¡Quién sabe si cada hora
se asoma a su más allá!
Mientras estaba en el tiempo
nunca le oía pasar.

Pero he llegado a la orilla
donde las olas están
salpicando con sus voces
la voz eterna del mar.

Quien pierde tiempo en el tiempo
lo gana en la eternidad.
Ya he perdido unos minutos...
¡Quiero perder muchos más!

He leído estos versos porque mis palabras en prosa van a consistir ahora en comentarlos un poco. Vamos a ver si perdemos unos pocos minutos de tiempo hablando de poesía, y vamos a ver si los perdemos de veras en el tiempo, para ganarlos, también de veras, en la eternidad. La técnica mide las realidades de este mundo con la mano y con los instrumentos, que son prolongación suya; en definitiva, con la inteligencia. La lírica mide las realidades con el corazón. La técnica tiene sus limitaciones, y la lírica las suyas. El poeta es el hombre que dice: no quiero más realidades que las que puedo medir con mi corazón. Y al tiempo que se emplea en medir las realidades con el corazón es al que llamo, en una época de predominio de la técnica, tiempo perdido. ¿Qué quiero decir cuando digo en mi romance que el corazón y la muerte andan al mismo compás y que así es como el tiempo recupera su verdad o su medidad humana? ¿Qué quiero decir cuando digo que las horas iguales empiezan a agrietarse de ociosidad y que así empieza cada una de ellas a ser distinta de las otras, es decir, a existir y a crecer por su cuenta desde su realidad más profunda? ¿Y qué es esa ociosidad que agrieta a las horas para hacerlas más nuestras? ¿Qué es ese más allá al que puede llegar a asomarse cada hora, y nosotros con ella? ¿Es el arte, la forma artística, el poema, el busto que sobrevive a la ciudad? Por otra parte, ¿qué quieren decir esas olas que salpican con sus voces la voz eterna del mar? ¿Son, esas olas, los poetas? La voz única del mar, ¿se confunde con las múltiples voces de sus olas? ¿Podemos decir que cada ola, cada poeta, tiene voz propia, o es siempre el mar, el mismo mar, el que canta? Y por último, ¿qué tienen que ver todas estas preguntas con el tema de esta conferencia, es decir, con la poesía del futuro?

Empezaré por el final. A lo largo de mi ya larga vida de poeta he escrito bastante sobre la poesía y los poetas del presente. He corrido ese riesgo, ya que hablar de los contemporáneos es siempre lo más arriesgado. Ahí está mi libro: *Introducción a la poesía española contemporánea,* y otros muchos ensayos y artículos dispersos y aún no recogidos en libro. He escrito principalmente sobre poesía en lengua española, pero también sobre poesía y poetas en otras lenguas que conozco y puedo leer, aunque no las hable, empezando por la catalana. También he escrito algo sobre la poesía del pasado. Pero es la primera vez que me siento ante unas cuartillas para escribir sobre la

poesía del futuro. Escribir sobre la poesía del futuro no es lo mismo que escribir sobre el futuro de la poesía. Predecir este futuro desde fuera —la evolución probable de escuelas y tendencias vigentes— es algo que cae fuera de mi alcance. Podría hablar de una futura sociedad socialista, en vez de capitalista, y, por tanto, de la extinción dentro de ella de la poesía llamada social, que ya no tendría razón de ser, y, en cambio, la restauración de una nueva poesía del yo, más exigente y más romántica que nunca, saliendo otra vez por los fueros de la fantasía y del sentimiento. Es la tesis paradójica de Oscar Wilde en su ensayo: *El alma del hombre bajo el socialismo.* Porque la poesía de una época no es preciso que esté de acuerdo con los convencionalismos sociales, basta que lo esté con las necesidades humanas. Por eso, cuando la renovación de una sociedad injusta es una necesidad humana, la poesía más íntima se convierte en social. Pero cuando la sociedad vuelve a imponer sus nuevos convencionalismos, la poesía tiene que ponerse otra vez de parte del hombre. Podría hablar de que la evolución de la poesía en los países democráticos europeos tiene un sentido y en España otro sentido contrario. También podría hablar de las mutuas influencias entre la poesía occidental y la de otras culturas. Desde principios de siglo la poesía de Occidente —lo mismo que el arte, y en alguna medida el pensamiento— se abre a las de otras culturas menos desarrolladas técnicamente. En este sentido, la descolonización poética o artística ha precedido a la política. Incluso podríamos decir que una vez en marcha la primera tenía que ocurrir la segunda. Pero dentro de una situación futura de auténtico ecumenismo, ¿quién va a seguir influyendo a quién, qué van a seguir siendo las poesías regionales y cómo, dentro de ellas, va a seguir descubriendo su mundo personal cada poeta? Por otra parte, dentro del campo de la poesía religiosa, podría hablar de la posibilidad de una nueva poesía católica, inspirada en los temas y en la actuación del Concilio, pero sobre todo en la aparición manantía o manantial del Papa Juan XXIII, gracias al cual tantas aguas vivas que corrían ya cansadas y próximas a la desembocadura vuelven a manar desde el origen.

Toda poesía verdadera quiere ser manantial, ¿podrá seguir siéndolo en el futuro la poesía escrita o volverá a serlo la oral? El poeta Gabriel Celaya ha tratado recientemente este tema en un trabajo suyo interesantísimo aparecido en la *Revista de Occidente.* Para Celaya, *los nuevos medios de transmisión sonora —radio, micrófono, disco, magnetofón, etc. ...— están llamados a producir —si no han producido ya— un cambio en la poesía de signo inverso al que la revolución técnica de la imprenta produjo en su día, y mucho más radical, desde luego, que el de una a otra escuela poética.* Si el futuro de la huma-

nidad pertenece a la técnica y a la cultura de masas, aquélla se ha puesto ya de parte de la poesía oral y ésta la necesita. Sin embargo, para que la palabra poética en sí misma vuelva a ser oral en vez de escrita no basta que el poeta diga de viva voz su verso ante el micrófono o en el disco, es menester que brote de un manantial nuevo, es decir, que los nuevos medios técnicos de comunicación estén vigentes, por así decirlo, en el arranque mismo de la voz. ¿Una vuelta al futurismo y al dadaísmo? Celaya, de acuerdo con su propia actitud poética, se da cuenta de que la poesía oral se socializa y de que la lírica tendrá que dejarle otra vez el puesto —tal vez el primer puesto— a la épica. ¿A qué épica? El problema de una nueva épica, ¿no afecta a la novela más que a la lírica? No sabemos cuáles van a ser los nuevos géneros poéticos del futuro. Dentro de la poesía española hay una gran cantidad de poesía oral y, por ejemplo, entre los poetas del 27 no cabe duda que la poesía de Lorca o Alberti es más oral —y no sólo más neo-popular— que la de Guillén o Cernuda. En todo caso, una cosa me parece cierta: la mayor parte de la poesía entra mejor por el oído —como la fe, según San Pablo— que por los ojos. Por eso ha llegado a ser tan raro el buen lector de poesía. La poesía lírica, género minoritario, ¿volvería a ser mayoritaria al volver a ser oral en vez de escrita?

Todo esto es hablar del futuro de la poesía y de algo que pertenece a la historia literaria. En cambio, la poesía del futuro está dentro de mí, formando parte de mi actividad y, sobre todo, mi pasividad de poeta. La pasividad del poeta es esa ociosidad que decía antes, que agrieta las horas para hacerlas distintas unas de otras y verdaderamente vividas por nosotros. ¿Qué cantidad de horas vividas y distintas puede soportar el hombre? La ventaja de la técnica desde el punto de vista del bienestar humano es que homogeiniza las horas y los minutos del tiempo —como diría Antonio Machado—, los hace y los conserva iguales, quitándonos toda necesidad de participación activa en ellos. Porque esa participación activa —el medir las realidades con el corazón— es, desde el punto de vista de la técnica, una actitud pasiva. La pasividad del poeta es la que le opone al técnico y a su voluntad de transformación de las cosas en objetos. El poeta sabe que, de acuerdo con las palabras del viejo Heráclito, antes de hablar hay que escuchar y que este escuchar es un elemento constitutivo de la palabra y, por tanto, del ser del hombre. Hablar de la poesía del futuro es hablar de la palabra del hombre que va a seguir escuchando lo que dicen las cosas, sin convertirse en objetos. La forma poética o artística es el desperdicio de la cosa como objeto. Pero como el futuro pertenece a la técnica, hablar de la poesía del futuro es hablar de la palabra humana, que seguirá teniendo el hombre técnico, gracias al poeta. Una cosa es el lenguaje de la técnica, lenguaje racional homogéneo, y otra

la palabra poética o cualificada del hombre técnico. El lenguaje de la técnica es algo homogéneo y, como diaría Heidegger, desamparado. La palabra del hombre técnico tiene que seguir siendo, creo yo, palabra poética.

El tema de la poesía del futuro es el tema de la relación entre la esencia de la técnica y la esencia de la lírica, que es la poesía por excelencia, o al menos la de planteamiento más radical y existencial en la palabra. El futuro no es una página en blanco donde hay que proyectar a tientas unas posibles trayectorias. El futuro pertenece a la dialéctica interior de cada poeta que está viviendo ya en el mundo de la técnica. Es posible que no sepamos todavía —vuelvo a citar a Heidegger— en qué consiste la esencia de la técnica. Pero sabemos que la actividad técnica consiste en utilizarlo todo. Es posible que no sepamos en qué consiste la esencia de la lírica, pero su actividad consiste en desaprovecharlo todo. La técnica utiliza y objetiviza para el hombre, para el bienestar material y espiritual del hombre. ¿Podemos decir que la lírica desaprovecha o desperdicia también para el hombre y su bienestar más profundo?

La técnica modifica las condiciones de la existencia humana. Para Ortega y Gasset el hombre es un animal técnico que se siente extraño en la naturaleza —metido en ella, pero sin pertenecer a ella— y tiene que crear otro mundo, el mundo de los objetos técnicos, que le libere de la naturaleza. Ortega difiere de Heidegger y confiere a la técnica categoría suprema de creación imaginativa. El mundo de la técnica pertenece al mundo específicamente humano de la interioridad y la creatividad personal, al mundo del espíritu. De acuerdo con este planteamiento, ¿qué quiere decir que el poeta cante, en vez de imponerse con el técnico, y que su canción sea su libertad de estar entre las cosas? Ortega no tiene una idea del poeta tan elevada y fundamental como la de Heidegger —al que llama en cierta ocasión «ventrílocuo de Hörderlin»—; en cambio, tiene una idea muy elevada de la imaginación como dimensión decisiva del hombre. La ciencia es imaginación, tanto o más que el arte y la poesía. La imaginación formal o específica del científico, por un lado, del poeta, por otro, ¿crea bienestar sin más a través de la técnica y malestar a través de la lírica? ¿Qué sentido tiene una lírica del malestar? Este malestar de la lírica, ¿acaso no es el bienestar más profundo del hombre? El hombre futuro, ¿podría llegar a su bienestar más profundo de desaprovecharlo todo en la libertad de la canción en vez de quedarse en el bienestar material de la técnica?

Cuando digo el hombre futuro estoy hablando todavía del hombre presente. Porque en el hombre actual es donde la invasión triunfante de la técnica ha producido un despego más radical hacia el más allá

de la lírica y donde la vigencia social de la poesía ha alcanzado un nivel más bajo. No debemos dejarnos engañar por las apariencias de unas cuantas minorías culturales y unos pocos nombres universales de grandes poetas. La satisfacción de la técnica modifica las apetencias de más allá del hombre y convierte a la insatisfacción de la lírica en una curiosa colección de casos aislados, sin posibilidad de contagio en las masas. En este sentido podemos ser optimistas de cara al futuro —a este futuro que llevamos dentro como necesidad de conservación de nuestra palabra humana—, y suponer que en el hombre de un futuro inmediato el despego hacia la lírica habrá disminuído bastante. Hoy día se habla de la sociedad del bienestar, pero al mismo tiempo se habla ya de la crisis de esa sociedad. Se habla, por un lado, de la sociedad socialista, y, por otro, de la crisis de esa sociedad en los países donde existe. ¿Qué quiere decir esta crisis? Por lo pronto, creo yo, que la palabra humana persiste por debajo del lenguaje técnico, y con ella la libertad de canción y de estar cantando entre las cosas sin utilizarlas para nada.

La libertad de canción es libertad de imaginación, más allá de la libertad de conciencia. El mundo de la técnica crece por la multiplicación de individuos repetidos, objetos repetidos a los que, según la palabra inventada por el arquitecto Enrique Colás Hontán, podríamos llamar multillizos. El de la lírica, por la adición de criaturas únicas. El ritmo de la multiplicación no es el mismo que el de la adición y no admite las pausas y los tropiezos que la adición necesita para lograr el acierto de sus criaturas. Yo diría que el mundo de la técnica es un mundo de individuos o máquinas necesariamente perfectas, mientras el mundo de la lírica es un mundo de criaturas imperfectas. En mi obra poética he contado siempre, o casi siempre, la imperfección de la criatura. Llamo criatura poética imperfecta a aquella que nos deja milagrosamente interrumpidos en nosotros mismos y hace que nuestro tiempo empiece a ser más nuestro. Hoy día la criatura poética ha llegado a ser una criatura marginal imperfecta. El que sea marginal proviene de la posición central de la técnica, y el que sea imperfecta es su garantía de imaginación poética, su plenitud de realidad desaprovechada por el hombre. *Nuestras vidas son los ríos...* Y nuestra corriente central existencial corre entre dos orillas o márgenes: una, de naturaleza pura; la otra, de puro ensueño. La técnica nos saca de la naturaleza y nos mete dentro de nuestras casillas de hombres civilizados, es decir, nos instala en su mundo de objetos creados por la inteligencia práctica y de lenguaje racional ceñido a la objetividad de esos objetos. Pero la lírica nos saca de nuestras casillas y nos de vuelve la naturaleza y, al mismo tiempo, al ensueño. La orilla del ensueño pertenece al canto del poeta con la misma fuerza de realidad

invisible que la de la naturaleza. Y al revés: la orilla de la naturaleza pertenece al canto con la misma fuerza de realidad visible que la del ensueño.

La vuelta a la naturaleza no es la vuelta a un estado natural desde otro de civilización o cultura. La técnica pertenece a la cultura, pero la cultura, a su vez, pertenece a la lírica. Quiero decir que los valores supremos de la cultura no son aquellos que consisten en utilizar las cosas técnicamente, sino los que consisten en cantarlas líricamente. No es el aparato de radio donde suena música de Bach, sino la música de Bach que suena en el aparato. Cuando en el aparato de radio suena la propaganda comercial o la política —que son dos de las técnicas que más ofenden nuestra dignidad de hombres— seguimos metidos dentro de nuestras casillas, pero cuando suena la música de Bach volvemos a la naturaleza y al ensueño.

En realidad, la lírica no nos devuelve a la naturaleza, sino nos mantiene en ella a través de la palabra poética o de la forma artística. No deja que la naturaleza como orilla desaparezca del todo de nuestra vida. Nos recuerda que, además de la perfección de la técnica, existen esas otras criaturas o realidades marginales, de naturaleza y ensueño, que podemos medir con la imperfección de nuestro corazón. Antonio Machado ha dicho: *Un corazón solitario / no es un corazón.* Podría haber dicho: *Un corazón perfecto / no es un corazón.* Por su parte, Juan Ramón Jiménez, en su poema de *La estación total,* titulado: «El otoñado», nos dice: *Estoy completo de naturaleza...* Yo diría más bien: *Sigo incompleto de naturaleza...* ¿Cómo desperdiciar de veras una mañana o una tarde de este mundo, para no seguir siendo tan incompletos? Porque seguimos incompletos de naturaleza, ésta, para nosotros, incluso para el propio Juan Ramón, es el ensueño. Incompleto de naturaleza he escrito mis poemas en verso de *El descampado* y mis poemas en prosa de *Lecciones para el hijo.* Mi orilla de naturaleza es mi pasividad de poeta a la escucha, mi humildad de poeta y mi atención más profunda, mi callar transparente.

Mi orilla de ensueño es mi actividad imaginativa en la palabra, mi libertad en el poema. Pero el ensueño son los barbechos y todo lo que se puede descubrir en ellos. El ensueño es un viejo tejado con goteras, o una vieja tapia con glicinas y lagartijas trepando por ella, o un viejo castaño que extiende sus ramas en la soledad de un valle. El ensueño es la naturaleza, y lo primero que tengo que hacer como poeta es escuchar, saber escuchar para que me hable su voz:

Soy la noche más larga de viento en la montaña,
la noche impetuosa de viento, la más diáfana,
la más alta y en calma de estrellas desveladas.
Se te cierran los ojos de cansancio. Descansa.

Duerme un poco. Y no sueñes. Y no pienses en nada.
No quiero que te excites demasiado. Descalza
tus pies (y tus recónditos pensamientos). Retarda
tus horas de entusiasmo creciendo hacia mañana.
No tengas prisa. Espera tu voz junto a la tapia.
Aunque el viento por fuera te incorpore a su danza,
sigue, aparte, en la orilla. Soy la noche que calla,
la noche que se acerca como un valle a tu alma.

Estos versos, puestos en boca de la noche, son de otro de mis poemas representables: *Subida a la cumbre.*

Después de haber escuchado de veras la voz natural de la noche, o la del viento, o la de las estrellas, el poeta puede empezar a crear sus palabras, tal vez esas mismas palabras que ha oído de boca de la noche, palabras que le decían que no tenga prisa y que espere junto a la tapia, a la vieja tapia de ensueño por la que trepan lagartijas y glicinas, su voz. Esperar su voz es esperar su vez. ¿Qué quiere decir esta palabra, vez, tan misteriosamente vinculada al destino del hombre? Don Miguel de Unamuno tiene un poemilla en su *Cancionero* póstumo, en el que nos habla de la vez:

Vez, misteriosa palabra
que en el corazón nos labra
cada vez
aquel asombro primero
con que nos abrió el sendero
la niñez.

Para el mundo de la técnica la niñez no cuenta; casi podríamos decir que no existe. Sólo algunos niños prodigio, con capacidad mental de adultos. Para la lírica, la niñez forma parte de las dos orillas de naturaleza y ensueño. En un mundo de criaturas imperfectas y balbucientes el niño sigue siedo siempre, hasta el final de la vida, una realidad inagotable. Incompleto de naturaleza, el poeta se pone a esperar su voz y su vez, su asombro primero de niño, junto a la tapia, o junto a la esposa y el hijo dormidos, junto a todo lo que tiene o junto a todo lo que le falta. Y de pronto se le empiezan a juntar las palabras, las horas de la noche empiezan a juntarle las palabras de su canto. Así nos lo dice el poeta Leopoldo Panero, al comienzo de su poema *La estancia vacía:*

Despacio, muy despacio, van las horas
juntando las palabras de mi canto.
Las horas muertas tras las horas vivas
caminan y caminan en la sombra.
Despacio, muy despacio, el viento mueve
su dulce libertad, y Dios escucha

Ese viento que mueve su dulce libertad es lo único que al poeta le queda de la naturaleza, pero, a lo largo del poema, la irá recuperando por completo, ya en forma de niñez, ya en forma de paisaje vivido. La poesía de Panero, fallecido hace un poco más de dos años, es ya poesía del futuro. Sus palabras persisten por debajo del lenguaje de la técnica para que el hombre que vive en sus casillas se dé cuenta de su desamparo y se ponga a recordar y escuchar, tal vez a cantar, por su cuenta. La técnica no canta, pero el técnico sí puede cantar y, sobre todo, escuchar el canto. En la sociedad técnica del futuro la poesía sigue siendo la palabra primera del hombre. En el caso de Unamuno y en el de Panero, a los que acabo de citar, palabra religiosa.

En otro de sus poemas —uno de sus poemas más hondos e impresionantes— Leopoldo Panero nos habla de *El que no sirve para nada.* Y el que no sirve para nada —ni en su época ni en la nuestra— es Miguel de Cervantes:

Porque Miguel es torpe, porque Miguel no sirve para nada.
Porque no sirve para nada, como el arrebol soñoliento
de la tarde y los pájaros. Porque no sirve para nada
como el olor de las encinas. Porque no sirve para nada
como Miguel en el umbral de las puertas. Porque es torpe
y tartamudo, como un niño que es niño...

Es torpe y tartamudo frente a los listos y a los que sirven para algo. Con estos versos, el poeta defiende su condición de poeta y su no servir para nada. El poeta, como el torpe Miguel de Cervantes, sirve para los mismo que el arrebol de la tarde y el olor de las encinas. No nos dice que Miguel sea bueno, pero sí que *le gusta la bondad de los buenos.* Por eso hay que llevar a Miguel dentro del corazón. Este, el corazón, para medir la cosas líricamente, desperdiciándolas, tiene que llamarse Miguel:

Porque sólo la libertad es su límite:
digo y repito, como las olas,
lo vivo de mi corazón, lo que se llama Miguel,
lo que se ciega Miguel, lo que es España y Miguel,
lo que es amor y Miguel, lo que es niño
lo que no sirve para nada.

El poeta se hace cargo de la realidad, de toda la realidad, haciéndola crecer en su palabra. La realidad de la técnica específicamente humana —aunque artificial y derivada— es la más pujante e inmediata para el hombre de la época técnica. Una realidad contradictoria que le libera por un lado y le esclaviza por otro. Cantar la técnica no es cantar la libertad. Un poeta de la libertad, como Walt Whitman, en

realidad no es un poeta de la técnica, sino del progreso en general, unido a la democracia. Es un poeta de la vida humana, incluyendo los instrumentos técnicos. Pero los instrumentos que canta, el hacha y el tambor, el camino público o la barca de Brooklyn, son tan sencillos, antiguos y elementales como la mano del hombre. La poesía de Whitman arranca de esa actitud lírica tradicional que consiste en recordar lo que he llamado las dos orillas de naturaleza y ensueño. Seguimos viviendo de la poesía de Whitman por la gran cantidad de naturaleza y de fuerza vital que hay en ella. Su paradoja de poeta, de gran poeta, consiste en convertir —o desconvertir— el mundo de la técnica, al que no puede dejar fuera de su poesía, en mundo de la naturaleza. Otros poetas posteriores, por ejemplo, el belga Verhaeren, han sido más fieles a la técnica y a lo que el mundo de la técnica significa para el hombre. Las ciudades humanas, para él, son ya ciudades tentaculares —es el título de uno de sus libros— que se comen a los campos:

La plaine est morne et morte—et la ville la mange.

Pero, en definitiva, *Los ritmos soberanos* —título de otro de sus libros— siguen siendo en su poesía, como en la de Whitman, su maestro, los ritmos de la vida. Los poetas más vitalistas, los que cantan desde la vida misma, y no sólo desde el espíritu o las ideas, o el senmiento, se atreven con la técnica y la humanizan, pero a veces se contagian de ella y llegan a creer que su verso es un instrumento técnico más, apto para la transformación material del mundo.

En el extremo opuesto, un Rimbaud sabe que su verso no sirve para nada fuera del terreno del progrso moral o espiritual. El verso negativo de Rimbaud pertenece a la fuerza de la naturaleza invisible. En pleno triunfo de la primera revolución industrial, el adolescente Rimbaud acomete su revolución del lenguaje. Rimbaud es un rebelde metafísico en su palabra, y no sólo en su conciencia o en su acción. Nos enseña, de una vez para todas, que cuanto más perfecta o técnica es una sociedad más rebelde puede ser el poeta dentro de ella. El poeta puede y debe ser rebelde contra la injusticia social, pero también contra la técnica y la sociedad del bienestar material debe estar siempre a favor del hombre y en contra de una sociedad más o menos convencional y deshumanizada. Puede ser rebelde satánicamente contra Dios —como William Blake y los románticos ingleses—, o, más modestamente, contra los dogmas y la moral de una religión positiva, de una iglesia, pero también puede ser rebelde contra el ateísmo, sobre todo cuando es un ateísmo confesional o de Estado. Mas el poeta, en tanto que poeta, no puede ser rebelde más que en su palabra, en

su libertad de canción. Rimbaud fué primero rebelde en su palabra y después en su vida prosaica de aventurero al servicio del colonialismo y la civilización técnica. El prosaísmo de su vida comercial en Abisinia es su rebeldía social absoluta. Antes nos ha dejado su rebeldía, también absoluta, de poeta en la palabra. En la poesía de Rimbaud, destructora del lenguaje, la palabra poética alcanza la importancia exagerada que va a tener desde entonces. Su palabra se rebela contra el arte y contra la literatura desde lo más secreto de la naturaleza. A primera vista no parece Rimbaud un poeta de la naturaleza, como Novalis o Hörderlin, ni mucho menos como Walt Whitman. Y no lo es. No lo es a la manera de ningún otro poeta, sino a la suya propia. En ningún otro poeta, en ninguna otra poesía resulta tan claro el planteamiento radical de la lírica. Su planteamiento radical y su actitud esencial de desaprovecharlo todo. Para desaprovechar las cosas líricamente, como nadie lo había hecho antes que él, es para lo que Rimbaud destruye el lenguaje con la palabra. Antes de él, la poesía estaba en la frase; después de él va a estar en la palabra, y hasta, como nos dirá Paul Claudel, en las pausas o espacios en blanco que quedan entre las palabras. También después de él muchos poetas van a intentar un planteamiento radical de la poesía semejante al suyo. La poesía de Rimbaud ha sido ya poesía del futuro y lo seguirá siendo. Rimbaud es poeta de la naturaleza en la medida en que es poeta de la vuelta al origen mismo del poetizar, como diría Heidegger.

Otro poeta posterior a Rimbaud, del que se ha ocupado Heidegger —mejor dicho, del que se ha ocupado y se ocupa todo el que quiere hablar de poesía sin ser poeta—, es Rilke. El origen del poetizar, para Rimbaud, está al principio; en cambio, para Rilke está al final. Rilke no es poeta paradisíaco, sino escatológico a su manera. La realidad tiende, en su palabra de poeta, a su consumación final. En Rimbaud, la palabra era algo que llegaba desde antes, y para llegar y aparecer incólume tenía que destruirlo todo a su alrededor. En Rilke la palabra se pone a caminar hacia adelante, cargada de experiencia. Esta, la experiencia, le es consustancial a la poesía de Rilke, lo mismo que la falta de experiencia a la de Rimbaud. Pero una y otra coinciden en ser instrumento de perfección moral, en vez de material, como los de la técnica. También uno y otro poeta coinciden en su conciencia de la oposición entre la esencia de la técnica y la de la lírica.

Ser poeta de la realidad en una época técnica no significa necesariamente ser poeta de la técnica. La técnica modifica la realidad natural hasta perderla de vista, y la poesía consiste en mantenerla a la vista. Entre nosotros hemos tenido un gran poeta en prosa de la realidad de este mundo y de las puras cosas, por así decirlo, desobjetivadas: Ramón Gómez de la Serna. Nadie como él para mantener

a la vista la realidad natural mezclada con la de toda clase de objetos más o menos técnicos. La poesía de Ramón ha tenido entre nosotros bastante vigencia literaria, pero muy poca o ninguna vigencia social. En las *Cartas a las golondrinas,* pero sobre todo en las *Cartas a mí mismo,* Ramón nos cuenta patéticamente, humorísticamente, su soledad de última hora como escritor. Su soledad de creador que se ha quedado a solas con su obra. En otra obra suya, *El hombre perdido,* nos deja su visión de penúltima hora de este mundo. Ramón ha sido durante toda su vida de escritor un gran visionario de las cosas de este mundo, sobre todo de los objetos utilitarios creados por la técnica. Y a última hora extrema su visión de estos objetos convertidos en puras cosas. La intervención lírica de Ramón destecnifica lo que el técnico había tecnificado. En su prólogo a *El hombre perdido,* que se llama: «Prólogo a las novelas de la nebulosa» —porque *El hombre perdido* no iba a ser más que una de esas novelas, aunque se quedó siendo la única—, Ramón nos habla de las muchas clases de realidad que hay: *Hay una realidad que no es surrealidad ni realidad subreal, sino una realidad lateral.* Y para que lo entendamos mejor añade que *en los indulios del belerofonte no hay más que huevos fritos y lógica bostezante.* Ramón ha tenido fama de escritor variado y proteico, y, efectivamente lo es, pero yo le encuentro siempre desesperadamente único y semejante a sí mismo. Tiene fama de superficial e imaginista, y yo le encuentro trascendental y profundo. Pero tal vez lo que sea más decididamente es un escritor lateral, autor de muchos libros laterales. *La realidad tal cual es*—nos dice en el prólogo citado—*cada vez me estomaga más.* Y un poco más adelante: *Las cosas de la vida hay que traducirlas al otro lado del mundo.* Ramón ama la realidad completa, central, lateral y del otro lado, y por eso abomina del realismo. No puede escribir sin contar hasta el límite—ese límite que para Cervantes era la libertad—con las cosas, pero este contar hasta el límite con ellas es *traducirlas al otro lado del mundo.*

Siempre venimos a parar a lo mismo, a que la criatura poética —criatura afortunada, la llamó Juan Ramón Jiménez—es algo marginal o lateral, como el Angel de Rilke, como los Angeles de Alberti, y muy especialmente su Angel bueno, aquel que acude al poeta,

para, sin lastimarme,
cavar una ribera de luz dulce en mi pecho
y hacerme el alma navegable.

Hablar de la poesía del futuro es hablar del alma del hombre hecha navegable por la poesía. Si el hombre futuro va a ser humanamente mejor que el hombre del presente, lo será gracias a sus instru-

mentos de perfección moral y no de perfección material o técnica. El que la poesía sea algo lateral o marginal no sólo no la aleja del hombre, sino al contrario, quiere decir que está cumpliendo su misión esencial como actividad humana. Una actividad que consiste en escuchar de veras, primero, para cantar libremente después. Sin embargo, entre el escuchar y el cantar hay, como en la cancioncilla de Machado, una tercera cosa: el soñar. Por eso no podemos olvidar esa otra orilla activa del ensueño, que es donde el poema adquiere su realidad autónoma en su plenitud de forma.

Confieso que en mi poesía el tema del descampado, el desterrado de la naturaleza dentro de la civilización técnica, ha llegado a ser algo no sólo dominante, sino un poco obsesivo. Es un tema que ha saltado de las páginas del libro que se llama así, *El descampado*, a todos mis libros o poemas posteriores. Y mi visión objetiva de la poesía del futuro está tal vez deformada por la insistencia obsesiva de ese tema. Por lo pronto, es una visión, como diría Rubén Darío, *válida en mí*, pero no sé si válida también en sí mismo. La falta casi absoluta de naturaleza la convierte en ensueño, y dentro de éste empieza uno a sospechar que hay que aburrirse de naturaleza, de realidades naturales de este mundo, para que el poema se ponga en marcha desde su necesidad interior más profunda. En *El descampado* hay un poema titulado «Aburrimiento», en el que digo:

Aburrirme de suelo, de Castilla, de viento,
de Extremadura (en chozas de arcaicos carboneros),
de un cristal de ventana y una tarde de ensueños,
y aburrirme de idénticas laderas pedregosas.
... ...
Sé lo que inventa el hombre, Señor, para perderte
de vista, y no aburrirse; pero yo, convencido
desde el primer momento de mis ojos de niño,
sólo busco en el mapa la aridez de otros cerros.

Aburrirse—sin perder de vista a Dios, en mi caso—forma parte de esa manera de estar en el mundo en que las horas vividas de veras llegan a ser distintas unas de otras. De las páginas en verso de *El descampado*, esta necesidad de estar así en el mundo, salta a las de *Lecciones para el hijo: Todas estas lecciones que he escrito para ti, a la manera de Juan Sebastián Bach y sus distancias atrevidas de espíritu, son lecciones de ignorancia y lecciones de campo, de estar en el campo en vez de en la ciudad, con todo el entusiasmo creador y el crecimiento del instante en polen de tomillos y en terrones húmedos de barbechos con alacranes cebolleros. Son lecciones de conservar la ignorancia visionaria del campo en el alma.* Más adelante, le hablo al hijo de las

hojas secas del otoño de la vida, de cuando su vida haya llegado al otoño, y le digo: *Antes, te impacientabas por nada, y ahora tienes un poco de visiones de cerca en tu sosiego. Visiones de estas hojas rojizas o doradas. En cada una de ellas sigue habiendo un instante de campo y una estrella.*

Siempre he preferido tener visiones de cerca a visiones de lejos. Visiones de cerca, pero con ensueño dentro. Por eso, mi visión de la poesía del futuro es también una visión de cerca, a través de una palabra en la que me resulta tan difícil conservar las dos orillas de naturaleza y de ensueño dentro del mundo de la técnica. Ya sé que los instantes de poesía, los instantes de campo con estrella no son más que paréntesis, mientras la vida no lo es. En otra de mis *Lecciones,* titulada «Paréntesis», le explico al hijo cómo *el alma es un paréntesis que Dios abre en la tierra,* y cómo *el mundo entero es alma.* Tal vez en mis *Lecciones,* dirigidas al hijo y, por tanto, al futuro, esté más que en ningún otro de mis libros mi poesía del futuro.

El mundo de la técnica nos hace perder de vista a la naturaleza, vivir de espaldas a ella, a la realidad de fuera. La mayor parte de los hombres vive muy a gusto sin esta realidad. Tal vez deberíamos cubrir o techar nuestras calles y nuestras plazas y vivir dentro de un enorme edificio-ciudad sin ventanas. Con las debidas chimeneas de ventilación y potentes motores para renovar el aire, tendríamos bastante. No suprimir las calles, para no tener que suprimir los automóviles y otras máquinas imprescindibles, pero suprimir las ventas y la realidad de fuera, es decir, de fuera del mundo de la técnica. Porque la realidad de fuera existe gracias a la lírica. Esta situación de la humanidad, encerrada dentro del enorme edificio sin ventanas levantado por la técnica, la he tratado en el poema representable que citaba al principio. En este poema «Los nombres», los hombres, funcionarios y técnicos todos ellos, viven satisfechos dentro de un edificio sin ventanas. Pero el protagonista es un rebelde, es un poeta que recuerda sus orillas y echa de menos la realidad de fuera. Es un hombre sin nombre —porque los nombres de pila han sido sustituídos por números— que cree firmemente que *los árboles siguen creciendo fuera y que, cuando el viento los mueve, siguen pronunciando nuestros nombres perdidos.* Este hombre —¡cómo se le ríen en las narices cuando intenta hablarle a alguien de los árboles o de las montañas!— cita, de pronto, una frase de Juan Ramón: *No olvidemos que Dios no es la civilización,* y se pone a golpear furioso contra las paredes de acero, pidiendo una grieta: *¡Una grieta! ¡Una grieta! Una grieta para ver un árbol, o para ver a Dios moviendo sus ramas. ¡Una grieta para volver a ver el mundo creado por Dios!* Resulta que a este prisionero anormal del mundo de la técnica, mundo maravilloso y específicamente humano,

cuando ya han desaparecido todos los otros temas líricos, le queda el tema de la grieta. Y lo crea con sus versos, y se agarra como a un clavo ardiendo a sus versos desesperados de última esperanza. Dice así su poema de la grieta:

Una grieta para ver.
Y una grieta para oler.

Una grieta para escuchar.
¡Y una grieta para gritar!

Una grieta para recibir,
para existir, para sufrir.

Un muro viejo y agrietado.
Un muro olvidado y sagrado.

Un muro desnudo de piedra.
Un muro cubierto de yedra.

Una grieta pequeña en el muro.
¡Una viva rendija en lo oscuro!

Por una grieta yo amaría...,
y besaría, y soñaría...

¡Una grieta de alma, una grieta
subrepticia de ser poeta!

Una grieta para aprender
el roce de otra mano, y creer.

Una grieta para tocar
la corteza de un roble, y rezar.
... ...

¡Una grieta para estar fuera
junto a una encina cualquiera!

¿Llegarán a ser los poetas del futuro poetas subrepticios a los que no les queda más que el tema de la grieta para seguir cantando? No lo creo. Además del mundo de la técnica tenemos el de la investigación científica, que es la que más grietas verdaderas ha abierto en los muros cerrados de la realidad. El poeta no tiene más que asomarse a esas grietas y ponerse a gritar o cantar por ellas. La poesía del futuro está ya en la ciencia del presente, lo mismo que está en la prosa de la vida. Se me había olvidado hablar de la prosa de la vida y de la importancia que ha llegado a tener en la palabra poética. Lo dejaré para otra ocasión. Pero quiero añadir esto, parodiando a Bécquer: *Mientras exista la prosa de la vida / habrá poesía.* Y, afortundamente, la ciencia es la confirmación de la prosa de la vida. Por mucha fantasía que nos parezca, a veces, que hay en sus descubrimientos, la ciencia es imaginación, y ya sabemos que la imaginación es lo contrario de la

fantasía. Y, además, mucho más. La fantasía consiste en escaparse de la realidad, y la imaginación en arraigar en ella. Un solo libro del biólogo Julián Huxley nos da muchas más visiones inesperadas sobre el amor y el cortejo amoroso de los animales que las que puede inventar nuestra fantasía. *A nosotros, los hombres* —nos dice Huxley—, *nos gusta ver cómo cortejan los animales. No divierte verlos así imitando a la humanidad, y ello dota de algo a la vez romántico y familiar a esas mudas y ocultas vidas que ellos velan tan estrictamente ante nosotros.* Recordemos la relación que establece Rilke —sin el menor romanticismo— entre la existencia del animal y lo que él llama lo abierto. Gracias a la ciencia, el cortejo de los animales se convierte en criatura poética y sigue perteneciendo a la sabiduría popular. ¿Quién imita a quién? Para la sabiduría popular, el hombre enamorado imita a muchos animales. *Un toque de naturaleza* —añade Huxley— *da parentesco al mundo entero.* Pero *lo que en el fondo de nuestro corazón queremos decir es: un trozo de naturaleza humana.* Aquí tenemos al científico midiendo hasta cierto punto la realidad con el corazón, cosa que no puede hacer el técnico. No confundamos al uno con el otro, y rescatemos la persona y la mirada del científico —y en algún momento hasta su palabra— para la poesía. Ese toque de naturaleza humana de que habla Huxley aparece en las danzas nupciales de ciertos gusanos de mar y en las de los caracoles, mucho más complicadas, porque son bisexuales, y cuando danza cada uno de ellos como macho tiene que excitar sexualmente a los otros como hembras. También cortejan de una manera feroz y delicada, al mismo tiempo, los cangrejos y la araña cazadora macho, que le ofrece a la hembra, para conquistarla, un cadáver de mosca envuelto en seda, lo mismo que el novio humano a la novia un ramo de flores envuelto en celofán. Todas estas son visiones científicas del mundo. ¿Para qué sirven técnicamente? El científico, sin necesidad de palabra poética, hace crecer la realidad del mundo en sus visiones. Lo malo es cuando además de ciencia quiere hacer literatura. Pero la ciencia pura y la pura lírica —a la que no hay que confundir con la *poesía pura*— están siempre de acuerdo. El poeta que quiera escribir hoy día una *Oda a la naturaleza* tendrá que medir con su corazón las visiones del científico. La ciencia no termina nunca en sí misma. Por un lado, termina en la técnica, que convierte las realidades en objetos para el bienestar humano; por otro, termina en el más allá de la palabra poética, que es la que hace que el hombre siga siendo hombre.

Luis Felipe Vivanco
Avda. Reina Victoria, 60
MADRID

CAMPANAS PARA EL ANTIGUO SABADO

POR

CESAR MIRO

Apagar el tenebrario. Arriar los lienzos morados del templo. Sacar de su sombra a las imágenes; que hubo eclipse lunar en el cielo y eclipse de San Juan, de Santa Rosa, de San Isidro Labrador, en los retablos. El campanero asciende presuroso a las torres, despierta a los ángeles, da a los hombres la buena nueva de la Resurrección. Alegría en la garganta de los pájaros, en sus campanas menudas, en el nacimiento de los ríos, en las grises aristas de las piedras, que está el hombre redimido con la sangre del Hombre. Dar la mano al enemigo. Tener el corazón verde otra vez.

El transeúnte anónimo se levanta temprano; se levanta con las campanas, con el sol, con la gloria del Sábado. Como es hombre de buena voluntad, hace suyo el llamado. Lo escucha como si estuviera exclusivamente dirigido a él. Se siente aludido. Este sábado es como una flor que se abre de madrugada, una flor para el pecho de los hombres limpios. La luz es distinta; el olor de la tierra, el canto de los gallos, el significado de los árboles, el ruido del agua, la tersura del aire. Porque son luz, olor, canto, árbol, agua y aire del Sábado.

Los olivares secos tuvieron toda la semana riego de luna y ahora están patinados como monedas viejas. El árbol del aceite tiene su luto este semana; que es árbol entristecido y dramático por la angustia de Cristo y el sueño de Pedro y la traición de Judas. Los viejos olivos apagados, terrosos, áspera corteza de antigua lepra, se quedarán para siempre entre sus óxidos por esa culpa. Y no darán sombra. Y tendrán frutos oscuros.

La pequeña plaza del suburbio, pacífica de gentes que entran a la iglesia, está fresca, limpia, sombreada de sicómoros frondosos. Con madera de sicómoros fabricaban los egipcios las cajas para sus momias. El hombrecito anónimo vuelve a pensar en el olivo, que es como la antítesis de este árbol. Porque aquél es la momia y éste es su vestidura última, su dura embarcación para el gran viaje. Sicómoro: higo y mora. Curioso árbol genealógico de los árboles. Y aquél es un árbol gótico. El ciprés también es gótico. Y todos los árboles de piedra, todos los árboles secos, prietos, someros, son árboles góticos. En cambio, el

ficus, el sicómoro, son árboles románicos, árboles que se abren dentro del arco de medio punto, dentro del semicírculo perfecto.

El Sábado de Gloria sugiere, dicta, aconseja, enseña, despierta, alegra. El arrabal limeño está suspendido en el aire. No pesa. Las campanas le dan esa condición ingrávida. No valen filosofías en este amanecer del optimismo y de la gracia. Sólo aceptamos monedas de belleza y de verdad. Porque hoy las torres son más altas y los muros son más blancos; porque hoy el cielo es más hondo y el mar comenzará a ponerse manso; porque ya se ha descorrido el lienzo púrpura y el campanero ha subido al campanario; porque ha abierto una flor en mi ventana y el agua de la acequia me llama por mi nombre; porque en la pequeña plaza está el mendigo feliz y la voz nueva; porque rezo en mi idioma y yo me entiendo y estoy frente al trigo blanco de las hostias; porque hoy empieza el año en la liturgia y el Pastor ha anunciado: «Ha destruído Dios la muerte con su muerte».

César Miró
Delegación Permanente del Perú
Unesco
Place Fontenoy
París

SOBRE LA POSIBILIDAD REAL DE UNA TEORIA SOCIOLOGICA GENERAL

POR

CARLOS MOYA

El establecimiento de una Teoría Sociológica General parece ser una de las exigencias absolutas planteadas por la institucionalización de la Sociología en el marco de nuestra actual coyuntura social. Esa totalización política de la realidad nacional que implica el «plan de desarrollo económico y social» supone una situación colectiva, cuya racionalización, en principio, sólo será posible sobre la base de una teoría del acontecer social en cuanto totalidad. La investigación sociológica debe contar con un marco general de referencia capaz de establecer la significación de aquellas hipótesis controladas en función de una posible definición científica de la estructura social en su proceso de cambio intencionalmente acelerado. Necesitamos, pues, una «Teoría sociológica general», una «Sociología general» (König) capaz de constituir el horizonte de toda investigación social empírica: un sistema de categorías rigurosamente analíticas, perfectamente comunicables, una axiomática conceptual con pretensión de validez universal, de objetividad científica.

Pero al nivel de la razón sociológica la «determinación real» (Mannheim) del conocimiento humano implica un peligroso obstáculo para la constitución de tal objetividad. Supuesta esa específica localización social y génesis personal, ¿tiene sentido intentar establecer esa teoría general? Nos preocupa su posibilidad real —más allá de su pura posibilidad lógica—. No se trata de fundar teóricamente la compatibilidad y no contradicción de una tal idea con el sistema de normas que rigen el lenguaje científico, sino de investigar las condiciones de su realización, de su fáctico acontecer (1); que algo sea lógicamente coherente

(1) La soledad, el celoso retraimiento del intelectual «moderno» a un puro quehacer teórico (apenas en contacto con la realidad del trabajo físico o del trato social afectivo), refugiándose en su conciencia subjetiva —primero, desde el enfrentamiento con la ortodoxia católica vigente (Descartes); después, desde el individualismo de la ética protestante (Kant)—, son los supuestos reales de la génesis del idealismo europeo. Supuestos que se conservan a lo largo de todo el siglo XIX en la situación social del profesor universitario francés o alemán (MANNHEIM, 1957, p. 52 y ss.), configurando su personal intencionalidad espacio-temporal, posibilitando la aparición de la axiomática sociológica idealista: en WUNDT, DILTHEY, DURKHEIM se verifica tal aserto. La dialéctica histórica de MARX, con su postulado de la reciprocidad sujeto-objeto, viene posibilitada por

en términos ideales no implica sin más su posible acontecer espacio-temporal. ¿Hay alguna posibilidad real de alcanzar esa axiomática sociológica?

I

Tras las huellas de Parsons, resaltando la importancia clave del «problema hobbesiano del orden» (2), a la hora de plantearse la cohesión social, Dahrendorf distinguía dos arquetipos de la teoría sociológica, del pensar social en general: la propia solución de Hobbes —la cohesión social, como resultado del poder— y la teoría roussoniana de la *volonté generales* —la integración social como producto del *consensus (Dahrendorf,* 1961, 208 y s.)—. El acontecer social entendido en la perspectiva de la integración estructural-funcional de los sistemas sociales, apoyados en la vigencia de un sistema común de valores o en la dimensión conflictual que implica toda situación social en tanto imposición coactiva de un orden como dominación de un grupo sobre el resto de la sociedad. Sociología como teoría de la integración y la estabilidad social o como explanación del conflicto y el cambio. Adorno (1956), Coser (1956), Wright Mills (1961), Dahrendorf (1960) y Bastide Aron, Grirod y Gurvitch en el segundo coloquio de la Asociación Internacional de Sociólogos de Lengua Francesa en 1959 (CIS, 1959, XXVI) han puesto al descubrierto algunos de los supuestos reales e implicaciones ideológicas de tal divergencia teórica. Insistiendo en los análisis mentados, habría que decir que la orientación sistemática hacia la explicación de la integración y el equilibrio social o hacia la teoría del conflicto y cambio social implica en su génesis histórica la identificación positiva o negativa del sociólogo con su propia sociedad en función de su situación. Esta dimensión afectiva de la posición social en cuanto subjetivamente apropiable, al configurar la intencionalidad espacio-temporal de tal sujeto, modaliza categorialmente la imagen

---

su compromiso efectivo en la transformación del orden social de su tiempo. La eliminación del dualismo ontológico espíritu-materia, a partir de la categoría praxis, supone que su autor, desde su actividad revolucionaria, ha superado la tradicional división social entre trabajo material y trabajo espiritual, entre filósofo y político, entre razón pura y razón práctica. Una explanación de estas esquemáticas formulaciones puede encontrarse en la tesis doctoral del autor. «Problemas fundamentales de Teoría sociológica. De MARX a DURKHEIM, al análisis estructural funcional», y en su trabajo «Sobre la teoría sociológica general y su desarrollo histórico», de próxima publicación en *Revista de Estudios Políticos,* Madrid.

(2) T. PARSONS: *The Social System,* pp. 36, 43, 118-119, Free Press, Glencoe. En adelante, las citas bibliográficas van incluídas en el texto, con su formulación esquemática entre paréntesis: nombre del autor, año del libro mentado, número de la página o páginas referidas. Así sería formulable la cita de estas notas: (PARSONS. 1951, 36, 43, 118-119). Una referencia completa de la obra puede ser buscada en la bibliografía, ordenada alfabéticamente, incluída al final, localizando el nombre del autor y la fecha de aparición del libro.

teórica de la sociedad, al par que estructura axiológicamente el ideal social. Marx y Durkheim son los modelos clásicos de una tal divergencia teórica, componiendo las dos enfrentadas direcciones, de cuya herencia se mantiene nuestra sociología actual. Y al propio tiempo dos momentos en la constitución de las dos ideologías máximas de nuestra época: el socialismo revolucionario protagonizado por el proletariado y la idea de la socialización estatal empuñada por las clases medias y una clase obrera de creciente nivel de vida. El realismo colectivo de Gumplowicz ocuparía una situación intermedia entre Marx y Durkheim —del mismo modo que su profesión universitaria, su nacionalización austríaca, su resignación pesimista, su marginalización social, implica una toma de posición equidistante del exilio revolucionario de Marx y la identificación republicana del profesor de la Sorbona.

La conexión entre teorías sociológicas y situación social es un tema clásico de la «Sociología del saber» desde Mannheim y Geiger. Ideología política y teoría sociológica son dos desarrollos intelectuales íntimamente implicados en tanto enraizados en un mismo supuesto real: una posición personal ante la realidad social. Que no es el accidental enfrentamiento de un sujeto respecto al puro objeto de una consideración caprichosamente decidida. No se trata de un colocarse más del hombre frente a uno de los múltiples momentos en que se extasía la inagotable diversidad del mundo, sino de un decisivo modo de ser, constitutivo de la propia realidad del sujeto en cuanto ser social. Dimensión constituyente de la subjetividad inteligente: posición en cuanto ahí en que el hombre se pone a su propia realización: determinación objetiva subjetivamente apropiable y conformable en la acción, configurándose así como posición personal: sistema relativamente unitario de referencias intencionales, definiendo el sentido de la decisión del agente frente a toda posible situación. Los últimos postulados en que la realidad deviene inteligible son siempre expresión de la propia realidad en cuanto enfrentamiento inteligente con esa realidad englobante. Toda posición teórica última se enraíza en la realidad de una peculiar situación práctica que decide radicalmente las posibilidades cognoscitivas del sujeto en cuanto las constituye realmente. Esa es la realidad fundamental que la inteligencia asume formalmente en una serie de postulados últimos conformando el quicio común de las teorías e ideologías con que el actor se informa y decide frente a la realidad social, se orienta en función de su propia realización práctica. La identificación positiva o negativa con el entorno social posicionalmente dado, decidiendo la estructura de la personalidad, decidirá al par la inteligibilidad del acontecer social, tanto las categorías fundamentales del sistema de significaciones, posibilitando toda información empírica sobre tal acontecer, como los valores últimos que establecen su estimación. La implicación real

del «sistema de realidad» con el «sistema proyectivo» (Kardiner, Linton), de la «estructura cognitiva» con el «sistema afectivo» de valencias y valores (Lewin, Piaget), en cuanto configurándose recíprocamente en la génesis de una cierta posición personal, constituye el supuesto de la implicación entre teoría sociológica y pretensión política.

Si toda teoría general supone la realidad subjetiva de una cierta toma de posición personal, su pretensión de validez objetiva aparece amenazada radicalmente por esa dimensión de arbitrariedad, por ese coeficientemente de subjetividad que constitutivamente implica. «Es ideológica toda imagen total del mundo real que juzgue agotarlo mediante la suma de los fenómenos percibidos... Toda imagen del mundo es meramente hipotética y perecedera» (Geiger, 1953, 139-140). Por supuesto, estamos hablando en la perspectiva de la validez empírica en términos de verificación intersubjetiva de tales proposiciones «holistas» (Poppor), en el ámbito de un lenguaje puramente informativo para el cual carece de sentido la pretensión metafísica o teológica de una verdad absoluta, en cuanto excede las posibilidades de significación establecida por las normas que rigen la comunicación científica. Tales teorías generales serían formaciones intelectuales que asumiendo un cierto nivel de información empírica totalizarían conceptualmente tal conjunto de teorías parciales en función de una cierta configuración afectiva de la subjetividad cognoscendente de su autor. Alcanzando así el «Sistema de la realidad en cuestión»: un complejo unitario de proposiciones generales, de principios, que permitirían deducir todas aquellas afirmaciones de un alcance significativo más reducido.

Sino que la prestancia arquitectónica de tales sistemas no podría disimular su falta de rigor científico, su imposible verificación empírica: tal es el fundamento específico de la crítica de Merton contra las «teorías sociológicas sistemáticas o generales». «La teoría conceptual (o la especulación) galopa tan lejos por delante de las teorías particulares confirmadas, que sigue siendo un ideal irrealizado, más bien que una consolidación de teorías en apariencia restringidas... Creemos que la búsqueda de un sistema total de teoría sociológica, en que observaciones de todas suertes encontrarían inmediatamente sus sitios fijados, comporta los mismos riesgos y tan flacos resultados como esos sistemas filosóficos universales que han caído en un abandono merecido» (Merton, 1953, 6, 4). Al cabo desde nuestra propia perspectiva la última razón genética de tal coherencia sistemática no es sino la exigencia psíquica de una ordenación simbólica de la «realidad en su totalidad» en cuanto último requisito intelectual del sentido de la propia conducta de su comunicabilidad y «razonabilidad» para los demás. Sin un sistema de significaciones claves —«sistema de seguridad» (Kardiner)— resulta imposible un mínimo control afectivo que asegure una respuesta

inteligente a toda posible situación, resulta imposible el equilibrio de la personalidad (Rüschemayer, 1958, 193 y s.), siempre un «equilibrio normativo» (Hofstätter, 1959, 220 y s.), en tanto internalización de una cierta cultura. Las significaciones claves de tal estructuración de la intencionalidad espacio-temporal del agente, constituídas en función de su experiencia subjetiva, se proyectarían en el quehacer científico improvisando las teorías generales a partir de un cierto nivel de información científica. La totalización conceptual de aquellos resultados de la investigación empírica salvaría su parcialidad en una construcción unitaria que, teóricamente, no pasaría de ser una mera salvación estética (simbólicamente expresiva, afectivamente orientadora) de ese conocimiento insuficiente: su eficacia para la integración personal no impediría su falta de validez teórica.

De ahí el sentido estratégico de la propuesta de Merton en centrar la atención sociológica sobre el establecimiento de «Teorías de alcance intermedio»: «Teorías intermedias entre las hipótesis menores que cada día surgen con abundancia en el trabajo cotidiano de la investigación, y las amplias especulaciones que parten de un magistral esquema conceptual... Tenemos a nuestra disposición numerosos conceptos, pero pocas teorías verificadas; muchas opiniones, pero pocos teoremas; numerosas «instrucciones», pero pocos resultados. Quizá valdría la pena cambiar de orientación. La teoría sociológica debe progresar correlativamente sobre los niveles siguientes: teorías particulares referentes a series limitadas de datos y elaboración de un sistema conceptual más general, capaz de consolidar los conjuntos teóricos particulares. Concentrar la atención sobre teorías particulares es correr el riesgo de llegar a especulaciones *ad hoc*, válidas para una gama limitada de observables, pero sin cohesión ninguna. Concentrar la atención sobre la matriz conceptual para deducir de aquélla todas las teorías subsidiarias es correr el riesgo de hacer surgir en el siglo XX el equivalente de los grandes sistemas filosóficos del pasado con todo su esplendor arquitectónico y toda su esterilidad científica» (Merton..., 10, 11).

Pero entonces, ¿qué sentido tiene nuestra pretensión de una teoría sociológica general? Desde la crítica de Merton, desde nuestras propias afirmaciones, parece contradictorio intentar una axiomática sociológica estrictamente científica. Este esfuerzo hacia una teoría general, ¿no estará ocultando una gratuita construcción especulativa que racionalice ideológicamente nuestra coyuntura nacional? Con el pretexto de una totalización teórica, ¿no estaremos tratando de legitimar científicamente nuestra singular posición valorativa frente a la planificación del «desarrollo económico y social» en cuanto totalización política del acontecer nacional?

Para salvar estos problemas convendría precisar rigurosamente la

idea de una «Sociología general» (König) en su función cognoscitiva y en su posibilidad real.

II

Empíricamente, las significaciones acontecen espacio-temporalmente. La «determinación real» del pensamiento constituye su posibilitación real. Toda formalización intelectual no es sino asunción personal de las posibilidades significativas de una situación dada, en función del lenguaje desde el que resulta relevante para el sujeto en función de su participación intencional en aquel círculo de comunicación social en el que se define «objetivamente» tal ámbito de relevancia, en el que se establece normativamente su sentido. La valoración negativa de tal descubrimiento —relativismo histórico como una nueva forma de excepticismo, o como un determinismo histórico materialista— no es sino expresión de la arraigada pervivencia del idealismo en nuestra cultura occidental y de su postulación de una verdad en sí trascendental respecto del acontecer espacio-temporal. Por supuesto, hablamos aquí de verdad solamente en el sentido científico de verificabilidad empírica —eludiendo temáticamente la cuestión de una verdad ontológica o teológica.

En otros trabajos nos hemos ocupado de la constitución histónca de una serie de sistemas de categorías sociológicas: dialéctica marxista edificada sobre el concepto de praxis, realismo de Gumplowicz, a partir del concepto fundamental de «acción del grupo», análisis estructural funcional e idealismo sociológico de Durkheim desde la idea de norma como imposición colectiva fundando la integración y estabilidad del sistema social. Así resultó claro que la posibilitación real de tales sistemas conceptuales no era otra que la toma de posición de un sujeto socialmente situado, modalizando categorialmente su intelección del acontecer social desde la pretensión, por supuesto, de un conocimiento científico. La contingencia subjetiva de toda personal toma de posición no implica sin más la invalidez de toda axiomática personalmente formulada, sino que es pura condición de su establecimiento: sólo los sujetos reales son capaces de formulaciones. Su validez dependerá de su atenerse o no a las normas que rigen la comunicación científica. Se puede hablar perfectamente de una situación real en la que acontece la objetividad científica: es el ámbito social en el que se desarrolla el proceso de la investigación empírica como verificación intersubjetiva de proposiciones empíricamente controlables. Afirmar la génesis histórica de toda axiomática sociológica en función de una cierta toma de posición no supone ningún juicio acerca de su valor científico. An-

tes que nada habría que explanar el papel de tales formaciones conceptuales en el proceso de la investigación.

¿Qué función cognoscitiva desempeñan las pretendidas «teorías sociológicas generales»? René König ha distinguido con todo rigor entre «teoría sociológica» y «teoría de la sociedad» (König, 1959, 436, y 1962, 11), según que su pretensión sea la limitada información hipotética sobre el acontecer social, empíricamente verificable, o la de establecer un sistema de proposiciones universales y apodícticas que explanen la «totalidad de la sociedad». Estas últimas formaciones teóricas no se plantean como «comprobación de una hipótesis sobre una realidad investigada, sino como una fundamentación de determinadas explicaciones globales mediante «ilustraciones» empíricas, que han sido alcanzadas de forma esencialmente ametódica. La función de tales afirmaciones es, sustancialmente, el provocar fuertes estímulos para la acción... o el promover energías críticas» (König, 1962, 11). Y, por supuesto, en ambos casos se trataría de presentar seductoramente una ideología más o menos enmascarada.

De las teorías sociológicas propiamente dichas —proposiciones verificables en términos empíricos— hay que distinguir la «sociología general o teoría de las categorías sociológicas», una «disciplina fundamental en tanto se ocupa de los conceptos fundamentales que constituyen los presupuestos lógicos-materiales de todo pensar e investigar sociológico», aquel sistema conceptual que establece la «descripción analítica de la dimensión del acontecer social que ha de ser conocida, esto es, la posibilidad de «objetos en general» (König, 1962, 4) para la sociología. «La dimensión se concibe como una propiedad de la realidad, mientras que el concepto forma parte de un lenguaje con cuya ayuda puede hablarse de tal realidad... La meta que supone el análisis dimensional es el establecimiento de un sistema de conceptos acerca de las dimensiones de lo social» (Zetterberg, 1962, 64). Es decir, la fundación de un lenguaje que hace posible la específica investigación sociológica en cuanto define el acontecer social como observable empíricamente. Los «fenómenos sociales» son entendidos como «datos sociológicos», en cuanto ese sistema conceptual establece «la *biais par ou ils sont scientifiques*» (Durkheim). Un sistema de categorías científicas define la estructura del específico ahí propio de tal disciplina en el que la realidad se hace presente al observador en términos de tales observables específicos: todo sujeto que se atenga a tales normas de significación deviene capaz de investigar esa misma área de la realidad. El «análisis dimensional» constituye puramente el primer momento lógico del proceso de investigación. «El auténtico proceso de conocimiento comienza sólo cuando estos conceptos, en combinación con hipótesis específicas, son aplicados a la realidad, permitiendo organizar sus datos de tal

modo que surgen los que nosotros llamamos teorías sociológicas» (König, 1962, 4).

A partir de esta distinción entre teorías sociológicas propiamente dichas (nomológicas, explicativas) y sistema de categorías sociológicas (descriptivas), aquellas pretendidas teorías sociológicas generales tal como pueden ser las de Gumplowicz, Durkhein o las actuales de Parsons, Sorokin, von Wiese, Znaniecki, Homans incluso, no constituyen una «teoría científica sistemática» en el sentido estricto de «totalidad de hipótesis nomológicas, lógicamente vinculadas entre sí, que han de ser aplicadas para explicar y predecir el acontecer de los fenómenos del ámbito (de la realidad) en cuestión» (Albert, 1962, 52), del acontecer social en general en este caso. Se trata más bien de: «A) definiciones de una serie de conceptos fundamentales, recíprocamente referidos; B) para la organización sistemática de cuestiones hasta ahora tratadas separadamente, con lo cual, C) resultan de tal sistematización nuevos ámbitos de problemas, y los viejos —en parte originados histórica y casualmente— son nuevamente determinados. Finalmente, D) gracias a un sistema de referencias conceptualmente general se explanan las relaciones con otras disciplinas científicas» (Rüschemayer, 1958, 174). Tal resultaría la «teoría de la acción» (Max Weber, Znaniecki, Parsons, Becker) que ha posibilitado la clara distinción entre Sociología, Antropología cultural y Psicología, según se ocupen de la acción humana en cuanto observable dentro del «sistema personal», el «sistema cultural» o el «sistema social» (Parsons, 1951, 545 y s.). Este es el horizonte teórico en el que se plantea la presente investigación.

El proceso de comunicación en el que la axiomática sociológica se define es el que va desde Comte, Marx y Spencer a Durkheim, Simmel, Max Weber, Pareto..., prolongándose en las discusiones teóricas actuales. La discusión científica, al vincular una multitud de posiciones personales desde una común pretensión de objetividad científica, va conformando un común sistema conceptual, depurado de sus momentos puramente subjetivos. La dimensión ontológica y valorativa, típica de los primeros sistemas de categorías sociológicas en cuanto expresión de una apropiación personal de la situación social —condición de la propia realización, posibilidad de la propia realidad—, se depura hacia formulaciones rigurosamente analíticas y puramente descriptivas. Al personal esfuerzo creador sucede la recepción de un lenguaje cuya aceptación no exige cierto convencimiento práctico, sino la pura inteligibilidad de su contenido informando sobre la posibilidad empírica de una observación sistemática del acontecer social. «Es característico del creciente estado de madurez de una ciencia el que tales (conceptos de ordenación» (Ordnungsbegriffe, categorías) no deban ser deducidos

de nuevo en cada caso, sino que vengan ya dados en una cierta sistemática, de suerte que puedan ser utilizados sin más en la mayoría de las ocasiones. Tal sucede con los conceptos de acción social, papel social, regulación mediante normas, estructura, etc.» (König, 1962, 4).

Desde esta situación fáctica de la relativa madurez actual de la Sociología es posible entender cabalmente la propuesta de Merton —generalmente aceptada en países de gran nivel económico y una gran tradición sociológica, como Norteamérica y Alemania—. Frente a su comprensión superficial como condena definitiva a toda pretendida teoría general sociológica, en tanto no sea resultado final de una axiomatización progresiva de teorías de alcance intermedio, el análisis profundizado de la obra del sociólogo americano cambiaría toda la perspectiva: tal posición teórica no es sino una toma de posición científicamente estratégica en función de la existencia de una pluralidad de teorías generales, definiendo un núcleo conceptual relativamente integrado desde el que se hacen posibles tales investigaciones empíricas. Es el resultado de la herencia de Marx, Spencer, Durkheim, Simmel, Freud, Pareto, Mead, Max Weber... El mismo Merton le reconoce al aceptar relativamente la propuesta de Parsons sobre una «teoría sistemática» como esquema conceptual lógicamente articulado (Parsons, 1951, 536); asumiendo formalmente esta tradición científica. «Como ha dicho Parsons, se han hecho grandes progresos recientemente. La convergencia progresiva de ciertas corrientes teóricas en psicología social, etnología y sociología permite esperar importantes conquistas teóricas» (Merton, 1954, 10-11).

Pero el nivel actual de consensus teórico no impide las sistematizaciones axiomáticas divergentes, más o menos correspondientes a tradiciones y coyunturas académicas específicamente nacionales. No se puede hablar todavía de una teoría sociológica universalizada, sino de fragmentos de esa posible teoría de vigencia relativamente internacional. Un factor decisivo hacia esa relativa unificación del lenguaje sociológico ha sido la «regionalización» política occidental bajo el liderazgo americano, controlando parcialmente la expansión mundial del desarrollo científico-tecnológico. Pero incluso dentro de las áreas de una progresiva homogeneización terminológica se siguen registrando radicales divergencias doctrinales. La falta de completud teórica de tal lenguaje sigue suponiendo la admisión de principios y postulados cuya posible gratuidad científica se enmascara con una pretensión de objetividad apriorística que, en último término, no es otra cosa que su coherencia cultural con las ideologías dominantes dentro de esas singulares comunidades políticas nacionales. El pluralismo de axiomáticas sociológicas se corresponde con el relativo pluralismo político occidental. Ahora bien; según una axiomática u otra, son posibles

unas u otras teorías (hipótesis nomológicas). Dahrendorf, por ejemplo, ha apuntado con todo rigor la imposibilidad de explicar el cambio social desde la «sociología general» de Parsons (Dahrendorf, 1961, 71-72, 86 y s.). Pero resulta que la condición de validez científica de un sistema de categorías sociológicas es el permitir la ulterior explicación de todo posible acontecer social posibilitando la formalización de las hipótesis específicas (completud teórica). Que un sistema conceptual permita el establecimiento y verificación de ciertas legalidades sociológicas no supone sin más la validez definitiva del tal sistema, sino que cabe impugnar una tal axiomática en cuanto se alcance otra que haga posible establecer teorías explicando no sólo los fenómenos que el anterior sistema hacía inteligibles, sino también aquellos otros acontecimientos cuya relevancia se esfumaba en aquella retícula conceptual. Es lo que Parsons intentaba con su análisis estructural-funcional a partir de la teoría de la acción social con respecto a las axiomáticas de Durkheim, Pareto y Weber. Lo que Dahrendorf intenta con su «teoría de la denominación», presentándola como un planteamiento cuya generalidad más amplia asume el análisis estructural funcional (Dahrendorf, 1961, 27). El funcionalismo parsoniano supone el conservadurismo liberal americano; la «teoría de la dominación»», un cierto radicalismo socialdemócrata.

La contingencia, la relativa arbitrariedad de todo sistema de categorías en cuanto producto relativamente subjetivo se constituye en posibilidad en general del conocimiento sociológico, con pretensión de «validez transcendental», por tanto. (König, 1962, 4). Sino que este salto de la conciencia personal a las afirmaciones empíricamente transcendentales (sistema de postulados conceptuales con pretensión de validez intersubjetiva, estableciendo «la posibilidad en general» de observables sociológicos) difiere formalmente de la pretensión de validez absoluta del yo trascendental de la fenomenología. Para tal posición filosófica toda axiomática «fundada» no es sino expresión de un orden esencial de la realidad —el orden social en este caso—, válido *a priori* para todo dato fáctico dentro de tal región ontológica, abriéndose como evidencia absoluta a la «visión pura egológica» (Husserl, 1950, 11-121, 31-39; Scheler, 1958, 55-67, 155-166, 179; 1926, 30-31): «Cada ciencia de datos tiene su esencial fundamento teórico en una ontología eidética» (Husserl, 1956, 24). La intuición subjetiva como ámbito de la constitución de todo concepto fundamental (axiomático-ontológico) en cuanto la autoevidencia se consagra como intersubjetividad transcendental (Husserl, 1950, 35-36). No es éste el lugar de intentar una crítica radical del «idealismo transcendental». Su teoría del lenguaje científico nos importa sólo como contrapunto para explanar más rigurosamente nuestra idea de la posibilidad real de una axiomática

sociológica, supuesto ya que «la sociología en cuanto tal sólo es posible como sociología empírica» (König, 1962, 3). Una axiomática empírica no intenta formular la constitución esencial de un cierto reino ontológico; simplemente describir una dimensión de la realidad para posibilitar su observación. La pretensión de validez de un sistema de categorías científicas no puede fundarse en el arbitrio subjetivo de toda autoevidencia; viene condicionada por la plenitud de tal horizonte conceptual a la hora de convertir una dimensión de la realidad en ámbito de investigación empírica. Su fundamento no descansa en el pretendido acceso personal a la conciencia transcendental, sino que acontece históricamente en el transcurrir dialéctico de la propia disciplina científica. La autoevidencia fenomenológica, al absolutizar una serie de contenidos de conciencia separándolos de su posible control público, no hace sino vincular decisivamente los enunciados fácticos y las posiciones de valor que constituyen la personal visión del mundo de ese sujeto, mucho más dependiente de las ideologías dominantes que del esfuerzo por alcanzar la objetividad científica. No es la evidencia subjetiva la que asegura la validez teórica, sino la verificación intersubjetiva de la posibilidad de una observación sistemática, controlable intersubjetivamente a partir del horizonte de inteligibilidad que tal sistema conceptual proporciona sobre el ámbito de la realidad definiéndolo como observable.

La historicidad constitutiva de toda teoría empírica no implica la reducción de tales formulaciones a proposiciones subjetivamente originadas; toda subjetiva posición científica pretende objetividad en cuanto su génesis supone la existencia de un ámbito de comunicación dado con unas significaciones relativamente comunes, relativamente válidas (vigentes) intersubjetivamente, que el científico apropia personalmente en una fórmula cuyo cumplimiento radica en su histórica comunicación y aceptación (inteligibilidad verificada) dentro de tal comunidad científica. Teóricamente, toda posición subjetiva es una pura pretensión de validez objetiva (intersubjetiva) que se cumple en su libre discusión pública. La «objetividad científica transcendental» aparece así como progresivo resultado de tal discusión: como constitución de un lenguaje común en la comunicación científica en cuanto investigación empírica. De ahí la posibilidad ya mentada de arrumbar un sistema de «categorías transcendentales» en función de su insuficiencia para posibilitar teorías sobre nuevos fenómenos hasta entonces no tenidos en cuenta: «teoría general» e investigación empírica se fundan recíprocamente. Cuando fenomenológicamente se afirma que los «nexos esenciales evidentes (desde una cierta axiomática) nunca pueden ser anulados y destruídos por el hallazgo de nuevos nexos y de nuevas relaciones causales entre aquellas cosas y acaeceres portado-

res de las esencialidades respectivas» (Scheler, 1958, 174), se está paralizando la historia en la contingencia de un yo fenomenológico que se pretende eterno. Como todo quehacer humano, la axiomatización sólo tiene sentido en cuanto implica la historia como posibilidad de cumplimiento en común.

Al cabo, el conocimiento científico no pretende alcanzar la verdad absoluta; se autolimita rigurosamente a una progresiva depuración de nuestro sistema de información sobre la realidad mediante su verificación intersubjetiva. La libertad —como supuesto de toda nueva y original toma de posición personal ante el acontecer social y su explicación científica, como antítesis de toda petrificación en torno a una teoría ya establecida, como posibilidad de un progresivo entendimiento y una progresiva discusión pública, de una progresiva eliminación de la dimensión ideológica de toda posición personal—es el fundamento real de la progresiva constitución de la axiomática sociológica, de la sociología en general.

NOTA FINAL

Este ensayo fué escrito en noviembre de 1963. Su redacción actual hubiese exigido demasiados cambios y un tiempo de que el autor no dispone. De ahí que se haya limitado a añadir leves adiciones que contrarrestan mínimamente un cierto idealismo epistemológico de la versión original, a medio camino entre el realismo histórico-social y el neopositivismo-neokantismo dominante en Colonia con René König, entrañable maestro. A la hora de clarificar la razón sociológica resulta absolutamente necesario un confrontamiento crítico entre razón analítica y razón dialéctica. Un conflicto epistemológico cuya solución parece radicar en una asunción del empirismo lógico dentro de una metodología dialéctica que, al par que establezca la unificación de las ciencias humanas, consiga eliminar, a nivel teórico-informativo, los postulados metafísico-escatológicos propios del origen idealista del pensamiento dialéctico (3). La cuestión es fundamental en el momento presente, en cuyo horizonte resulta tan insatisfactorio el formalismo estructural funcional como un «hiperempirismo dialéctico» (Gurvitch), cuya complicación especulativa sigue sin responder a la problemática actual de las ciencias humanas. La aguda sensibilidad filosófica de Sartre ha captado perfectamente este problema en su

(3) Vid. sobre esta cuestión, el ensayo del autor «Sobre el sentido del lenguaje marxista», publicado en el *Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político* número 33, Universidad de Salamanca, 1965.

«Crítica de la razón dialéctica», de sus límites y validez, concebida como una investigación de las «oposiciones y los lazos de esta Razón con la Razón analítica y positivista» (Préface). Otra cosa es la discutibilidad absoluta de sus resultados, muy determinados todavía por la originaria fenomenología existencialista del investigador y por su alejamiento de la praxis científico-empírica.

Ni que decir tiene que dentro del planteamiento actual del autor hablar de «la libertad como fundamento real de la progresiva constitución de la sociología en general» resulta una formulación excesivamente abstracta. El salvar su ambigüedad —que podría determinar a su desvirtuacióni dealista— exige una mayor concreción. En este sentido habría que hablar aquí de la libertad de investigación social como una posibilidad socialmente dada o negada, en cuanto que su contexto objetivo radica en el funcionamiento de ciertas instituciones al servicio de una progresiva racionalización de la vida social. Fallando éstas, la libertad del espíritu del sociólogo sólo servirá para tomar conciencia de su propia frustración: imposible la libertad real de discusión, el desarrollo técnico de la sociología se paraliza; el lugar de un esfuerzo hacia su libre construcción teórica será ocupado por una mediatizada fijación dogmática; la sociología deja de ser la ciencia del desarrollo humano, de la liberación social del hombre, para convertirse en una técnica de su manipulación ideológica.

Carlos Moya
Colegio Mayor Menéndez Pelayo
Ciudad Universitaria
MADRID

BIBLIOGRAFIA CITADA

ADORNO, TH. W. (1956): Conferencia publicada en Adorno, 1962.

ADORNO, TH. W. (1962): *Sociológica II. Reden und Vorträge*, Frankfort, 1962.

ALBERT, H. (1962): *Probème der Wisseuschaftslenhre in der Sozialforschung*, en König, 1962.

ARON, R. (1959): *La société américaine et sa sociologie*, en CIS, t. 26, 1959.

BASTIDE, R. (1959): *Les cadres sociaux de l'antropologie culturelle américaine*, en CIS, 1959.

CIS (1959): *Cahiers Internationaux de Sociologie*, t. 26, París, 1959.

COSER, L. (1956): *Las funciones del conflicto social*. Méjico, 1962.

GURVITCH, G. (1959): *Les cadres sociaux de la connaissance sociologique*, en CIS, 1959.

GURVITCH, G. (1962): *Dialectique et Sociologie*, París.

HOFSTÄTTER, P. (1959): *Einführung in die Sozialpsychologie*, Stuttgart.

HÜSSERL, R. (1950): *Cartesianische Meditationen und Pariser Vorträge*, Dem Haag.

HÜSSERL, R. (1956): *Ideen*, Dem Haag.

KÖNIG, R. (1959): *Di alcuni recenti sviluppi nei rapporti fra teoria e vicerca*, en «Atti del IV Congreso Mondiale di Sociologia, Sociologia: Aplicazioni e vicerca», Bavi, 1959.

KÖNIG. R. (1962): *Einleitung*, del «Handbuch der Empirische Sozialforschung», dirigido por R. König.

MERTON, R. K. (1953): *Eléments de métrode sociologique*, París.

PARSONS, T. (1951): *The Social System*. Glencoe, Free Press.

RÜSCHEMAYER, D. (1950): *Probleme der Wissenssoziologie*, Köln.

SCHELER, M. (1926): *Die Wissensformen und die Gerells chaft*. Leipzig.

SCHELER, M. (1958): *La esencia de la filosofía y la condición moral del conocer filosófico*. Buenos Aires.

WRIGHTMILLS, CH. (1961): *La imaginación sociológica*. Méjico-Buenos Aires.

ZETTERBERG, H. (1962): *Theorie und Praxis in die Sozialforschung*, en König, 1962.

CINCO POEMAS

POR

JOAQUIN PUIG

I. RECUERDO PARA CESAR VALLEJO

Si cae —digo, es un decir—, si cae
España, de la tierra para abajo,
niños ¡cómo vais a dejar de crecer!

CÉSAR VALLEJO

Levanto la losa que cubre tu memoria:
el dolor (seguimos cojeando
a pesar de que tú nos quisiste,
a nosotros, los niños que nacimos
después de que tú murieras y de que acabara todo aquello),
la alegría,
los desastres, los triunfos,
las últimas hojas caídas,
lo único que poseo:
lo que mantengo, lo que ansío,
lo que rompo, lo que os entrego
pidiendo perdones, sin ilusión,
sabiendo que son póstumos.
Acerco mis manos
a tu rostro de niño engañado,
de niño viejo,
de niño lloro,
de niño derribado a golpazos...
Tú resbalaste por París
y por todas las noticias del mundo,
contemplaste bulevares con castaños,
milicianos con cosas que enseñar,
mujeres que ya nunca miran hacia arriba,
madres intransferibles pero igualmente lejanas,
obreros representando al mundo en su trabajo...
Y nadie supo qué pasaba
cuando mirabas y luego no decías nada,

o cuando pasabas tus manos por los mapas;
y cuando llorabas en una jofaina rota,
¿César Vallejo, qué pasaba?
Yo amo tu alma pacífica,
tu perfil caóticamente tierno,
tus ojos hondos que perdiste
un día en que amabas y no supieron de ti,
tu pelo, tu paraguas con el que eras dichoso -
si hacía sol,
tu mascarilla, donde ya no sonreías,
tu mano universal, americana,
española con dolor, dura cuando cogía un pan...
César Vallejo, los niños del mundo,
los de entonces, estamos llorando mucho de ti...

II. EL ENFERMO

Cuando el aire se extiende
y no hay preguntas,
el cuerpo enferma de distancia;
cuando quisieras saber
qué hay detrás de ese cansancio
que tú mismo eres, que te compone
y te aniquila para nadie,
que te distingue ya desde hace tiempo,
todos tus órganos se callan
dejando solo al cerebro;
hasta nunca te estás quedando quieto...
Cuando piensas que te lavas con tristeza,
que tienes pereza de tu cuerpo,
que te duelen los ojos cuando piensas,
que sonríes cuando escupes a tu sombra
y quisieras olvidar lo que te cuesta,
que te duele el vientre,
que estás solo,
que por qué dura tanto si es tan simple,
que ya no comes y eres joven...
Cuando te duele mucho lo pasado y ya no lloras,
piensas que más vale acabar
y el cansancio, tal vez (consuélate), se habrá acabado.

III

Hemos ido comprendiendo
los significados de la tierra,
la exactitud
de una historia,
las oscuras mentiras
en que se cimenta
el silencio y la muerte de nuestros hermanos.
No todos saben aún
que el alba no se concede
a los que la piden,
sino a aquellos que logran borrar la noche
y no conceden
—con crueldad incluso—
ni un respiro
a los mercaderes del ocio
y del engaño.
Yo os aseguro
—a vosotros que no me creeis—
que un mundo
donde las flores sean de aquellos que no las conocen
será creado
y sólo entonces
habrá palabras de realidad
y belleza.

IV

Liamos un cigarro
ante la mesa ancha de la cocina,
y empezamos a relatar la exacta versión
de lo sucedido,
nuestras cosas,
las olorosas ilusiones,
los sucesos incoloros,
la interminable sucesión de furias y sonidos;
algo que nace de su propio esfuerzo
y muere como futura, reciente simiente
ante la oscuridad y el desamparo.

Fumamos un cigarro
ante la mesa ancha de la cocina,
ante la gran tierra,
ante el cerrado dolor de nuestra gente
—dije nuestra y es mentira—
y fuimos recordando el pasado próximo,
el recién muerto presente,
los mazazos inconexos,
la rabia,
el odio violento
ante la fuerza de la opresión
y del miedo.
Acabamos callando
ante la mesa ancha de la cocina
después de fumarnos un cigarro,
mientras un gato nos miraba,
inmóvil, desde encima del fogón
y no maullaba.

V

Salgo esta noche
en que tiemblan los árboles,
hoy,
que duele tu cuerpo
y que, para entendernos, digo:
«Tu recuerdo es hondo»...
voy pisando las piedras del camino.
No es que quiera volver,
ni pido al tiempo
que hiele mis ojos
o resucite tus manos,
solamente salgo esta noche,
que es honda
y de la que no quisiera volver.

Joaquín Puig
Serrano, 66
MADRID-1

POEMAS

POR

ANTONIO MARTINEZ-MENCHEN

1

¿Dónde, dónde se guarda la palabra sagrada?
¿Dónde los gestos fructificadores?
¿Dónde los momentos propicios
de un abortado amor?
...Muerte de lo no nacido,
irremediable frustración de lo posible,
metamorfosis dolorosa...
Mutiladas estatuas,
la memoria, conserva
los disecados hechos:
Palabras, acciones, lugares...
(aquel café, aquel cine, aquella tarde,
aquel paseo bajo la dulce frescura de una brisa olvidada)
...todo queda presente, subrayando la ausencia.
Pero aquella mirada
fugaz como el reflejo de una golondrina en el río,
aquella mirada que significaba: ahora;
y que no supe ver...
O aquella palabra conjuro,
aquel árbol que una vez tan sólo florece
y que, dormido, para siempre dejé pasar.
O aquella caricia intentada
y agostada en su raíz,
entonces, cuando era el divino momento de la ternura,
entonces, cuando era el predestinado momento de la entrega.
O aquel silencio, generador de amor,
aquel silencio que tan infecundamente trizamos...
¿dónde, dónde reposan?
La memoria, avara e inoportuna
sabe guardar todos los accidentes del dolor,
pero la fuente profunda e irreversible
sigue perdida en las inmemoriales arenas del desierto.

2

Esta luz del recuerdo, luz de acuarium,
en que flotan, pasadas realidades,
un disperso bancal de peces muertos,
va transformando todo lo que ha sido
ardiente amor.
Escenas mutiladas, qué tristeza
da esta inmovilidad de mariposas
clavadas para siempre. Qué tristeza
da aquel café sin hora ya, sin día,
sin tiempo, sólo estampa desvaída,
petrificada imagen.
Qué dolientes las tardes sin aroma,
sin aire y luz, abstracta y pobre copia
de algo cambiante y rico.
Qué dolientes los gestos sin palabras,
la frase para siempre divorciada
de la mágica voz que la investía.
Qué doliente sonrisa la que vaga
como una estrella errante, desprendida
de lo que fué su causa.
Hechos, palabras, gestos, sentimientos
bajo esta luz de acuarium, se transmutan
en un danzar de espectros.
Recordar es vivir la propia muerte,
recordar un amor, sólo es morirlo.
Tú, ahora que amas, piensa, pues también
ha de llegarte el día en que ese amor
será tan sólo un río de cenizas.

3

He soñado esta noche que ponía
un cosquilleo de sol tu cabellera
en la sonrisa mía.
Mi sonrisa, endulzada de esta suerte
ha perdido esta noche la amargura
de su sabor a muerte.

He soñado esta noche que mi mano
desvelaba en la pulpa de tu pecho
un latido lejano.
Mi pobre mano, yerta y aterida,
encontró así, esta noche, la tibieza
de una infancia perdida.

He soñado esta noche que buscaba
el océano profundo de tu vientre
y que en él me adentraba.
Mi ser entero, en tu matriz sumido
se ha larvado esta noche en la infinita
paz de lo no nacido.

He soñado esta noche que había estado
durmiendo junto a ti; sólo fué un sueño
que ya se me ha borrado.

4

A Mary Carmen

Yo sé que un poema
sería en tus ojos un escarabajo de ónice
o un vibrante zumbido de luz;
que transformarías
el opaco sonido de las palabras
en el canto profundo de las caracolas marinas;
que sus imágenes
se tornarían aves, inquietas libélulas
bolas de ágata o peces de colores;
que todo lo muerto
se animaría en esas manos vivificadoras
en las que el mundo es como el sol, que un niño
aprisiona y dirige con su espejo;
yo sé que a nadie
podría hacer un poema mejor que a ti...

Pero un poema de amor
es sólo la cosecha de un hondo sufrimiento
y tú nunca me hiciste sufrir.

Tú no has sembrado
la duda, la desesperanza, el desconsuelo,
toda esa lenta semilla que fructifica
en el dolor que un día, cuando ya está borrado,
germina en verso.
Tú me donaste
la ternura, con aquel olvidado gesto
con el que las antiguas doncellas ofrendaban al huésped
la escudilla de leche y la cesta de frutas;
perdido gesto
que ahora sólo podemos recuperar
en los desenterrados fragmentos de un ánfora
y en el que la donación tenía la sencilla pureza
del manantial que se entrega al sediento.
Tendría que recobrar un idioma, un paisaje,
una luz ya extinguida,
el alma niña que una vez tuvo el mundo,
para poder cantarte.
Por eso, no puedo
hacerte un poema. Por eso
tan sólo te ofrezco un nombre:
Nausica.

5

27-9-64

hoy
primer domingo de otoño
1964
en que ella me dijo
alguien una vez en otro otoño
me hizo un poema

(acaso también Percival Shelley
lloró en otoño a su amado Keats
el viento de Africa
se enredó entre las vides grávidas
y ahora ya sólo es nada)

hoy
en que he vuelto a la tristeza
de saberme viejo

sintiendo la muerte como la yedra
trepar por mi sangre
en un continuo latido

hoy
en que pienso que la poesía
es cuanto más en este vivir vano
de vano hay
en que pienso
que los días amarillo-limón
se oscurecen con plata de lluvia
que los largos crepúsculos
de los que destiló Percival Shelley
su llanto por el dulce Keats
son los largos crepúsculos de mi niñez
y de mi solitaria adolescencia
los que acaso mañana nos estrechen
en un espejismo de amor
los que acaso
un domingo de otoño con otra compañía
le harán decir
alguien una vez en otro otoño
me hizo un poema

hoy
primer domingo de otoño
1964
en que pienso
en que recuerdo muertos poetas
en que desespero de su amor
sin saber por qué
en que sin saber por qué
me he entristecido...

6

Esta mi vieja amiga..., ésta mi sombra inseparable,
este perro fiel e inoportuno
me ha lamido de nuevo, acariciándome
con la caricia que ella me negó...

Mientras el funámbulo en la tele
voltea una pianola con los pies;
mientras en la tele alguien extrae
de una bocina, un timbre y un globo de colores
una melodía alegre y romántica;
mientras pobres coristas de suburbio
sacan a los chulillos las lentejas, la carne,
el café con leche y la copa de anís...
esta vieja amiga, ésta mi sombra inseparable,
me está mordiendo la garganta y el corazón.

El dolor es el aire de esta tierra
y la tristeza que ella me otorga
es sólo la porción que corresponde a mis pulmones;
pero no desesperes, su cabida es pequeña
y aún queda para todos, para todos, para todos...

7

...Pues ella suele tomarlos con delicados dedos
y después de una rápida lectura
tras comentar «es bueno» o «está bien» con alada sonrisa
los guarda en el bolso, junto a cartas y cosas de algún otro
y ya en su casa (esto no es seguro pero sí muy probable)
lo deposita en el departamento correspondiente
(¡oh, el pluscuamperfecto archivo de su secreter
sabiamente personalizado por orden alfabético!)
con otros versos, otras cartas, otras efemérides que alguna vez le di;
hasta que alguna tarde, alguna de esas tardes cenicientas
que indefectiblemente se han de dar en los próximos años por venir
pasando revista a tantas cosas viejas
se dirá: ya es hora que limpiemos un poco; casi no tengo sitio...;
y rasgando las cartas, los versos, las fotografías
y demás efemérides amarillentas y marchitas
los depositará en el cubo con melancólico pudor...
después mirará la luz otoñal
y, acaso, sin saber por qué, se entristecerá dulcemente.

Pero entretanto es bueno que otra vez tomemos
las vejigas, los cascabeles y el capirote;

que ensayemos la grotesca pirueta
y luzcamos nuestro ingenio y nuestras jorobas;
que nos desnudemos y saltemos
sobre el tiempo y sobre la angustia
haciendo un rítmico espectáculo de nuestro amor
para intentar, como tantas veces, ya que no conmoverla,
al menos, hacerla sonreír...

Antonio Martínez Menchen
Lérida, 1
Madrid

MIGUEL ANGEL ASTURIAS: SU TRAYECTORIA LITERARIA

POR

FRANCIS DONAHUE

I. El homenajeado

«Opina el filósofo: que si en política el mundo ha entrado en la época más nacionalista que haya existido, en cambio, en filosofía, literatura y arte se vive hoy la época más universalista conocida en la Historia... Vosotros lo demostráis ahora con la plenitud del hecho y de la emoción, al expresarle vuestro sentimiento admirativo por la publicación de su libro *Hombre de maíz* y por la pena que causa su alejamiento de la familia fraterna.» (1). Prosiguió Salvador Cañas, hablando a nombre del Club de Prensa y de la Casa de Cultura de El Salvador, a exaltar el valor tanto personal como literario de Miguel Angel Asturias, poeta y novelista guatemalteco, quien, al cabo de dos años de actuación como agregado cultural de su país en Buenos Aires, había de emprender el viaje de retorno a su patria con motivo de su próximo traslado diplomático.

Al efusivo y sincero homenaje de amistad se unieron más de cien escritores, artistas, intelectuales y otros valores de la intelectualidad, residentes en la capital argentina. El periodista argentino Pablo Rojas Paz comentó *Hombre de maíz,* así como *Leyendas de Guatemala,* obra en la cual se dió a conocer inicialmente Miguel Angel Asturias. El escritor argentino Juan Mora y Araújo leyó unas cuartillas que expresaban el aprecio intelectual que se había granjeado el novelista guatemalteco. Y Norah Lange, distinguida poetisa y novelista argentina de descendencia noruega, de renombre continental, leyó un trabajo literario dedicado al escritor guatemalteco.

Espaldarazo argentino

«Miguel Angel Asturias, aunque en otros medios, como el europeo, había triunfado y sobresalido, le faltaba, sin embargo, el espaldarazo

(1) Salvador Cañas: «Homenaje a Miguel Angel Asturias», *Repertorio americano,* Cuadernos de Cultura Hispánica, San José de Costa Rica, 1 de marzo de 1950, p. 81.

que sólo este inmenso país de Argentina podía darles. Y esa noche, el 9 de diciembre de 1949, a Miguel Angel se le tributó un licor casi singular para un centroamericano, el reconocimiento continental que se patentiza en una manifestación pública de aprecio por parte de un grupo representativo de la intelectualidad argentina.

Como testimonio de admiración y cariño, se le entregó al guatemalteco un artístico pergamino, firmado por todos los concurrentes.

Al agradecerles el homenaje que le hacían, Miguel Angel, en flor de emoción dirigió la palabra al entusiasta público resaltando el valor de la cultura argentina, y la envidiable posición que ocupa precisamente por los avances que ha alcanzado en varios ramos del arte y de las letras.

Hombre alto, imponente, de ojos profundamente negros, de frente que da prueba de su descendencia maya, total, una mezcla de fuerza y de finura, Asturias se manifestó visiblemente conmovido por este acto de cordial aprecio y reconocimiento, el cual hacía resaltar el hecho de que Asturias ya no era valor local, sino continental (3).

Su reputación se iba extendiendo por otras partes de Latinoamérica. El año anterior, 1948, su novela *El señor Presidente* había lucido en el lugar de honor por más de dos meses en las librerías por la Alameda de la ciudad de México (4). Había de volver a Guatemala, donde el presidente Juan José Arévalo estaba en plan de reformar el sistema agrario y de iniciar innovaciones en la educación y la política del país. Parecía que la nueva Guatemala se había librado definitivamente de las garras de los dictadores, los cuales controlaran el país casi sin interrupción desde que se independizó en 1838. Para el porvenir inmediato, habría de disfrutar Asturias de unas vacaciones en Guatemala, a la vez que ultimaría los preparativos de viaje a París, ciudad de inolvidables memorias para el literato guatemalteco.

Rango literario

Nunca antes le había sonreído tan amablemente la suerte a este centroamericano, considerado en la actualidad como el escritor más destacado de la moderna Guatemala (5). No es sólo el mejor novelista

---

(2) *Loc. cit.*

(3) G. B. Nibaut: «Miguel Angel Asturias, vivant, secret, généreux», *Les Lettres Françaises*, semana de 12-19 de marzo de 1953, p. 5.

(4) J. C. (sic). «El escritor americano debe escribir para América», *Repertorio Americano, San José de Costa Rica,* 10 de marzo de 1950, p. 82.

(5) Luis Mariñas: «La revolución intelectual de Guatemala», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 71. Madrid, noviembre de 1955. Concuerdan con este criterio los editores de *Odyssey Review*. A Quarterly of modern latin American and European literature in English translation. New York: The Latin American and European Literary Society, inc. vol. III, núm. 1, March, 1963, p. 62.

de su país, sino uno de los más ilustres de toda América (6). Para un crítico guatemalteco (7), resulta ser Asturias «el escritor de la generación del 20 que de mejor y más penetrante manera ha sabido interpretar y expresar el espíritu nacional, el modo de ser del ente guatemalteco». Al definir al novelista guatemalteco, Seymour Menton, catedrático norteamericano, que se destaca como uno de los críticos que más atención han dedicado a la literatura centroamericana, afirma: «En la obra de Asturias se combina la experimentación vanguardista aprendida en Europa con una gran penetración en la esencia cósmica del pueblo guatemalteco y una clara visión de sus problemas contemporáneos... El gran valor de Asturias, como novelista, se deriva en parte de su ingeniosidad estilística, pero depende mucho más de su gran talento para captar el espíritu fundamental de algunas fases primordiales de la nación guatemalteca: el terror de la dictadura, la fantasía del mundo indígena y la voluntad despiadada de los explotadores norteamericanos (8).

II. El trotamundos literario

Largo y arduo había sido el camino de Guatemala a Buenos Aires, interrumpido por una estancia larga en París y otras de duración menor en otros sitios. Nació Miguel Angel en la casa número 13 de la Avenida Norte de la ciudad de Guatemala, el 19 de octubre de 1899 (9). Hijo de Ernesto Asturias y de María Rosales, el nene se crió durante los primeros cinco años en la residencia solariega de la abuela en el barrio «La Parroquia», célula del chapinismo, o sea en la comarca más netamente guatemalteca de la capital (10). En la casa le impresionaban las tallas de maderas, algunas de las cuales tenían motivos religiosos, y también el cuartel de caballería con sus clarines. Su buena madre le contaba historias de los espíritus pobladores de la selva misteriosa, historias que le despertaban la imaginación, y las cuales, andando el tiempo, servirán de base para su libro *Rayito de estrella* (11). A los cinco años se trasladó la familia a la ciudad de Salama, cabecera del departamento de Baja Verapaz, donde habitaba el niño la casa de sus abuelos paternos. Aquí se compenetraba con el ambiente rural de cace-

(6) Emiliano Díez-Echarri y José María Roca Franquesa: *Historia de la literatura española e hispanoamericana*. Madrid. Aguilar, 1960, p. 1450.
(7) Raúl Leiva: «Miguel Angel Asturias», en *Letras del Ecuador*. Quito. Casa de la Cultura, núms. 90-92, enero-marzo 1954, p. 14.
(8) Seymor Menton: *Historia crítica de la novela guatemalteca*. Guatemala. Editorial Universitaria, 1960, pp. 195 y 241.
(9) Atilo Castelpoggi: *Miguel Angel Asturias*. Buenos Aires, Editorial La Mandragora, 1961, p. 11.
(10) Francisco Méndez: «Fama, Palabra y Magia de Miguel Angel Asturias», en *Salón*, 13. Guatemala. Editorial Landiwar, vol. I, núm. 4, noviembre 1960, p. 103.
(11) Díez-Echarri, *op. cit.*, p. 1449.

rías, de yerras de ganado, de quemazones de bosques de maíz, escenas que tan imborrablemente se mantendrán en la memoria del niño y que en el porvenir han de revivir en las páginas de sus obras literarias. En el campo, aun más que en la ciudad, en esta etapa formativa, el niño respiraba el ambiente maya. Llegaba a conocer a los indios, que vivían en su propia cultura con relativamente poca influencia española. Con claridad asombrosa soñaban los indios con su mundo primitivo. Se nutrían de las riquezas espirituales de sus antepasados, de leyendas, de costumbres milenarias y de ritos genuinamente mayas. Se enlazaban el español y el quiché, lengua de los mayas que habitaban Guatemala y Yucatán en tiempos de la conquista española.

En esta época comenzaba Asturias a dominar el quiché. Es indudable que sintió profundamente la influencia de una atmósfera espiritual, de silencio, de paz y rebelión (12).

En Salama comenzó los estudios primarios. Pero más que en los libros estudiaba en las personas que lo rodeaban, así como en la naturaleza, que lo intoxicaba con su cambiante faz, y con su luz, de la cual escribirá luego: «¿qué puede ser más carne de poesía que la realidad en que se vive en esa luz irreal fantasmagórica, propia para gente que sueña con los ojos abiertos?» (13).

De los gratos recuerdos de infancia provienen las siguientes líneas poéticas, escritas con retrospección nostálgica:

Recuerdo que en los días rosados de mi infancia,
la abuela... (¿de quién son los abuelos? ¿de los niños?)
solía por las noches, cuando la tibia estancia
parecía una caja con dulces de la luna,
contar historias viejas. Hoy ya no sé ninguna.

Abriendo lentamente los cofres de mi abuelo,
me daba a que besara la hoja de su espada.
Guardaba ha muchos años un relojón de plata,
una bandera blanca y azul color de cielo,
la estrella de una espuela y un lazo de corbata.

Conservo esos recuerdos que me legó de un hombre
y tengo en las reliquias de mis antepasados
la historia de mi casa, la gloria de mi nombre,
y guardo en esos cofres que siempre están abiertos
el retrato de bodas de mis abuelos muertos (14).

---

(12) EMILIO ABREU GÓMEZ: «Poet of Guatemala», en *Americas.* Washington, D. C.: Pan American Union. Julio 1950, p. 37.

(13) MIGUEL ANGEL ASTURIAS: «Juan Ramón Molina, Poeta Gemelo de Rubén», *Nueva Revista Cubana.* La Habana (Cuba). Dirección General de Cultura, Ministerio de Educación, núm. 3, octubre-diciembre 1959, p. 45.

(14) MIGUEL ANGEL ASTURIAS: *Obras escogidas,* tomo I, prólogo de José María Souvirón. Madrid, Aguilar, 1955, pp. 934-5.

En 1908, a los nueve años, la familia regresó a la capital a vivir nuevamente en «La Parroquia». Del viaje, pese a su tierna edad, recuerda gráficamente Asturias que «era un camino sumamente quebrado y sólo para caballerías. El viaje se hacía en dos jornadas, y a la mitad de ambas, se dormía en un sitio llamado «La Canoa», en la playa de un gran río retumbante. Después de descender por un camino afilado sobre hondos barrancos, se empezaba el ascenso hacia la ciudad de Guatemala, ascenso que duraba todo un día, todo un día de trepar sobre bestias jadeantes» (15).

En esta época imperaba en Guatemala, con mano férrea, el dictador Manuel Estrada Cabrera. Al padre de Miguel, por no ser partidario del señor presidente, no le era posible continuar ejerciendo su profesión de abogado. Tuvo que dedicarse a un negocio de víveres, el cual servía como clientes a los campesinos que venían rumbo de la capital acarreando sus productos. En ese ambiente el joven Miguel Angel desarrollaba su afición a los dichos populares, a las comidas y las canciones de los campesinos. En su derredor había una síntesis de los elementos castizamente guatemaltecos, o sea de la tierruca.

Juventud

Al ingresar en el Instituto Nacional Central de Varones, Miguel Angel pronto se sintió ligado a la lucha que se estaba montando contra el dictador. Esta lucha la constituyó, entre otros episodios, un atentado fracasado que dejó tras sí un desenlace casi épico: los conjurados, después de defenderse en un altillo, tenían que afrentar la muerte a manos de los secuaces del dictador, «el señor presidente». Para evitar tal fin se quitaron la vida ellos mismos. En el mismo instituto originó una huelga contra la tiranía que azotaba el país, y de esta huelga surgió la inspiración para la futura «Generación del 20» de intelectuales y literatos, a la cual se adherirá Asturias.

En el futuro, Miguel Angel, al escribir de estos años, los cuales le sirvieron de base histórica para su obra maestra, *El señor Presidente,* confesará: «Durante la época de la dictadura a que se refiere el libro yo era un niño, un adolescente, y alcancé en ella la primera juventud. Por eso considero que, sin haber tomado parte alguna en los acontecimientos, a través de mi piel se filtró el ambiente de miedo, de inseguridad, de pánico telúrico que se respira en la obra» (16).

(15) CASTELPOGGI, *op. cit.*, p. 12.

(16) *Repertorio Americano, op. cit.*, p. 82. Resulta interesante comparar esta declaración hecha por Asturias en una entrevista con un corresponsal montevidense, con la indicación por Castelpoggi *(op. cit.*, p. 15), de que Asturias había estado preso con otros estudiantes secundarios debido a sus actividades conspiratorias.

Su Guatemala

Para el año 1920, en que se derrocó la dictadura guatemalteca de Manuel Estrada Cabrera, Miguel Angel ya reconocía las varias facetas de la realidad nacional: era Guatemala país de extraordinaria atracción turística, de clima delicioso, naturaleza pródiga, de tribus pintorescas que seguían celebrando sus ceremonias mitad bárbaras, mitad cristianas, tierra de música de marimba, de chirimía y de «tun». Pero al mismo tiempo era Guatemala tierra de pueblo heterogéneo, dividido en clases que se chocan, de alcoholismo que va degenerando la raza, de dictaduras opresoras que dan origen a la intriga, el servilismo, y el clima de miedo y zozobra (17).

Prueba de que Asturias mismo reconocía las varias culturas que coexistían en Guatemala se encuentra en sus *Leyendas de Guatemala* cuando, al referirse a la capital, escribe: «Es una ciudad formada de ciudades enterradas, superpuestas como los pisos de una casa de altos. Piso sobre piso. Ciudad sobre ciudad. Dentro de esta ciudad de altos se conservan intactas las ciudades antiguas. Por las escaleras suben imágenes de sueño sin dejar huella, sin hacer ruido. De puerta en puerta van cambiando los siglos...» (18).

Días universitarios

Los primeros años universitarios los pasó Asturias en las postrimerías de la dictadura. En 1920 participó de la euforia de independencia que se desató en el país. Había ingresado a Medicina, pero al año cambió a Derecho, en el cual se graduara en el año 1922. Pronto se le notó un interés en los problemas sociales, así como una dedicación a la campaña que iba librando la «Generación del 20». Tomó parte activa Asturias en el Partido Unionista, al cual corresponde el honor de haber acabado con el dictador. Se encontraba entre los fundadores de la Sociedad de Derecho y de la Asociación General de Estudiantes Universitarios (19).

Con David Vela y otros jóvenes integrantes de la «Generación del 20» colaboraba en las revistas *Electra* y *Cultura,* desde las que se atacaba a los intelectuales de la generación anterior (20). Sus escritos para «El estudiante» acusaban una orientación social. Entre sus primeros cuentos

---

(17) LUIS AYCINENA: «Novela y Dolor de Guatemala», *Cuadernos Hispanoamericanos.* Madrid, marzo-abril 1950, pp. 375-8.
(18) FERNANDO ALEGRÍA: «Miguel Angel Asturias, novelista del Viejo y del Nuevo Mundo», *La Literatura del Caribe.* Méjico, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Memoria del Octavo Congreso, 1961, p. 131.
(19) CASTELPOGGI, *op. cit.,* p. 15.
(20) MARIÑAS, *op. cit.,* p. 144.

se destaca «Toque de Anima», publicado en la revista *Studium*. Se trata de un sacristán, quien, enloquecido, reparte los dineros de la iglesia y hasta las joyas entre los pobres y los mendigos «al toque de ánimas». Además de la preocupación social, el cuento pone de manifiesto un cuidado por la forma, el cual produce una riqueza de imágenes y una frescura de expresión que ha conservado el escritor guatemalteco a través de toda su obra (21).

Adhesión a la «Generación del 20»

Entre los años 1920 y 1923 se adhirió Asturias a la incipiente obra de renovación nacional, que era la meta de la «Generación del 20». Este movimiento auténticamente guatemalteco, surgido a raíz de la caída del dictador Estrada Cabrera, se preocupa hondamente por los problemas nacionales. Asturias le hace declarar a un personaje suyo, «Le dolía su país como si se le hubiera podrido la sangre. Le dolía afuera y en la medula, en la raíz del pelo, bajo las uñas, entre los dientes» (22). Busca el movimiento sus temas en la tradición, el folklore y el pueblo de Guatemala. Se afana por elevar el nivel de vida de las clases populares; se entrega al mejoramiento de la salud del pueblo, a su educación intelectual y física. Se introducen en Guatemala agrupaciones como los «Boy Scouts» y se publican revistas orientadoras de la juventud (23).

Huelga decir que procede en parte la inspiración para esta generación de la ya consabida «Generación del 98» de la madre patria, «que, con su espíritu crítico y su defensa de la búsqueda de los valores nacionales, encuentra en Guatemala amplia aceptación, en gran parte debido a que se han establecido en Guatemala los primeros libreros, muchos de ellos españoles, que compran en España colecciones enteras de valor y calidad desigual, pero que son asimilados por los intelectuales guatemaltecos» (24). La nueva generación crea el «Grupo Renacimiento» en el teatro, que tiene por fin el educar al pueblo con obras clásicas del Siglo de Oro español y obras modernas. Funda, con la participación de Miguel Angel, la Universidad Popular, cuya labor incluía la creación de bibliotecas circulantes para uso popular.

A esta labor de acercamiento y descubrimiento —por no decir redescubrimiento, porque todavía no se había descubierto Guatemala artística y literariamente— contribuyó Asturias con su tesis para el grado

---

(21) CASTELPOGGI, *op. cit.*, pp. 15-16.
(22) MIGUEL ANGEL ASTURIAS: *El señor Presidente*. Buenos Aires. Editorial Losada, 1948, p. 174.
(23) MARIÑAS: *Op. cit.*, pp. 142-3.
(24) *Ibid.*, p. 143.

de abogado, *El problema social del indio,* estudiado desde el punto de vista sociológico, obra que le granjeó el premio máximo del año en la Facultad de Derecho. Resulta que esta tesis y otra sobre el indio, por Juárez Muñoz, constituyen las primeras obras sobre el problema del indio en ese país donde, cuando menos, es india pura el 65 por 100 de la población (25).

Años parisienses

En 1923 abandonó Asturias a Guatemala, país que espiritualmente nunca había de abandonar. Se dirigió a Londres, y luego, a París, el cual será centro de sus actividades por diez años. Se matriculó en la Sorbona, en un curso de Mitología maya-americana (26), estudiando con el profesor George Raynaud, cuya obra traducirá luego al castellano Asturias, con la colaboración de J. M. González de Mendoza. Llevará título de *Los dioses, los héroes y los hombres de Guatemala* (27). Además de manifestar decidido interés en las religiones y mitos de la América Central, incrementó el guatemalteco sus conocimientos de la época de la conquista y la colonización de su área geográfica. Indagó en los *Tratados de las supersticiones de los naturales de Nueva España* (1629), de Juan Ruiz de Alarcón, y el *Discurso histórico, natural, material, militar y político del Reyno de Goathemala* (1690), del capitán Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán; los dos se incluyen en el glosario de su obra *Leyendas de Guatemala* (28). Le atraía la atención también al guatemalteco el ocultismo, y se hizo famoso entre unos peritos en la materia por su rara sabiduría (29).

Disfrutaba plenamente de la vida parisiense, en la cual se estaba imponiendo el movimiento vanguardista en las artes. En aquel entonces llevaba muchos nombres el movimiento: el cubismo, el surrealismos, el dadaísmo, cada uno con su propia particularidad, pero conformes todos en su enfoque revolucionario frente a los problemas de creación artística. Entre sus compañeros de clase y cabaret figuraban el venezolano Arturo Uslar Pietri, quien actuaba de Agregado Cultural de su país; el cubano Alejo Carpentier, quien manifestaba profundo interés en la música y en los problemas antropológicos tocantes al Caribe; el poeta peruano César Vallejo, el cual había de destacarse

---

(25) MARIÑAS, *op. cit.*, p. 142.
(26) FRITZ TEIXEIRA DE SALLES: «Miguel Angel Asturias en la novela política hispanoamericana», *Revista Brasileira de Estudios Políticos.* Belo Horizonte. Universidad de Minas, Geraes, núm. 6, julio de 1959, p. 154.
(27) ALEGRÍA, *op. cit.*, p. 133.
(28) *Loc. cit.*
(29) LUIS ALBERTO SÁNCHEZ: *La tierra del quetzal.* Santiago de Chile. Ediciones Ercilla, 1950, p. 188.

como quien tal vez haya mejor captado artísticamente el espíritu de la guerra civil española; el caricaturista salvadoreño Tono Salazar; el poeta Carlos Pellicer, uno de los líderes del movimiento mexicano «Contemporáneos», y el ensayista uruguayo Carlos Quijano. Algunos de estos artistas se unieron a Asturias en la fundación de la «Asociación de Estudiantes Latinoamericanos», en París.

Un espíritu aventurero, Asturias hizo viajes a Madrid, a Atenas, al Egipto, a Palestina y a Italia, todo lo cual le proporcionaba material artístico para la colección de poemas que iba fabricando lentamente. Se estaba educando en las fuentes principales de la cultura occidental, sobre todo en París. «Les quais de la Seine Notre Dame, Madrid e l'Italia, tout cela corrige pour nous ce qu'il a de livres que dans notre culture» (30). Logró llegar a conocer a valores descollantes de la época: Anatole France, Romain-Rolland, Henri Barbusse, Miguel de Unamuno, Thomas Mann, Luigi Pirandello, James Joyce, José Ortega y Gasset, Pío Baroja, Alfonso Reyes y otros más (31).

Influencia del surrealismo

Para el año 1925 Asturias empezaba a ensayar la aplicación de la técnica surrealista a sus escritos sobre temas centroamericanos. Había topado con Paul Eluard, André Bretón, Luis Aragón y otras figuras del movimiento, los cuales le habían influído a seguir la tendencia hacia el automatismo psíquico y la creencia en la super realidad del sueño y de las asociaciones verbales y pictóricas que engendra la mente cuando se le concede actividad completamente libre de todo reparo (32). Fruto de sus primeros esfuerzos en el nuevo estilo es *Tamó*, pieza teatral en la que se entrelazan lo popular y lo mágico, todo bien estilizado (33). Es por esta época que Asturias se daba cuenta de que Guatemala «es un país surrealista. Todo, hombres, paisajes, cosas, flota en un clima surrealista, de locura e imágenes yuxtapuestas» (34). El sigue procedimientos super-refinados, los del surrealismo, mientras se sirve de temas primitivos, como los que se encuentran en el *Popol Vuh*, la biblia de los maya-quichés. Por un período, sí, el torbellino artístico, que es el movimiento surrealista, le hizo perder el equilibrio, pero luego, al volverse en sí, Asturias «ha descubierto a América en París,

---

(30) Nibaut, *op. cit.*, p. 5.
(31) Castelpocci, *op. cit.*, 17.
(32) Sidney D. Braun: *Dictionary of French Literature*. Patterson, New Jersey, Littlefield Adams an Co., 1961, p. 324.
(33) Luis Gallegos: «El Papa Verde», en *Síntesis*. El Salvador. Ediciones de la Secretaría de Información de la Presidencia de la República. Año 1, núm. 4, julio de 1954, p. 25.
(34) *Loc. cit.*

ha descubierto que es un americano, fatal, tenaz, avasalladoramente americano, y entonces, al choque con la gran ciudad bruja y con el surrealismo... nacen sus *Leyendas de Guatemala*» (35).

Leyendas de Guatemala

Con esta obra se inició en las letras de verdad. Resulta ser un libro evocativo del espíritu, de las tradiciones y creencias de los mayas. Se narran varias leyendas y se capta con singular maestría la naturaleza del paisaje guatemalteco. Se confunden gratamente todas las edades de los mayas, y por todas fluye la corriente del *Popol Vuh*. El capítulo «Ahora que me acuerdo» se remonta a la oración popolvuhica que pronunciaron los primeros habitantes de la tierra al ver asomarse el sol. «El árbol que anda» tiene raíces en la cuarta tradición del *Popol Vuh*. «Asimismo, los árboles que sangran, el baile del disloque, los cuatro caminos que se cruzan antes de Xibalba, la rebelión de las piedras, de las aguas, del aire, son todas alusiones a la mitología del *Popol Vuh*» (36).

Se incluyen leyendas de origen aborigen y las de sabor colonial, como «El tesoro del lugar florido», donde describe Asturias la llegada a Guatemala de los conquistadores españoles:

> «Los hombres blancos avanzaban; pero apenas se veían en la neblina. ¿Eran fantasmas o seres vivos? No se oían sus tambores, no sus clarines, no sus pasos, que arrebataba el silencio de la tierra. Avanzaban sin clarines, sin pasos, sin tambores...
>
> Los hombres blancos avanzaban sin clarines, sin pasos, sin tambores. Apenas se veían en la neblina sus espadas, sus corazas, sus lanzas, sus caballos. Avanzaban sobre la ciudad como la tormenta, barajando nubarrones, sin indagar peligros, avasalladores, férreos, inatacables, entre centellas que encendían en sus manos fuegos efímeros de efímeras luciérnagas...» (37).

He aquí el tono poético y sensible del autor, conjuntamente con la paráfrasis y la repetición, notas de origen quiché, provenientes del *Popol Vuh*. Es que la obra da la sensación de constar de una traducción, al excelente castellano, de unas historias simbólicas que nacieron originalmente en mente y lengua quichés.

No cabe duda de que acertó Asturias con su primera obra de envergadura. Pronto la versó al francés el distinguido hispanista Francis de Miomandre. Este le regaló un ejemplar del libro a Paul Valery, quien

---

(35) Méndez, *op. cit.*, p. 103.
(36) Alegría, *op. cit.*, p. 133.
(37) Asturias: *Obras escogidas, op. cit.*, p. 59.

se considera frecuentemente como el poeta más distinguido que ha producido Francia en el siglo actual (38). Valery afirmó que lo habían dejado traspuesto «estas historias-sueños-poemas donde se confunden tan graciosamente las creencias, los cuentos y todas las edades de un pueblo de orden compueto... Mi lectura fué como un filtro, porque este libro, aunque pequeño, se bebe más que se lee. Fué para mí el agente de un sueño tropical, vivido no sin singular delicia...» (39).

A Asturias se le confirió el *Prix Lylla Monsegur* de 1930, en París, por su bella colección. Además, en el mismo año se imprimió la obra en español (Madrid, Editorial Oriente), y pronto había alcanzado el libro los confines de mundo de habla española.

Trayectoria literaria

Ya había dado el primer paso Asturias en su trayectoria literaria, la cual iba a pasar de la subconsciencia primitiva de su pueblo —*Leyendas de Guatemala*— a la conciencia de su patria en la época moderna —*El señor Presidente; Hombres de maíz,* la trilogía bananera, y *Week-End en Guatemala* (40).

Pero lo puramente folklórico no le satisfacía al autor. Como corresponsal de *El Imparcial* de Guatemala, había escrito crónicas para su país y se había mantenido al día de los acontecimientos bajo la nueva dictadura de Jorge Ubico, quien llegó al poder en un golpe de estado en 1930. Ya había comenzado Asturias un cuento político, *Los mendigos políticos,* inspirado en el ambiente de miedo, delación y violencia que caracterizaban la época del anterior dictador, Manuel Estrada Cabrera, quien tenía al país a su entera disposición de 1898 hasta 1920. En París, al rememorar los sucesos de esa época y al rozarse con otros guatemaltecos que, en pláticas de café, relataban sucesos acaecidos durante la tiranía, iba Asturias elaborando y alargando su narración.

Cuando se embarcó Asturias para Guatemala, el 14 de julio de 1933, llevaba en su maleta el cuento político inédito. Como no existía libertad de expresión en su país, no le hubiera sido posible publicar el cuento de haberlo terminado en aquel entonces.

Al igual de sus compatriotas, tuvo que guardar silencio político el autor ante la represión de Jorge Ubico, quien, claro está, no iba a permitir publicación de un libro abiertamente anti-dictatorial.

---

(38) BRAUN, *op. cit.*, p. 345.
(39) ASTURIAS: *Obras escogidas, op. cit.*, pp. 5-6.
(40) ALEGRÍA, *op. cit.*, p. 132.

De vuelta en Guatemala

Se instaló el autor en su casa, en la avenida de Candelaria, 4, en la capital, donde residía con su mujer, Clemencia Amado, y sus dos hijos Rodrigo y Miguel Angel. Se hizo director del diario radical *Diario del Aire,* cargo que desempeñó, desde su oficina, en 10 Calle Oriente, 22, por once años (41). Seguía escribiendo poesías, las cuales aparecían en periódicos y revistas de Guatemala y de otros países hispanoamericanos. No dejaba de pulir el cuento corto, pero ya no es cuento, sino novela. Con los años, iba ensanchándose su visión de la tiranía. Asturias se estaba concretando una posición de consciencia frente a la dictadura y la opresión de cualquier índole.

De su interpretación del sistema dictatorial—la cual está patente en su obra política que lleva por título *El señor Presidente,* todavía sin publicar—dió, en estos años, un paso más Asturias, hacia las fuerzas que, a su parecer, manipulan al dictadorzuelo centroamericano: los dirigentes de la «United Fruit Company». De manera que ha pasado de su consideración de la tiranía interna *(El señor Presidente)* a la presentación de la opresión exterior, la cual dará motivo para cuatro novelas subsiguientes (la trilogía bananera y *Week-End en Guatemala)* (42).

Con el transcurso de los años 1933-1945 siguió Asturias sus tareas literarias, pero sin dar a la imprenta ni siquiera una obra.

En el país se iba empeorando la situación política. El dictador despiadado había implantado un régimen eficaz y cruel. Se enorgullecía del crecimiento del sistema de caminos y carreteras y de la teórica liberación de los indios de su estado de semiesclavitud. Cuando estalló una revolución en el país vecino, El Salvador, las fuerzas vivas en Guatemala se pusieron a comentar la necesidad de hacer otro tanto. El dictador, al enterarse de los comentarios insurreccionistas, declaró un estado de ley marcial. Salieron a la calle a protestar esta acción los estudiantes de la Universidad Nacional. Cuando el dictador sofocó resueltamente la incipiente revuelta, se enfureció el pueblo. Sobrevino una huelga general. Se cerraron las tiendas y aun las iglesias. Ante tal desafío Jorge Ubico no pudo menos de renunciar. Pero por unos meses siguió gobernando por un títere, el general Federico Ponce, a quien manipulaba fácilmente. No duró mucho este subterfugio, porque, cuando varios elementos opuestos al régimen desaparecieron y cuando se le fusiló a un conocido periodista, enconado enemigo del dictador, se

---

(41) RONALD HILTON (editor): *Who's Wro in Latin America.* Part II. Stanford University. Stanford University Press, 3rd edition, 1945, p. 31.

(42) MANUEL TUÑÓN DE LARA: «Un Romancier Social des Tropiques: Miguel Angel Asturias», *Les Temps Modernes,* Revue Mensuelle, núm. 107, París, noviembre de 1954, p. 653.

armó una manifestación que acabó definitivamente con el gobierno de Ubico y su títere (43).

El nuevo gobierno fué presidido por Juan José Arévalo, un profesor que se había exilado por diez años, viviendo en la Argentina, hasta la caída de Ubico. Se promulgó una nueva Constitución, que seguía fielmente el modelo mexicano, dando prioridad a lo económico y lo social sobre lo político. Se protegían los derechos de los trabajadores y se autorizaba al Estado a comenzar una reforma agraria (44).

El señor Presidente

Se adhirió Asturias a la causa del nuevo gobierno e, incorporándose al servicio exterior, se marchó a México, donde desempeñaba el cargo de agregado cultural de la Embajada guatemalteca. No tardó mucho en publicar su cuento, ya novela, *El señor Presidente* (Editorial Costa-Amic, México, 1946). Después de una estancia de como un año en México, se trasladó el agregado cultural a Buenos Aires, donde, además de cumplir con sus deberes oficiales, comenzó la elaboración de otra novela, *Hombres de maíz*. Como confesó luego, solía consagrarse a su labor literaria en la misma embajada en las horas matinales, las cuales le resultaban las más lúcidas para creación literaria (45).

El señor Presidente, publicado en 1946, después de más de veinte años de gestación, tardó unos años más en imponerse en los círculos de habla española. En México, varios críticos opinaron en 1949 que era «el libro que continuaba la tradición literaria de *Los de abajo,* de Azuela, y *El águila y la serpiente,* de Guzmán» (46). Cuatro años más tarde, empero, Asturias mismo refirió a un periodista francés que su libro continuaba pasando de mano en mano clandestinamente en varios países de Latinoamérica. Pero se ufanó de que tal situación iba transformándose, puesto que «des romans admirables paraissent désormais qui peignent la vie des gens et qui dénoncent l'injustice...» (47).

Pero con el tiempo los intelectuales y parte del público lector se estaban familiarizando con el mundo dantesco-quevedesco de *El señor Presidente,* en que confluyen dos elementos básicos: la realidad política de un país latinoamericano bajo el mando despiadado de un tirano, y la vanguardista técnica literaria, principalmente surrealista, que se había asimilado el autor en la década de los 20, cuando se

(43) Austin F. MacDonald: *Latin American Politics and Government.* Second Edition. New York. Thomas Y. Crowell Company, 1954, pp. 616-7.
(44) Hubert Herring: *A History of Latin America.* (New York: Alfred A. Knopf, 1959), p. 441.
(45) Castelpoggi: *Op. cit.,* pp. 18-19.
(46) Repertorio Americano: *Op. cit.,* p. 82.
(47) Nibaut: *Op. cit.,* p. 5.

gestó la obra. Ni siquiera una vez se menciona el país, ni tampoco a Estrada Cabrera, pero resulta clara la intención: recrear el ambiente de miedo que invadía todos los sectores de la vida guatemalteca durante el período 1898-1920. He aquí la clave de la novela: el ambiente de miedo. Es esto lo que aspira a captar Asturias, sin rodeos de ninguna clase. La trama sirve de hilo conductor nada más. Ese hilo se basa en la vida de Cara de Angel, el sicario del dictador; Camila Canales, hija de un general que le ha caído mal al dictador; y el mismo general Canales, así como otros muchos personajes secundarios. Al señor Presidente se le ve poco en la obra, pero su presencia siniestra ensombrece todas las páginas, infundiendo miedo en cada sector de la población. Al enloquecerse un mendigo, matando a un policía, el dictador manda atrapar al culpable. Los otros mendigos pasan pruebas cruelísimas, encaminadas a causarles a denunciar al asesino. Luego, la policía resuelve implicar al General Canales, quien en una ocasión había declarado unas cuantas palabras poco favorables al señor Presidente. Este encarga a su valido Cara de Angel de acercarse al General Canales para convencerle de la necesidad de fugarse. El resultado será, claro está, una bala, o dos, si hacen falta. Cumple su misión Cara de Angel, pero se enamora, a la vez, de la hija del General. Luego, el Presidente decide publicar la noticia de que se han casado Cara de Angel y Camila, lo cual le origina al General un ataque fatal. Entretanto, efectivamente, se han casado Cara de Angel y Camila. Luego, para deshacerse de Cara de Angel y torturarlo, el Presidente envía a su ex ayudante a la cárcel, donde un subalterno del Presidente, por encargo de éste, le da a entender a Cara de Angel que Camila ha llegado a ser la querida del Presidente. De esta suerte se le destruye física y espiritualmente a Cara de Angel.

Novela de tonos sombríos, pesimistas, hasta escabrosos a veces. *El señor Presidente* carece de gran valor en lo que se refiere al argumento. Pero sí vale por su captación de un ambiente político de corrupción, crueldad, explotación, servilismo, delación y miedo —miedo continuo, que corroe perceptible e imborrablemente el espíritu y la mente de los personajes—. El que Estrada Cabrera haya servido de modelo para el señor Presidente no tiene mayor significación, porque el propósito, bien logrado, es el de universalizar en el personaje principal el dictador típico de Hispanoamérica, retratando a través de él toda una época de la historia de un pueblo. «O romance *O senor Presidente* será um retrato amargo de Estrada-Cabrera, Ubico, Gómez ou Trujillo, de Fulgencio Batista, Perón, Getulio, Castillo Armas? Por certo que não é o retrato de nenhum dêles em particular, mas a magnífica reconstituçao típica. Partindo de um dêles, Estrada-Cabrera, atingiu a todos,

pois a verdadera obra de arte é aquela que consegue sintetizar a transitòriedade histórica de um po o e de uma época para projetá-la na eternidades vindoura, gravando para sempre na consciencia dos povos a experiência viva de um período...» (48).

En la novela prima la atmósfera, compuesta de pavorosa pero veraz realidad, cuyo rasgo más característico es el miedo. «Se diría que el libro encierra un himno al miedo. Cuando las mujeres son arrebatadas de su casa; cuando los mendigos delatan; cuando los funcionarios tratan a latigazos verbales y físicos a sus víctimas; cuando toda la nación subsiste, mirándose de soslayo, atisbándose, dividida en dos ejércitos intangibles, pero males; cuando «El señor Presidente», dibujado con perfiles de aguafuerte de Durero, o de «Capricho» goyesco, ejerce su irresistible primado, ¡qué estilo, si no el de Asturias, sería capaz de retratarlo y expresarlo! (49).

Resulta novedosa y acertada la técnica con que logra sus efectos de ambiente el guatemalteco. Consta de una técnica muy emparentada con la teoría de los surrealistas, los cuales sostienen que el novelista no ha de preconcebir su obra de acuerdo con un plan lógico, el que sería al mismo tiempo carente de emoción y vida. Al contrario, ha de entregarse a la pasión creadora que servirá de fuerza generatriz para la elaboración artística (50). Prueba de que Asturias se rigió por estas teorías surrealistas la da el mismo autor cuando afirma: «La novela fué escrita sin un plan literario determinado. Los capítulos se fueron sucediendo uno a otro como si obedecieran al engranaje de un mundo interno del cual era yo simple expositor. Cuando la terminé me di cuenta que había llevado al libro —no por medios literarios conocidos, de esos que se pueden expresar didácticamente, sino por esa obediencia a las imposiciones de un mundero interno, como dije antes— la realidad de un país americano, en este caso, el mío, tal como es cuando se somete a la voluntad de un hombre» (51).

Constituye *El señor Presidente* una novela cumbre de las letras hispanoamericanas del siglo xx, la cual vale precisamente por su inactualidad y por el afán universal que se ha realizado en la obra.

Sirve la obra como tarjeta de vista que le ha franqueado entrada a Asturias en los sectores intelectuales de varios países. Desde el año 1950 es muy común que vaya acompañado un artículo periodístico tocante a Asturias con el subtitular «autor de *El señor Presidente*.

---

(48) Teixeira de Salles: *Op. cit.*, p. 163.
(49) Sánchez: *Op. cit.*, p. 189.
(50) Salvador La Cruz: «Miguel Angel Asturias», en *El libro y el Pueblo*, revista mensual de bibliografía. México. Departamento de la Secretaría de Educación. marzo de 1955, p. 46.
(51) Repertorio Americano: *Op. cit.*, p. 83.

Y fué al autor de *El señor Presidente* a quien ovacionaron los concurrentes del acto de homenaje que se brindó a Miguel Angel Asturias, el 9 de diciembre de 1949, más que al autor de *Hombres de maíz,* el cual acaba de salir, y cuya lectura no habían hecho todavía muchos de ellos. En la Argentina, tal vez mejor que en otras partes de Hispanoamérica, se podía juzgar y admirar la técnica surrealista de *El señor Presidente.* Ocupa la República del Plata posición destacada en la vanguardia literaria, debido a la europeización del país y la facilidad con que los intelectuales argentinos de todos los ramos se mantienen al tanto de las corrientes intelectuales europeas (52).

Sien de alondra

Antes de abandonar a la capital argentina Miguel Angel dió a la imprenta su colección de poesías *Sien de alondra* (Buenos Aires, Editorial Argos, 1949), con prólogo del eminente humanista mejicano Alfonso Reyes, quien hace hincapié en la originalidad de Asturias y en la firme evolución del poeta a lo largo de varios años. Se incluyen poesías bucólicas, populares, aldeanas, de emoción viajera, de retorno, con una marcada orientación objetiva. Por su poesía no ha alcanzado Asturias la fama que le han merecido sus novelas. Es probable que en la perspectiva de la historia literaria la poesía sea considerada valiosa por haberle servido a Asturias como trampolín para saltar a la fama como novelista. «...fué la experiencia del verso el largo y cuantioso ejercicio poético en los renglones cortos lo que creó el órgano vital y le dió la fuerza muscular para irrumpir exitosamente en la novela, en la narración y en cuento...» (53).

Asturias, quien se sentía muy complacido por el reconocimiento argentino y quien tenía en su haber dos obras más en un año *(Hombres de maíz* y *Sien de alondra),* partió para Guatemala en diciembre de 1949. Llegó a la capital en plan de vacaciones y con miras a prepararse para su próximo cargo diplomático de Agregado Cultural en París. En esta temporada se puso a escribir la primera obra de su proyectada trilogía bananera. Había de titularse *Viento fuerte.*

---

(52) Alberto Gil Novales: *De Literatura hispanoamericana,* en Cuadernos Hispanoamericanos, núm. 77. revista mensual de Cultura Hispánica. Madrid, mayo de 1956, p. 190.
(53) Méndez: *Op. cit.,* p. 119.

El escritor en la calle

Al llegar a París en 1950, Miguel Angel Asturias, a los 51 años de edad, ya había encontrado su derrotero literario, el cual había venido fraguando por los años. Era un escritor comprometido, un escritor que «está en la calle». Equivale la excelencia literaria con la tendencia social; el arte ha de valer y perdurar por su contenido humano o social y no por sus logros estéticos. El se ha convencido de que el escritor ha de servir como un soldado más en el lento progreso de Hispanoamérica. Debe, sobre todo, buscar el tema americano para su obra literaria, tratándolo con lenguaje americano.

Veamos cómo el guatemalteco ha venido fabricando este credo artístico-social. En 1949, al referirse a un poeta guatemalteco de principios de siglo, escribió: «Pero el poeta sin ser político era consciente de sus deberes ciudadanos y se rebela, con la violencia de que es capaz el cordero que lleva en el alma un ágiula contra uno de los tantos dictadorzuelos indoamericanos, un tal general de cuyo nombre no queda ni memoria..., el poeta viste uniforme de soldado..., con la pluma y el fusil lucha por la libertad, en una revolución que para él termina en el exilio, antes de su prematura muerte...» (54).

Al año siguiente, en conversaciones sostenidas con un periodista montevidense, aclaró el novelista guatemalteco: «Yo divido... para distinguir los valores, los escritores que llamaríamos preciosistas, que forman un grupo, y los que tienen una marcada tendencia por lo social. Estos últimos dieron origen a una literatura americana que dió una guantada a lo lírico para poner por delante los problemas del Continente. Sus representantes son bien conocidos: Martín Luis Guzmán, Mariano Azuela, Rómulo Gallegos, José Eustasio Rivera, Jorge Icaza. A mi entender, el punto más alto lo ha alcanzado Gallegos..., esta literatura social..., es la más netamente americana. Su aparición en este siglo no es sino la reaparición de una corriente que viene de muy antiguo. Los indígenas... escribieron sus primeras obras con un carácter marcadamente social, y denunciaron en ellas el trato de que eran víctimas por parte de los conquistadores..., muchas obras de esta literatura desaparecieron, pero los vestigios que quedan de ellas demuestran que, como reacción del indígena culto ante la barbarie de la conquista, nació una literatura de tendencia social... Pasan los siglos..., cuando nuevas formas imperialistas dominan las fuentes de riqueza de América esclavizando democráticamente al trabajador campesino y al obrero, surgen los libros que tanto escandalizan por su crudeza. Los temas vuelven a tratar esta nueva esclavitud: denuncian los nuevos

(54) ASTURIAS: *Juan Ramón Molina, poeta gemelo de Rubén*, p. 58.

hechos, y en ellos se muestra la llaga palpitante de nuestra realidad... (55).

Luego, prosigue Asturias, el escritor americano, frente a la literatura europeizante, debe tomar actitud en favor del crecimiento de una literatura americana, de temas americanos que, por su parte, deben ser llevados a lo universal (56).

Tres años más tarde reiteró propósitos afines al declarar en París que el escritor está hoy «en la calle», porque tiene que estar ahí para poder narrar la vida de los hombres. Ya no escribe para un grupo de élite, sino para el gran público. «Il s'agit de peindre en couleurs véridiques la vie de nos peuples. C'est en cela que réside la vraie originalité. L'erreur des écrivains d'autrefois fut de vouloir européiser l'Amérique: de là leur échec. Pour nos désormais la question essentielle est de prendre conscience de notre vie d'Américains, sans rejeter pour autant l'apport européen à notre culture... le roman contemporain, né de l'évolution des pays latino-américains, est essentiellemente un roman social. Cette prise de conscience, qui est souvent aussi, une prise de position, détermine et déterminera de plus en plus les rapports entre les littératures latinoaméricaines et européenees...» (57).

La trilogía bananera

Tales opiniones de la tendencia americanista y social del autor contemporáneo las llevará a la práctica Asturias en tres novelas de esta etapa Buenos Aires-París de su vida: *Hombres de maíz* (1949), *Viento fuerte* (1950) y *El Papa verde* (1954). Las dos últimas novelas forman parte de la trilogía bananera, la cual se completará con la publicación en 1960 de *Los ojos de los enterrados.*

Hombres de maíz refleja nuevamente la influencia del *Popol Vuh,* y también el surrealismo, porque, aun cuando enfoca un tema netamente americano, Asturias no abandona las técnicas europeas. Obra fuerte, de gran envergadura, pero no tan bien lograda como *El señor Presidente. Hombres de maíz* «se inspira en la lucha sostenida entre el indígena del campo que entiende que el maíz debe sembrarse sólo para alimento, y el hombre criollo que lo siembra para negocio, quemando bosques de maderas preciosas y empobreciendo la tierra para enriquecerse» (58).

La trilogía bananera constituye la presentación e interpretación novelesca por Asturias de la conquista, colonización y afirmación de la

(55) REPERTORIO AMERICANO: *Op. cit.*, p. 83.
(56) *Loc. cit.*
(57) NIBAUT: *Op. cit.*, p. 5.
(58) FERNANDO ALEGRÍA: *Breve historia de la novela hispanoamericana* (México: Ediciones de Andrea, 1959), p. 225.

Compañía Tropical Platanera (United Fruit), en Guatemala, con el desplazamiento y explotación del nativo (59). Se resalta claramente la intención propagandística del autor, porque su propósito en estas novelas es denunciar los abusos de la compañía e inspirar en los centroamericanos un afán por conquistar su independencia frente al imperialismo yanqui. Al escribir de la compañía, conforme su interés en convertir los temas netamente americanos en temas universales, Asturias parece considerar a la compañía como símbolo de toda penetración imperialista en la América hispana (60). Representa la defensa del nativo y la denuncia del yanqui explotador, la declaración de un miembro de la compañía misma, quien explica «No somos honestos, no respetamos las leyes de los países en que operamos. No se nos quiere mal porque seamos norteamericanos, sino porque somos norteamericanos malos... Todo lo creemos legítimo porque tenemos la fuerza del dólar. Pero yo creo, sostengo, defiendo, que si la situación mundial alguna vez nos fuera adversa, el odio de esos pueblos nos acompañaría multiplicado por los racimos que hoy rechazan nuestros inspectores todos los días.» (61).

De San Salvador a Buenos Aires

En 1953 retornó nuevamente, de París, Asturias para continuar rumbo a San Salvador, donde tomó posesión de su cargo de Embajador del régimen guatemalteco del Presidente Jacobo Arbenz Guzmán en la hermana república. Era dedicado partidario del Gobierno, el cual en aquel entonces estaba acelerando su reforma agraria. Esta parecía dañina para los intereses de la «United Fruit», así como para los de la Empresa Eléctrica y los Ferrocarriles Internacionales de Centro-América, compañías norteamericanas las tres con capitalización de más de cien millones de dólares. Aumentó la tensión en el país, y se pusieron tirantes las relaciones entre Washington y Guatemala, debido a reportajes de actividad comunista en el país centroamericano. En marzo de 1954, cuando se estudió «el problema de Guatemala» en la X Reunión de la Organización de Estados Americanos (OEA), en sesión celebrada en Caracas, Miguel Angel Asturias figuraba entre los integrantes de la delegación guatemalteca. Los Estados Unidos encabezaba la campaña que dió por resultado la «Declaración de Caracas», aprobada por una votación de 17 por 1 (Guatemala). Según la «Declaración», la dominación o control de cualquier Gobierno-miembro de la OEA por el movimiento internacional comunista se

(59) Gallegos: *Op. cit.*, p. 23.
(60) Alegría: «Miguel Angel Asturias, novelista del viejo y del nuevo mundo», *Op. cit.*, p. 139.
(61) Díez Echarri: *Op. cit.*, pp. 1449-50.

consideraría una amenaza a la soberanía y la independencia política de las otras repúblicas americanas. Frente a tal amenaza habrían de reunirse representantes de la OEA para determinar la debida acción (62). En junio del mismo año, el Gobierno de Arbenz fué derrocado por un ejército invasor de guatemaltecos, cuyo jefe, Coronel Carlos Castillo Armas, según muchas fuentes, había recibido la ayuda de los Estados Unidos.

Con la caída de Arbenz, Asturias renunció a su cargo y partió al exilio en el verano de 1954. Se instaló de nuevo en Buenos Aires, pero visitó a otros países del hemisferio. En 1957 se encontró en Río de Janeiro, y en 1960, a pesar de su adhesión al Gobierno derrocado, Asturias aprovechó la oportunidad de volver a Guatemala, invitado por la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, para pronunciar una serie de conferencias sobre la novela hispanoamericana (63).

Como la invasión de 1954 pesaba poderosamente en la conciencia ciudadana y artística de Asturias, decidió dedicarse a escribir una obra que captara tanto el espíritu como los acontecimientos de ese año significativo. En su subsiguiente obra, *Week-End en Guatemala* (64), una colección de cuentos más que una novela, se resalta la tendencia social, mejor dicho, propagandística. Se refleja su orientación en la página de título donde Asturias pone de colofón lo siguiente: «¿No ve las cosas que pasan? ¡Mejor llamarlas novelas!»

Hasta en la gestación de la obra reveló el novelista su enfoque socio-literario. Al referirse a la influencia de las artes plásticas sobre la literatura, declaró: «De minha parte esta influência que eu não saberia quanto foi inconsciente en cada um de nós, uma vez, pelo menos, me motivou diretamente: a origem de *Week-End em Guatemala* está no mural de Diego Rivera, «La Gloriosa Victoria». O conto «Torotumbo» que integrou êsse volume nada mais é do que um grande afresco dos sucesso que ocorreram em meu país e se relaciona como a invasão de 54...» (65).

Obras menores

A las obras publicadas en esta década fructífera, 1954-1964, hay que sumar tres piezas teatrales: «Soluna (66), que se basa en una leyenda quiché adaptada al mundo de la actualidad; «La audiencia de los confines» (67), drama que se propone contrastar el mundo

(62) WILLIAM W. PIERSON and FEDERICO G. GIL: *Governments of Latin America* (New York: McGraw-Hill Book Co, Inc., 1957), p. 489.
(63) CASTELPOGGI: *Op. cit.*, p. 19.
(64) Buenos Aires: Editorial Goyanarte, 1957.
(65) TEIXEIRA DE SALLES: *Op. cit.*, p. 164.
(66) Buenos Aires: Editorial Losange, 1956.
(67) Buenos Aires: Editorial Ariadna, 1957.

maya y el español del siglo XVI, cuando Fray Bartolomé de las Casas llegó a Guatemala, portador de las Nuevas Leyes que, por lo menos legalmente, ponían fin a la explotación de los indios; y «El caballo del trueno», el cual, aunque ya estrenado, no se ha publicado aún.

La actualidad y el futuro

Hoy, a los sesenta y cinco años de edad, Asturias tiene su residencia y su despacho literario en la avenida Libertador San Martín, 218, Buenos Aires (Argentina) país que sabe apreciar el aporte literario del novelista guatemalteco. Para Asturias, la Argentina representa ese «otro nombre símbolo de la nueva humanidad» (68). Redacta artículos para el diario caraqueño *El Nacional,* del cual es corresponsal desde hace años, así como cuentos y crónicas para otras publicaciones de Hispánoamérica.

Todavía no se ha redondeado su carrera literaria, la cual comenzó con una orientación hacia el tema social del indio, pasando luego por una etapa en que el novelista recreaba la subconsciencia de su raza, virando más tarde hacia una preocupación con la despiada actuación del dictador nacional, para desembocar finalmente en el tema de la dominación y explotación de su país por los imperalistas nortemaricanos.

¿Logrará Asturias captar la querella social que tanto le molesta y fascina en una obra de includible valor literario? No hay quien lo iguale en la comprensión de los problemas de sus compatriotas. Su ideología está formada, encaminada hacia una interpretación marxista de la historia moderna. Está elaborado su rico estilo, semi-surrealista, flexible, metafórico. Dispone del tiempo necesario para la creación, pues no se dedica a la política o la diplomacia como antes. Queda sólo por escribir la obra maestra de índole social que universalice el problema principal de su país. La aparición de tal obra maestra depende de la habilidad de Asturias de coordinar todas sus fuerzas creadoras en una novela capital.

Tal vez sea esa novela, cuando aparezca —si aparece—, motivo para otra monografía que pueda consagrar definitivamente a Miguel Angel Asturias como uno de los autores de primerísima categoría en la historia de la literatura hispanoamericana del siglo xx.

Francis Donahue
California State College
LONG BEACH (CALIFORNIA)

(68) ASTURIAS: «Juan Ramón Molina, poeta genemelo de Rubén», *Op. cit.*, p. 59.

LA CORTESIA COMO SABER EN LA EDAD MEDIA

POR

JOSE ANTONIO MARAVALL

Quien haya frecuentado la lectura de textos literarios de la Edad Media —historiográficos, poéticos, novelescos— se habrá encontrado con un uso de la voz «curial» que no deja de presentar matices significativos muy peculiares. Los glosarios hacen equivalente esa voz a la de «cortés», y ello es cierto siempre que relacionemos esta última con la concepción medieval del saber, de manera que cortés y curial se nos aparezcan como calificaciones referidas a personas dotadas muy relevantemente de sabiduría. Desde la *Crónica pseudo-isidoriana* hasta numerosos textos de los siglos XV y XVI —y aun el XVII nos proporciona algunos ejemplos tardíos— se encuentra la palabra curial, empleada como elogio, bien de personajes virtuosos, bien de acciones singulares de éstos, en cuanto que en tales hechos se reconoce una emanación de la virtuosa calidad de la persona que los realiza (1); pero se trata de una virtud intelectual, que, como hábito que es toda virtud, requiere doctrina y uso, lo que solamente pueden alcanzar quienes han sido rectamente enseñados. En el mismo sentido se dice de alguien que es cortés. Y dando expresión justa a esta equivalencia, la *Glosa castellana al Regimiento de Príncipes* habla de lo que es «cortesía o curialidad», y dedica al tema uno de sus capítulos que, bajo tal título, lo que contiene es una exposición sobre la idea de nobleza (2), como condición personal que reclama, en quien la posee, haber sido bien adoctrinado. «El enseñamiento es seneficança (significado) de la cortesía», conforme se declara en una de las compilaciones didáctico-morales más representativas de la época de fines de siglo XIII (3).

Cortesía no es, según ello, una mera forma externa de comportamiento; ni siquiera predominan en la noción de la misma los elementos formales, sino que es el resultado de un cultivo interior, esto es, el modo de ser de aquel que ha aprendido el saber de la virtud. La

---

(1) Ver mi artículo «La formación de la conciencia estamental de los letrados», en donde recojo datos de este uso lingüístico. Publicado en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 70, julio-agosto de 1953.

(2) Ed. de J. Beneyto. Madrid, 1947; cap. XVIII de la parte tercera, libro II, la cita en vol. II, p. 322.

(3) *El libro de los cien capítulos*, ed. de Agapito Rey. Indiana, Univ. Press, Bloomington, 1950; p. 26.

cortesía es un saber moral, práctico, un saber transfundido en virtud; por tanto, una sabiduría. «Conviene al ome que obre bien con lo que sabe —se dice en *El Caballero Zfar*— e non lo dexe perder, e asy con el saber puede ome ser cortes en sus dichos e en sus fechos» (4).

Se trata, ciertamente, de una concepción del saber propia de sociedades estáticas y tradicionales. Cortesía como un saber, del tipo de saber recibido, esto es, aprendido o tomado de un depósito tradicional, en que se conserva de generación en generación: un saber pragmático, referido principalmente a la conducta con los demás. Todo ello aproxima y hace similar ese concepto de cortesía al concepto de «adab» que se ha mantenido durante siglos en la cultura árabe, si bien parecen existir también diferencias relevantes.

Según los especialistas que se han ocupado en definir tal concepto, frente al de «ciencia» y, en términos más generales, frente al de «conocimiento», en el mundo europeo, «adab» es aquello con lo que el hombre de buena clase personal es educado, y se llama así porque forma a las personas en el modo de las acciones loables y prohibe las acciones que pueden ser objeto de vituperio. «Adab» significa originariamente tanto como un tipo de la «Sunna», esto es, el conjunto de costumbres ancentrales, estimadas como paradigma de comportamiento, y de ahí pasó a designar la conducta misma que se atiene a ese modelo, según es considerada como producto de una buena formación. El concepto fué evolucionando, advierte Gabrieli, hasta convertirse en una noción semejante a la de «humanitas»: una manera de conducta, basada en una sabiduría práctica y social, una disposición del ánimo, apoyada en una disciplina intelectual (5).

Comportamiento ejemplar y excelencia del carácter o modo de ser se manifestan, en tal caso, directa y esencialmente dependientes del estudio y del saber que se adquiere, en cuanto éstos van referidos a la educación para la vida. En los textos de la época clásica, sostiene Nallino, el «adab» comprende los saberes como un conjunto formativo: por tanto, todas las ciencias no religiosas y los ejercicios del cuerpo y habilidades que debían conocer las personas sabias y discretas, según la buena educación que se consideraba característica de los grupos distinguidos (6). Pero en este conjunto, el papel de los saberes en cuanto que de ellos derivan las formas cualitativas de un modo de obrar, lleva la parte principal. Bien que el concepto, como llevamos dicho, haya variado de una época a otra, sin embargo, dado que tales transfor-

---

(4) *El libro del caballero Zijar*, ed. de CH. PH WAGNER, Unif. of Michigan, 1929; p. 294.

(5) *Storia della letteratura araba*. Milán, 1951; p. 181.

(6) *La littérature arabe des origines a l'époque de la dynastie umayyade*. París, 1950; pp. 7-20.

maciones se han producido en todo caso dentro de estrechos límites, siempre ha abarcado aquél, según la interpretación de Grunebaum, dos aspectos: adquisición de conocimientos de un cierto género y conformidad con un código de conducta. Esos conocimientos se centran en lo que la tradición europea ha llamado «buenas letras», las cuales tienden a identificarse con el «adab» mismo; pero otros conocimientos han de ser tomados en cuenta también: la historia, la filosofía, el derecho, la aritmética y cuantas disciplinas contribuyen a pulir la figura del hombre cultivado. Se trata de un barniz que cubre al especialista y al hombre culto, con un predominante carácter literario y social, que tiende a absorber los contenidos específicos del «adab» y a convertir a éste en patrimonio del hombre de letras, de aquel que tiene por oficio la escritura y el libro, en cuyo menester resplandecen las calidades formales que esa versión tan literaturizada de la cultura puede proporcionar (7).

La erudición literaria, libresca, es una herencia de la antigüedad, como ha observado Curtius, con raíces en la Persia sasánida, y que incluyó tanto sobre árabes como sobre cristianos occidentales. De ahí que del campo de la cultura cristiana medieval sea propio incluso haberse acentuado la importancia de las letras y de los libros, como en ninguna otra zona cultural, para la consecución de ese saber práctico y, en conexión con él, para el logro de un comportamiento virtuoso. A los cristianos, los árabes los llaman en la Edad Media «los del libro», aludiendo a la decisiva importancia que para ellos tiene el libro de la Biblia. En ello se presagia ya el ulterior desarrollo que la cultura de libros iba a tener en la Europa cristiana (7 bis). Recordemos el consejo, con fines de doctrina moral, del *Pseudo Catón* (8):

Hijo mío lee muchos libros, otrosí los dictados...

Como los cléridos son, en un principio, los que más y mejor saben leer y los que andan entre libros, clerecía y saber se equiparan, sobre una misma significación, a la que se va a aproximar muy estrechamente la de cortesía. Así emplea el primero de estos términos, como es bien sabido, Chrétien de Troyes:

---

(7) *Medieval Islam*, 2.ª ed. Chicago, 1954; cap. VII, IV, pp. 250 y ss. Todas las citas posteriores de este autor remiten a esta obra y capítulo.

(7 bis) Sobre la interesante significación social histórica de arte fenómeno, ver el excelente estudio de GARCÍA PELAYO, «Las culturas del libro», en *Revista de Occidente*, 1965, núms. 24 y 25.

(8) Ed. de PÉREZ GÓMEZ: *Versiones castellanas del Pseudo Catón*. Valencia, 1964.

Ce nos ont notre livre apris,
Que Grece ot de chevalerie
Le premier los et de clergie.
Puis vint chevalerie a Rome
Et de la clergie la some,
Qui or est an France venue (9).

Pero la palabra se extiende en poco tiempo, para designar el saber de todos aquellos que lo poseen, sin que se haga con ella referencia, específicamente, al estado eclesiástico. En el *Poema de Alexandre,* para ponderar la educación adquirida por el Príncipe, se dice:

Fijo eres de rey, as grant clerizia (10).

En la versión catalana del *Facetus* (un texto anónimo de hacia 1360 —según Morel-Fatio, que lo publicó), se encuentra una curiosa y muy representativa concepción del saber en el sentido que venimos exponiendo. En relación a esa obra de la Edad Media se conservan dos poemas en latín, uno en hexámetros y otro en dísticos, ambos con el título de *Facetus,* que quiere decir tanto como «curialis» o cortés. Un poeta catalán de la segunda mitad del siglo xiv, según estima Morel-Fatio, tradujo y parafraseó el segundo de ellos, que en gran parte es imitación y comentario de Ovidio —y piénsese que Ovidio era un manual de sabiduría para el hombre de la Edad Media, es decir, bajo capa de fábula, era un compendio de filosofía y teología, del que se estimaba que en el mundo de los paganos venía a ser la obra que se correspondía con los libros bíblicos—. La obra del pseudo-doctor Facet (el traductor catalán cree que el título es nombre de la persona que la compuso) se llama, en nuestra versión, *Fasset,* y catalanizando la forma que Morel-Fatio propone, lo llamaremos *Llibre de Cortesía* (11). Pues bien, se trata de un manual de saber o de cortesía, esto es, de disciplina o ciencia mundana, en todo el sentido o valor que la materia tiene para el hombre de la cultura del Medievo —todavía Rabelais hace una alusión humorística al *Faceto*— (12).

Esta es la idea básica de un socratismo un tanto ingenuo, muy al modo medieval, que informa el poema:

Que hom aprena de doctrina
Viur' en lo mon en disciplina.

---

(9) Cit. por Gilson en «Humanisme médieval et Renaisance», en el volumen *Les idées et les lettres.* París, 1932; ver p. 184.

(10) Verso 47, a.; ed. de R. S. Willis. Princeton, 1934. Sobre el concepto de clerecía en este poema, ver el artículo del propio Willis: *Mester de clerecia. A definition of the Libro de Alexandre.* Romance Philology, X, 1956; pp. 212 y ss.

(11) Morel-Fatio: «Mélanges de Litterature catalane, III. Le Livre de Courtoisie», en *Romania,* XV, 1886; pp. 192-235.

(12) «Gargantúa», cap. XIV. Ed. de *Les Belles Lettres.* París; vol. I, p. 55.

y de ahí la recomendación general del saber como doctrina de vida que todo joven bien preparado debe seguir, recomendación en la que vemos cómo a ese saber o «clerecía» es equivalente la cortesía o curialidad del *Facetus:*

Ton fill deus metre en clerecia
Per tal que tenga bona via
E no solament per legir,
Mas que el puixa mils nodrir,
Mentre lo mestre lo castia
Perque no vinga a mala via (13).

El franco desarrollo de la economía, y consiguientemente de la cultura, y el correlativo proceso de secularización que comienza en la segunda parte de la Edad Media, dan lugar a la transformación de ese saber, clerecía o «adab», en cortesía.

En las *Flores de Filosofía* encontramos esta definición: «Cortesía es suma de todas las bondades, e suma de la cortesya es que aya omne verguença a Dios e a los omnes e a sy mismo» (14), párrafo que textualmente se repite en *El caballero Zifar.* También se encuentran con frases literalmente iguales, más algunas otras diferentes, en el *Libro de los cien capítulos* (15), pero tanto en las anteriores como en esta última obra se introducen matices que es de interés poner de relieve, porque nos descubren cómo el concepto cristiano medieval de «cortesía» presentaba aspectos que se libraban de esa excesiva formalización y literaturización propias del concepto de «adab», señalados por Grunebaum. «Cortesía, se insiste en el *Libro de los cien capítulos,* es que tema omne a Dios e que faga bien a sus parientes», pero aún se dice más: «Cortesía es que non quiera fazer omne en su poridad lo que non faría en concejo» (16). Ello deja bien en claro que «cortesía», aunque sea un modo de conducta, tiene una fundamental raíz interna. No es, como del «adab» dice Grunebaum, un comportamiento neutro que tanto puede caracterizar al hombre virtuoso como al impío. «Cortesía» reclama una disposición desde dentro, que emana de la misma «puridad» del hombre, de la zona interior de su secreta conciencia, y se proyecta en su conducta social, poniendo ambos planos en conformidad. Por eso el capítulo dedicado al tema en la última compilación mencionada empieza con estas palabras que ya nos son conocidas: «Cortesía es suma de bondades...».

---

(13) Ed. cit. versos, 113-120.
(14) Ed. de Knust en *Dos obras didácticas y dos leyendas.* Soc. de Bibliófilos Españoles. Madrid, 1878; p. 47.
(15) Ed. cit., cap. XXXI, p. 39.
(16) Ed. cit., p. 44. «La mejor alimosna que el omne puede fazer es que faga bien a sus parientes», ídem íd, Esto nos hace comprender mejor el alcance de la frase que citamos en el texto.

El cuadro aretológico a que se extiende el concepto medieval de cortesía no puede ser más amplio: hospitalidad y generosidad con el prójimo, lealtad y fidelidad, bondad y piedad, dulzura, liberalidad y largueza, alegría en el trato y, coronando todo este conjunto de virtudes, la mesura. Este cuadro ha sido estudiado por H. Dupin (17), en relación exclusivamente con fuentes francesas —de poetas, moralistas e historiadores—; pero un estudio de las fuentes españolas, dependientes en esto, como en todo lo demás, de la cultura francesa y europea, daría los mismos resultados (18). Pues bien, dado el carácter intelectualista e ingenuamente socrático que la virtud tiene para el cristiano de la Edad Media, esa suma de bondad es un saber, un «enseñamiento» que comprende todo el saber para la vida, incluído el de una parte tan importante de ésta como es el amor —también el amor entra en el campo del «adab»—, objeto de una ciencia —de una ciencia ovidinana—, como cualquier otro aspecto del comportamiento social. Cortesía es una concepción moral de las relaciones con los demás, una doctrina o disciplina de vida, como diríase en el *Facetus*, en la que se funden Ovidio y Aristóteles con el sentimiento cristiano —interiorizado y espiritualizado por obra de los cistercienses y de otros movimientos de espiritualidad—. El P. Gorce llamó a ese contenido doctrinal «escolástica cortés», expresión que fué recogida y aplicada sistemáticamente por el P. Paré al estudio del *Roman de la Rose* (19). Esa «scolastique courtoise» es una concepción del mundo y de la vida, según la cual se comporta el hombre enseñado, que la Edad Media tiene como paradigma. Por eso, en *El caballero Zifar* se aproximan los términos en tan estrecha relación como muestra este pasaje: «creed que cortés nin bien acostumbrado nin de buena creençia non puede ome ser, sy non fuese omildoso» (20). Es el resultado de ese «enseñamiento» que el anónimo escolar de la *Razón feita de amor* nos confiesa que en sus viajes ha procurado adquirir, al modo como entonces se dice que viajan los sabios para encontrar el depósito en que se guarda la doctrina:

Moró mucho en Lombardía
por aprender cortesía (21).

---

(17) *La courtoisie au Moyen Age*. París, 1931.

(18) Tómese como ejemplo este pasaje del *Caballero Zifar*: «el cortés teme a Dios e el cortés non quiere fazer en su poridat lo que non faria en consejo. Cortesía es que non faga ome todas las cosas de que ha sabor. Cortesía es que se trabaje ome en buscar bien a los omes, quanto podiere. Cortesía es tenerse ome por abondado de lo que toviere; ca el aver es vida de la cortesía e de la limpieça..., etc.», p. 295.

(19) *Le Roman de la Rose et la Scolastique courtoise*. París, Ottawa, 1941.

(20) Ed. cit., *loc. cit.*

(21) Ed. de MENÉNDEZ PIDAL, en *Revue Hispanique*, XII, 1905, versos 9 y 10.

«Cortesía —dirá por su parte la ya citada *Glosa castellana*— es nobleza de buenas costumbres, ca así como la justicia de la ley manda complir la ley toda, así la cortesía manda fazer toda nobleza de costumbres». En tal sentido, el hombre «en cuanto face por buenas costumbres, es cortés e ensennado» (22).

La misma *Glosa* advierte que los oficiales de los señores son los más obligados a cortesía. Tienen que guardar los estados que les han sido confiados «en cortesía e ensennamiento por onrra de la manera en que fueron criados». ¿Por qué?: por la razón obvia de que es el saber propio de la corte en que se han educado. Ciertamente, hubo en plena Edad Media quienes protestaron de una equiparación como la que venía a enunciar ese concepto de cortesía. Los filósofos se levantan contra los cortesanos o curiales en el *Policraticus sive de nugis curialium et vestigiis philosophorum*, de Juan de Salisbury, y también el goliárdico y maldiciente Walter Map escribió contra los cortesanos o representantes del saber cortés (23). Sin embargo, lo cierto es que el conjunto de creencias en las que se apoya una verdadera doctrina de determinismo social, vigente en las conciencias del Medievo, según la cual en el alto linaje y grandes riquezas está guardado el tesoro de la virtud y del saber —en tanto que saber moral para la vida en sociedad—, se impuso con carácter general (24). Para poetas, cronistas, moralistas, políticos, la corte o residencia de los señores es el lugar en donde se forma moral y doctrinalmente mejor todo hombre que a ella asiste. Tengamos en cuenta, contra lo que a veces parece darse por supuesto, que de cortés y cortesía no hablan sólo los poetas, ni son éstos los que han creado tales conceptos, sino los moralistas, lo que denuncia ya el fondo doctrinal que en aquéllos se da (25). Se tipifican en los «espejos» de moral al serles aplicados aquellos términos a todos cuantos han sido enseñados —«castigados» o «avisados»— por la asimilación de una doctrina moral cuyo más alto ejemplo se ofrece en la corte real. «Acucioso debe ser el Rey en aprender los saberes», dice Alfonso X (Partida II, título V, ley 16), y los que viven junto a él gozan de ese cultivo esmerado que en ninguna parte se da más altamente.

---

(22) Ed. cit., vol. II, p. 322.

(23) Sobre algunas manifestaciones semejantes que revelan un criterio también peyorativo en la literatura española, incluso de más avanzada época, desde el *Rimado de Palacio* al *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, ver M. Morreale: *Castiglione y Boscán, el ideal cortesano en el Renacimiento español*. Madrid, 1959; vol. I, pp. 115 y ss.

(24) Si bien en ese sentido la equiparación de nobleza y cortesía es medieval, hay que reconocer que pasa, como un caso más de herencia medievalizante, al Renacimiento. Ver A. Vallone: *Cortesia e nobilà nel Rinascimento*. Asti, 1955.

(25) El aspecto literario de la cuestión ha sido estudiado exhaustivamente por Bezzola, en los sucesivos volúmenes de su obra *Les origines et la formation de la littérature courtoise en Occident*. París, 1944, etc.

«Cortés, según la definición de la mencionada *Glosa,* quiere decir omme que fué criado en corte e noblemente» (25 bis). De ahí que los hijos de los distinguidos se críen en la corte real, según un concepto de crianza, que tanto atañe al cuerpo como al alma. La corte es el lugar del más depurado saber de la vida, de la cortesía, del «adab» —también el «adab», según Grunebaum, tiene ese lado cortesano—. Por eso, resumiendo este modo de ver, Pérez de Guzmán escribirá:

Fijos de hombres rústicos o serviles
vi venir ninyos a las cortes reales,
e conversando con gentes curiales,
ser avisados, discretos, sotiles (26).

Con lo que tenemos afirmado una vez más que los curiales o corteses —los que habitan en la corte— poseen sapiencia, discreción y sutileza.

Es cierto que por esas mismas fechas, al tiempo que se desarrolló un nuevo concepto de ciencia y de saber, se produjo un fenómeno de trivialización de la voz «cortesía» que la aproximaba al significado moderno del término, como en las dos menciones que de esa voz hace el *Pseudo Catón,* o como cuando en el *Libro de Buen Amor* el Arcipreste de Hita dice: «Escúcheme, señora, la vuestra cortesía» (27), o también en los versos con que Santillana se dirige a una dama:

Por bondad o fidalguía
o por sola humanidad
vos plega mi libertad
o por gentil cortesía (28).

La palabra cortés pasó, en tales casos, de tener un sentido moral profundo a quedar reducida a un sentido social externo, en una evolución inversa a la que sufrió la voz «villano», según ha observado Dupin (29). A esta progresiva banalización del sentido se corresponde el fenómeno lingüístico de que cada vez más, a partir del siglo XV, las voces «cortés» y «cortesía» van siendo reemplazadas por «cortesano» y «cortesanía». Pero no menos cierto es también que todavía una obra tan

---

(25 bis) Ed. cit., II, p. 329. El dato es anterior a los que recoge M. MORREALE.
(26) *Cancionero castellano del siglo XV,* recopilado por FOULCHÉ. Delbosch, NBAE, t. I, p. 605.
(27) «Libro de Buen Amor», ed. CEJADOR, en *Clás. Castellanos,* Versos 670-a y 948-a.
(28) «Canc. cast. siglo XV», I, 561. Este proceso de trivialización continúa y los ejemplos cunden hasta convertirse en el uso normal; entre otros, ARGOTE, en *Discurso sobre la poesía castellana* (ed. de Tiscornia, p. 34); V. ESPINEL, en *Marcos de Obregón* (Clás. cast., II, p. 67), etc.
(29) *Ob. cit.,* p. 15.

renacentista como *El Cortesano,* de Castiglione, está basada en ese conjunto de ideas que permitían entender la cortesía como un saber elevado y estimable como ningún otro (30). También *El Galateo,* de Gracián Dantisco, y *El Cortesano,* de Luis Milán, pequeño volumen éste bien anodino, responden a la misma línea de pensamiento (31).

No rompe, pues, con la continuidad medievalizante del Renacimiento Alonso de Barros cuando a fines del siglo XVI publica sus *Proverbios morales,* colección de máximas en malos versos que presenta como «Philosophia cortesana moralizada» (32), a pesar de que en ese libro no es la vida palaciega —o algo muy aproximado a ella, como hoy entenderíamos— la materia de su enseñanza cortés o curial (33). Ni tiene por qué asombrarnos que en Gracián subsistan tópicos análogos. Según él, en el aspecto del saber, la corte es superior: «Allí ay más cultura» (34). En Roma, quien da lecciones de saber moral a los peregrinos personajes de la más ilustre fábula gracianesca es «el cortesano» (35). En el *Oráculo manual* se nos dirá que «es la cortesía la principal parte de la cultura» (36). Y de nuevo, en *El Criticón* señalemos que la obra entera se presenta, en cuanto es una investigación moral sobre el curso de la vida humana, como una «filosofía cortesana» (37). Todavía en autores como Vico se pueden encontrar ecos de una doctrina sapiencial semejante de la conducta de la vida (38).

Hasta tal punto predomina en ello el concepto de un saber, significativo de un modo tradicional de concebir la conducta sabia, que en los términos cortés o curial desaparece muchas veces la fundamental referencia social o topográfica de corte o curia, pero no tanto la alusión personal a alguien enseñado o entendido. De esto recogí algunos datos en mi artículo que antes he recordado. Añadiré ahora el

---

(30) Ver MARGARITA MORREALE: *Ob. cit.,* vol. I, pp. 109 y ss.

(31) La primera se publica en Madrid, 1598; la segunda, en Valencia, 1561.

(32) Publicado en Madrid, 1587. Se tradujo al italiano por ADIMARI. Florencia, 1622.

(33) En 1617 se reedita en Lisboa, con las concordancias reunidas por el maestro XIMÉNEZ PATÓN: en página par van los proverbios de Barros, y enfrente, en la página impar, las correspondientes frases de autores clásicos.

(34) *El criticón,* ed. de ROMERA-NAVARRO, Univ. of Pensilvania, 1938; t. I, p. 263. La voz «cultura» en GRACIÁN toma en ocasiones un sentido que se aproxima al moderno.

(35) Ver en *El criticón* los tres últimos capítulos de la tercera parte.

(36) Ed. de ROMERA-NAVARRO. Madrid, 1954; p. 231.

(37) Ed. cit., vol. I, p. 97. ROMERA-NAVARRO comentaba: «filosofía de avisado y discreto conocedor del mundo, o filosofía mundana, es lo que quiere decir y lo que encaja perfectamente en el carácter de la obra» —esto es aceptable siempre y cuando por tal filosofía sobre el mundo entendamos un saber moral capaz de obrar prácticamente según la virtud—. La tesis medieval que ya hemos visto de que la cortesía encierra todas las virtudes está en la base de esa filosofía «cortés» de Gracián, sólo que en él lo nuevo se halla sobre todo en la dirección que en su pensamiento toma la doctrina de las virtudes.

(38) Ver. E. GRASSI: «L'origine des sciences de l'esprit dans l'Humanisme», en *Pensée humaniste et tradition chrétienne.* París; p. 117.

pasaje del *Guzmán de Alfarache*, en el que el pícaro dice de otro personaje: «para que como tan curial en aquella ciudad, me fuera enseñando las cosas curiosas della» (39)—curial es, por tanto, un buen conocedor que hace un gentil empleo, un buen empleo, de sus conocimientos.

Lo que nos interesa es comprobar, a través de estas notas, la subsistencia, en este modo de entender la cortesía como saber, de una concepción tradicional y estática, propia de un estadio no evolucionado de la cultura y no menos de un nivel no especializado de la ciencia. Concepción que por ese mismo carácter suyo está emparentada con la noción árabe del «adab»», supervivencia de algo que en la Edad Media sería común a cristianos e islámicos. Grunebaum ha escrito este diagnóstico de lo que tal idea significó entre los árabes: «El adab avivó el sentido de observación y la perspicacia de los hombres. Fijó el estilo de la vida social en la gran época del Islam y determinó la forma bajo la cual había de imponerse a los distinguidos. No era en sí mismo un concepto productivo. De hecho llegó a ser la principal vía de ese predominio de lo literario en todo el pensamiento, que marca el final de la contribución del Islam medieval al progreso de la humanidad. Pero, a pesar de esa esterilidad potencial que comparte con todos los conceptos característicamente formales, embelleció lo que era trivial, ennobleció lo rudo y grosero en la vida de su tiempo. Representó una aspiración humanista, más que una tendencia de especialización, elevando al hombre de letras al nivel de los tipos ideales. Verdad es que perdió muy pronto la fuerza de estimular la capacidad de creación. Pero, en fin de cuentas, el «adab» logró ser el modo idóneo de expresión de una sociedad fatigada y decadente, pero todavía civilizada».

Su correlativa, pero nunca exactamente equivalente, concepción cristiano-medieval será paulatinamente eliminada en el ámbito europeo por las modernas maneras de considerar la función del conocimiento. No desapareció de golpe, y el propio Grunebaum observa que la sociedad europea del siglo XVIII, y en especial la sociedad francesa ilustrada, empleaba vulgarmente un concepto de saber que no estaba muy lejos del que exhibía el brillante «udabâ» de Bagdad. Tal vez no llegue a desaparecer del todo en ciertas manifestaciones arcaizantes o superficiales de la sociedad moderna. Pero, en cualquier caso, el europeo medieval, al mirar por detrás de los aspectos externos de la «cortesía», como un comportamiento social, y buscar su fondo ético, esto es, su

(39) Ed. de GILI CAYA, en *Clásicos Castellanos*, t. III, p. 237; ver también I, p. 123.

condición necesaria de conducta sabia y virtuosa, reconoció una interna tensión en el concepto único en que fundió ambos lados de la cuestión, concepto expresado con la también única palabra de «cortesía» —o sus equivalentes. Y, en consecuencia, también aquí parecen observarse esas diferencias que sobre lo semejante separan las dos grandes culturas medievales.

José Antonio Maravall
Isaac Peral, 3
Residencia de Profesores
Madrid

EL FIN

POR

JAVIER DEL AMO

Aquella noche comprendí —no sé exactamente por qué; quizá la causa fué mi propio cansancio, que a menudo me hace vivir situaciones de intenso pensamiento— mi profundo error. Un error que arrancaba de diez años atrás. Aquella noche estábamos sentados Jesusa y yo en la mesa-camilla, pues hacía un frío terrible. El uno enfrente del otro. Nuestra hijita dormía en el cuarto de al lado, con su siempre sueño profundo. En aquella camita que, cuando era pequeña, olía a leche agria, y ahora, simplemente, con sus diez años, a paño y a calor. En aquel cuarto pequeño, repletas las paredes de recuerdos inmóviles, fotografías de la boda corroídas por el tiempo.

Estaba mirando a mi mujer cuando advertí que era muy fea, horriblemente fea y que además no la quería, no la quería en absoluto, nunca la había querido. En los cristales se acumulaba un frío húmedo, las cortinas echadas denotaban una paz tranquila, ni siquiera se oían los frecuentes murmullos del patio, ni la televisión que, a partir de las siete, tronaba desde el piso de arriba. Mi mujer leía el periódico de la tarde, en silencio, las gafas un poco ladeadas y con una atención que a mí siempre me había desconcertado. Aquella idea —la fealdad de mi mujer— pronto pasó a convertirse en un sentimiento. Era rabia, fracaso, impotencia, pero, sobre todo, penetrante amargura en la que yo, conscientemente, me recreaba, como si se tratara de un sentimiento limpio y puro, y bueno de sentir.

Yo la miraba, el cigarrillo en los labios, posando la mirada en la habitación: la cómoda, el óleo que representaba un barco en un mar embravecido, la lámpara y la silla. El sillón en que me solía sentar a la vuelta del trabajo, al verlo, me sugirió la idea de sentarme. Así lo hice, y al pasar junto a mi mujer, levantó un poco los ojos y la pude ver a pocos palmos de distancia. Aquí llegó la tristeza, quieto en el sillón, mirándola por detrás. La tristeza como único sentimiento, como última posibilidad de todo aquello, que no entendía. Era sábado y la esperanza del día festivo contrarrestaba mi falta de ánimo, mi desesperanza. La miraba una y otra vez, hasta que, henchido por un dolor casi físico, rompí a llorar. Ella se volvió y el frío de aquel sábado se quedaba impregnado en mis lágrimas...

Se puede estar solo y obrar en consecuencia; es decir, tener cierta resignación, cierta luz interior que alumbre y guíe, aceptar, en resumidas cuentas, la soledad y poner todos los medios necesarios para salir de ella. Buscar, por ejemplo, un amigo, una mujer, una mano tendida sobre la tuya y rezar, aunque yo nunca he sido piadoso, a Dios y tener la suficiente, la mínima esperanza para seguir adelante, hasta con una sonrisa en los labios. Meterte en una iglesia (esas iglesias que encuentras en la ciudad, que parecen que existen sólo cuando tú entras y están iluminadas por pequeñas luces y están llenas de sombras, las imágenes de los santos te miran inmóviles, te arrodillas en los últimos bancos, no dices nada, juntas las manos y cierras los ojos, como ha ocurrido muchas veces) y estar allí un rato y luego salir, fresco y tranquilo, para volver a andar por las calles desiertas y ajenas, extrañas, aunque las conozcas, aunque sean parte de un trozo de ciudad que ya casi es tu carne y tu espíritu. Tú dices entonces: «llegarán tiempos mejores», aunque en el fondo de tu ser no lo crees ni poco ni mucho y te parece que estás en un callejón sin salida. Eso —obrar en consecuencia—, se puede y hasta se debe hacer. Y también tener cierta lucidez, cierto realismo para sopesar los pros y los contras del camino a seguir y de las personas que te van a acompañar, que necesitas que te acompañen. Pocas personas —o sólo una—, y si las cosas se ponen mal, ni siquiera personas, sino la pequeña intimidad de una chaqueta, una habitación y hasta un bolígrafo. Todo hace compañía si se tiene buena voluntad y se confía en los acontecimientos. Mi error estuvo entonces en la elección de compañera. Aun el hombre más desesperado necesita tener la suficiente decisión en el espíritu y en la voluntad para saber a qué se agarra y por qué se agarra, aunque sólo sea por caridad, por mínimo respeto al soporte. Mejor seguir en el vacío, en la desesperación que se siente en el mismo respirar, que agarrarse, asirse a cosa no vinculante, no creadora de esa compañía serena, plena de continuidad, repleta de alicientes, repleta de ese universo de ademanes, gestos, palabras y verdades que constituyen la vida matrimonial o cualquier otra forma de convivencia, de unión física y espiritual con el mundo.

Aquellos días (no recuerdo la fecha exacta, da igual) mi padre había muerto. Mi familia había huído del pueblo hacía ya mucho tiempo. Mi bisabuelo fué el primero que rompió las raíces que le unían a la tierra y se vino a la ciudad, a Madrid, a primeros de siglo. Mi bisabuelo era aparcero, según cuentan, y un buen día dijo que no, que ya no podía más. Coincidió esta decisión con la recolección de la aceituna, época que, como es sabido, resulta beneficiosa en general. Mi bisabuelo dijo no, y allí, en aquellos tiempos, empezó el éxodo de mi familia a la ciudad. La situación nunca fué buena, pero a fuerza de renunciamien-

tos mi padre cosechó el fruto de todo un doloroso impulso familiar con este piso que ahora tenemos, en el que vivo con Jesusa desde hace más o menos diez años.

Mi madre llevaba ya diez años reposando en el cementerio de allí, cuando recibí la noticia de que mi padre había muerto. Fué algo estúpido, un accidente de tráfico, un disco rojo que no vió, a la salida de la oficina donde trabaja durante años. La noticia sólo agudizó mi dolor. En aquellos tiempos la vida estaba muy difícil, y entre el sueldo de mi padre y el mío de vigilante apenas lográbamos salir adelante. El horizonte de mi vida era muy pobre: el dolor, la limitación continua de posibilidades era algo normal, entraba a formar parte del mundo, de la realidad que me había tocado vivir; por eso al enterarme de la muerte de mi padre sentí una sensación muy parecida a la del que sabe se merece una desgracia y la desgracia llega. Por eso el dolor me pareció paralelo al de toda mi vida. Abandoné el puesto de vigilante que hasta entonces había desempeñado, como ya he dicho, y vagué sin rumbo fijo no sé cuántos días por la ciudad, apenas sin comer (en ocasiones llegué a pedir limosna; pero esto lo recuerdo muy vagamente, como en un sueño), en un estado más próximo a la locura que al sueño.

El piso estaba vacío: las paredes, las dos habitaciones (el comedor y el dormitorio), y el retrete, las ventanas que daban al patio, todo se agrandaba en mi corazón y me sobrecogía. Por eso huía, pero el frío de la ciudad (era invierno y algún día hasta nevó) y la soledad y el silencio de las calles por aquel entonces eran en ocasiones peor que el estático vacío de la vivienda. En una parada del autobús, durante aquellos días, fué cuando conocí a Jesusa.

Entonces era más joven que ahora, naturalmente, y tenía una frescura en la cara y una felicidad en los ojos y en la vida que latía bajo su fealdad que me llenaron por dentro y abrieron una ventana, una luz en el negro horizonte que constituía mi interior. Fué un encuentro casual, el intercambio de palabras que normalmente sueles tener en la ciudad, cuando está lloviendo y dos personas se refugian en una tienda o en un portal, o también en los medios de comunicación o en las esperas. Yo pensé en aquel momento: «¡Qué mujer más fea, santo Dios!», observando los pocos atractivos que ella tenía. Subimos en la misma parada, era un autobús de dos pisos. Me pidió perdón, vuelta a mí, por haberme pisado con su fino tacón. «Nada —dije yo—, no ha sido nada». Sólo había dos asientos, de manera que nos sentamos juntos, en ese particular silencio que guardan las personas a las que les une ya algo, por muy pobre, artificial y sin importancia que sea.

Llegó el cobrador, y al dirigirse a mí con el taco de billetes en la mano advertí que no tenía dinero (entonces me pregunté: ¿Qué hago

yo en este autobús?). «No tengo dinero» —dije levantando la voz. El cobrador me miró con mala cara y me instó a que bajara del autobús—.

Ella entonces levantó la voz, hurgando nerviosamente en el bolso de plástico negro que llevaba, y dijo:

—Yo..., yo se lo pago.

Todos los viajeros nos miraban. Yo estaba avergonzado por aquella situación tan engorrosa, pero nada dije, callé y cuando el cobrador desaparecía me dirigí a ella:

—Gracias..., muchas gracias.

Después nos pusimos a hablar, con una oscura pero coherente sensación de bienestar, al menos por mi parte, y ella, al parecer, también estaba contenta. Me contó que trabajaba de cajera en una tienda de ultramarinos, que vivía en el pueblo y que, mal que bien, se iba defendiendo. Estábamos, pues, en casos muy parecidos, y olvidando por completo su fealdad, sus ojos bizcos, sus ademanes torpes, conté también mi vida, mi soledad, mi falta de trabajo, sintiéndome muy alegre. Yo no hablo mucho, por lo general, y soy más bien reservado, pero en aquella ocasión hablé y hablé: las palabras salían unas detrás de otras y guardaban entre sí una cierta relación, lo cual es raro, dado el estado de hambre e intranquilidad moral en que me encontraba. Ella me escuchaba en silencio, muy atenta (ya nos habíamos bajado del autobús y andábamos en dirección a su pensión, por calles oscuras y frías, enfaroladas desigualmente). Quedamos para vernos al día siguiente, y con una alegría que me sorprendió comprendí, aunque difusamente, que éramos la última esperanza el uno del otro: yo necesitaba a alguien (en un sentido amplísimo, en un sentido de materialidad casi física) y ella también me necesitaba: necesitaba a un hombre, al hombre que depositase en su cuerpo la semilla del hijo de su carne y de su espíritu, la estabilidad tejida día a día de un hogar...

Aquella noche de frío invierno, los árboles de la plaza aún sin hojas, como pacientes esqueletos de la oscuridad; aquellas estrellas suspendidas en un cielo inmenso, bailando como cerillas encendidas en el espacio, fué distinta para mí. Toda la estrechez y la inmovilidad y la inmensidad y el vacío de mi casa desaparecían con la presencia de aquella mujer en el pensamiento. Miraba la lámpara suspendida del techo y me puse a reír como un loco. Reír de alegría, una risita breve, desarmónica. Olvidando las pesadillas que durante toda mi vida me habían acompañado, abrí la ventana y, pese a un frío intenso que se coló hacia dentro, estuve observándome a mí mismo: aquellos posos de paz y alegría interior tan anegados desde hacía tiempo. Una noche memorable, en verdad, primer paso de la vida que entonces comenzaba, completamente distinta.

Luego las cosas, se puede decir, vinieron rodadas. Ella me colocó en la tienda de ultramarinos; empecé de dependiente. Así pude hacer frente a los gastos de mi casa y, a pesar de que el sueldo era casi mínimo, sentí un gran bienestar solamente por el hecho de comer caliente todos los días. Trabajábamos juntos y yo la miraba a veces mientras hacía sonar la máquina de cálculo. Pronto me fuí acostumbrando a ella y nunca pensé si la amaba o no. Acababa de ingresar en un orden de cosas donde la palabra amor sobraba en los esquemas mentales que, poco a poco, había ido haciendo variar en mí. Nuestro noviazgo fué rápido. Jesusa, particularmente, no quería prolongar la boda debido a a que viviendo en casa nos ahorrábamos los gastos de su pensión. Ella siempre fué cariñosa conmigo. A veces, en nuestros largos paseos, me decía: «Algunas veces pienso lo feliz que soy, y me da miedo». Yo, a este respecto, no quería pensar. No quería pensar si la amaba o no, quizá por cobardía o quizá por miedo a la soledad de antaño. Yo aceptaba sin más nuestras relaciones. Recuerdo el día de la boda en que su fealdad me pareció una originalidad de la naturaleza, una pirueta del destino biológico que la embellecía y que, en suma, debíamos, tanto ella como yo, agradecer. Nos casamos, y en las primeras noches de amor yo decía, la decía: «Apaga la luz», creyendo que era para dar mayor intimidad a nuestra unión. Más tarde, pensándolo en frío, me dije a mí mismo que aquel interés por apagar la luz en las noches de amor, aquella manía mía por la oscuridad, ocultaban un físico deseo de no verle la cara.

Conseguimos salir adelante, a fuerza de mucho trabajo. Ahorros pequeños, continuas privaciones nos trajeron una pequeña suma de dinero, con la que al cabo de siete años compramos un pequeño local (antes había nacido mi hija, una niña muy salada; está estudiando con las monjas y es muy aplicada; tiene unos ojos muy negros), poniendo una pequeña tienda de ultramarinos. De esto vivimos y no nos va mal, gracias a Dios.

Inundados los ojos de lágrimas, en silencio, me tapé la cara húmeda con las palmas de las manos. Y fué cuando comprendí que era verdad. Si uno se conforma y no piensa —o piensa muy poco—, y acepta la compañía, la que sea, como una necesidad del alma sin pensar en otras muchas cosas mucho más importantes (en el verdadero, auténtico amor, en la verdadera paz), corre el peligro de sufrir las consecuencias mucho más tarde. Mi error había sido éste: aceptar a Jesusa, cuando ni me atraía y ni siquiera sentía amor por ella, ninguna clase de amor. Siendo pobre se tienen pocas posibilidades afectivas, esto yo lo sabía por experiencia de amigos y compañeros de trabajo. Las mujeres pobres tienen que pedirle a San Antonio, con una vela en ristre, el amor de su vida,

mientras las mujeres ricas pueden elegir entre éste y aquél, según gustos. Hay que aceptarlo, como un orden normal de cosas, como el hambre mía en el período de hambre o cualquier otra cosa por el estilo. Pero, aun así, hay que pensar, valorar, calibrar el amor y la capacidad de dar y de recibir. Hay que saber cómo es el rostro, la boca, el cuerpo y la sonrisa de la persona que nos espera por las mañanas y se acuesta con nosotros por las noches. Es necesario, y mi error fué éste, grave error.

Mi amargura, mi llanto, era un sentimiento único, lo llenaba todo, en él no cabía la esperanza o el deseo o la paz, al menos la paz que se funda en el dolor o se confunde con él. Jamás—como aquella noche, igual a muchas noches, no diferenciada de las demás por nada—había sentido así el error, el dolor y el fracaso con esa precisión y exactitud. Ella, mi mujer, Jesusa, se dió cuenta y volvió la mirada hacia mí, estando como estaba de espaldas. Con esa serenidad siempre tranquila con la que había impregnando todo lo que nos rodeaba desde que llegamos a esta casa, inmediatamente después de la boda (ella se había echado en mis brazos). Para qué recordar. Entonces me dijo, dejando el periódico de la tarde:

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

Y como yo callaba, ella:

—¿Qué tienes? —y se levantó, acercándoseme.

Yo sabía que mis mejillas estaban rojas, mis ojos; que tendría la mirada perdida, los ojos irritados. Una luz por dentro me iluminaba mi patética fachada exterior. Ella me apretó el brazo, suavemente, y me dijo con ojos asustados:

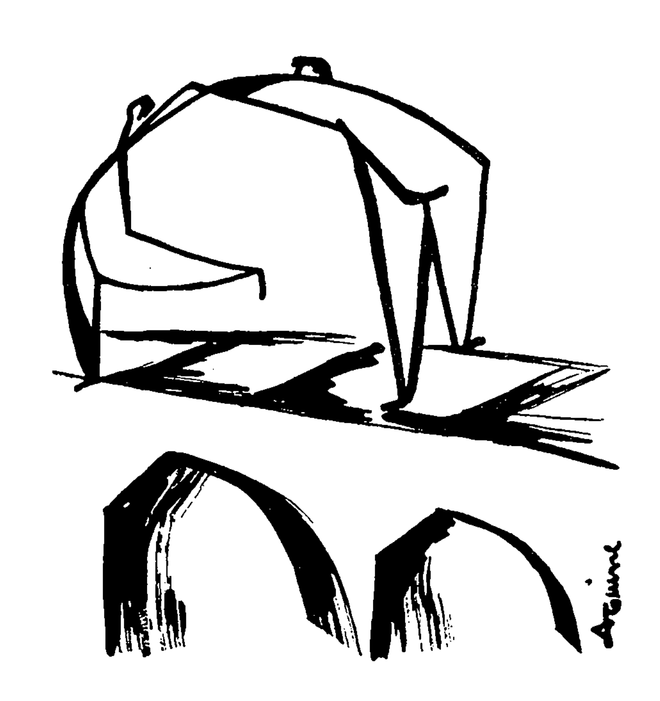
—¿Ha ocurrido algo?

Me sentí culpable. Yo, que siempre había contado a Jesusa mis asperezas en el trabajo, mis problemas personales, en aquel momento callaba. Nunca, jamás había llorado, y por eso las lágrimas eran —yo lo sentía— como un juguete prohibido, como una herramienta que manejara por primera vez un mecanismo virgen para calmar el amargor de aquella revelación de la fealdad de Jesusa, aquella afirmación tan lúcida y tan conscientemente afirmada por mí.

Y le dije, mirando al suelo, cansado ya, avergonzado, aburrido, mintiendo:

—Lloro de quererte tanto...

Javier del Amo y de Laiglesia
Ayala, núm. 5
MADRID-1



HISPANOAMERICA A LA VISTA

PRESENTE DE LA ECONOMIA AMERICANA *

POR

ANTONIO ELORZA

En los años que las Naciones Unidas han calificado de «década del desarrollo», la mayoría de las sociedades iberoamericanas han visto decrecer sensiblemente su ritmo progresivo o, incluso, contemplan una contracción. Los problemas sociales planteados quedan sin respuesta, mientras que las tensiones se radicalizan y el desfase con los países desarrollados se ahonda más y más. En esta situación, un conocimiento preciso de la estructura económica de América latina, unido a la conciencia que sus problemas han suscitado en los respectivos gobiernos, cobra para el observador un interés evidente. La respuesta a la cuestión: ¿cuáles son las perspectivas que afrontan las sociedades iberoamericanas en los años sesenta?, sólo puede encontrarse a partir de un estudio total de la infraestructura de las mismas. Aunque los datos que proporcionan los informes de la CEPAL están lejos de ser completos, puede a partir de ellos reconstruirse una cierta visión de conjunto.

Las dos publicaciones, en este sentido, son complementarias. Pues si un *estudio económico* tiene, por fuerza, mayor radio de alcance que los debates una reunión, el que ésta —como es el caso de la celebrada en Brasilia en enero de 1964— se plantee a efectos de solucionar uno de los problemas básicos denunciados en aquél, puede ayudarnos a pulsar la efectividad de las soluciones a la extensa problemática que el nuevo continente tiene hoy ante sí.

De ella nos da cuenta la breve introducción al *Estudio*, que pretende recoger las conclusiones implícitas en el análisis macroeconómico que a continuación se ofrece. En efecto, se empieza reconociendo que, en la «década del desarrollo», éste es un problema tanto económico como social, lo cual conduce, por una parte, a la necesidad de una planificación integral, eficiente y rápida, y de otra, a la exigencia de reformas institucionales profundas (reforma agraria, reestructuración de los sistemas impositivos, mejoras en la distribución

* Comentando el *Estudio económico de América latina, 1963* (CEPAL-Naciones Unidas. Nueva York, 1964; VIII + 299 pp.) y *El comercio internacional y el desarrollo de América latina* (Fondo de Cultura Económica, México, 1964; 396 pp.).

de la renta, acceso efectivo a la educación e igualdad de oportunidades). Si bien, como el caso de Cuba ha puesto en evidencia, la reforma interior no es suficiente. Hay que superar la actual diversificación llegando a una integración conómica de Latinoamérica y, al propio tiempo, superar la actual crisis del comercio exterior con el resto del mundo, con una mejora de la hoy deteriorada relación de intercambio que posibilite el desarrollo.

La toma de conciencia que hace la CEPAL es, pues, un auténtico programa de actuación: reforma social, planificación, integración supranacional, reestructuración del comercio exterior. Aunque, como el mismo informe reconoce, es también hoy por hoy una utopía. La planificación se enfrenta con inconvenientes técnicos nada despreciables, teniendo en cuenta el retraso cultural de toda el área y la reforma social con los obstáculos que están dispuestos a oponerle los grupos interesados en ello. Pero no olvidemos que la CEPAL está integrada por expertos gubernamentales y que, por tanto, su informe no podía abocar a la autocondena. Aborda entonces la vía de la ambigüedad y hace notar que «numerosos países han emprendido reformas agrarias e impositivas o proyectan hacerlo, aunque hay diferencias en la naturaleza y en la intensidad con que se están ejecutando» o que, «por suerte, han aparecido también, en muchos de nuestros países, grupos importantes de hombres de empresa y dirigentes de opinión que han sido capaces de comprender y alentar los cambios de estructura que exigen el desarrollo económico y el mejoramiento social». Nuestra pregunta sería: ¿dónde?

En apariencia, el aspecto en que el camino recorrido hacia las posibles soluciones es digno de mención, es el del comercio exterior. A la integración centroamericana ha seguido el proyecto de área de libre comercio que es el ALALC, con Argentina, Brasil, Chile, México, Paraguay, Perú y Uruguay, y en la coordinación de la política comercial han supuesto un sensible paso adelante —que más tarde comentaremos— las reuniones de Brasilia y Alta Gracia. También cabe resaltar como hecho positivo la creación del Banco Interamericano de Desarrollo. Respecto a la Alianza para el Progreso, es preciso reconocer que «sus resultados no han correspondido hasta ahora a las metas perseguidas ni a las esperanzas que en ese programa se cifraban al comienzo».

De cualquier forma, no existe articulación entre los objetivos perseguidos por las nuevas instituciones y sus modestos logros. Sin duda alguna, la estructura social actual es aquí el condicionante decisivo y, añadimos nosotros, unas acciones emprendidas en un ámbito restringido y parcial y aun entonces con manifiesta insinceridad, no podían

llegar a los efectos totales que sus puntos programáticos manifestaban. Pero como el estudio advierte, se trata de «encontrar el equilibrio entre una reforma social y económica distributiva y un adecuado estímulo a la inversión privada».

Esta es la senda seguida por una proporción mayoritaria de los países de la CEPAL en el mejor de los casos; pero existe una excepción, inclinada decididamente hacia el primer término de la supuesta identidad. En el presente, el problemático desarrollo económico se aborda en Iberoamérica por dos vías radicalmente diferenciadas, tanto política como económicamente. La denominación *América latina, excepto Cuba* que emplea el informe es muestra de esa separación en él adoptada y que nosotros seguiremos. En sólo cinco años la problemática interna de ambas áreas ha experimentado un corte radical, y sólo en el ámbito del comercio exterior cabe situar una coincidencia. Con todo, el plazo aún es corto para establecer conclusiones definitivas.



Comencemos por «América latina, excepto Cuba». El primer problema suscitado es el del lento ritmo de crecimiento económico de los últimos años que, por otra parte, no hace sino prolongar una tendencia iniciada en 1955. Si el crecimiento de la renta *per capita* en toda el área es del 2,9 por 100 en 1960, desciende a 2,6 por 100 en el año siguiente, siendo de estancamiento 1962 y llegando a disminuir en 1963. ¿Razones de este empeoramiento? Las fluctuaciones de la producción interior y el deterioro progresivo de la relación del intercambio. Ahora bien, los datos conjuntos encubren la disparidad de situaciones parciales, pues de hecho, si hubo zonas regresivas, como Argentina y Uruguay, otras experimentaron franca expansión, como Centroamérica, Ecuador y México. A la tendencia general respondieron, con fuertes caídas en el ritmo de crecimiento, Brasil y Chile, y en forma mitigada Colombia, Venezuela y Perú. En todo caso un desenvolvimiento global más lento que el de otras regiones mundiales, con lo que el desfase actual no puede sino agravarse.

Pasando al análisis sectorial, vemos en primer término cómo el agropecuario no mostró cambios apreciables en los últimos cuatro años, pues el considerable progreso agrícola—dentro de la tónica de bajos rendimientos—fué compensado en la ganadería por una pérdida en relación al crecimiento demográfico. El sector industrial vió atenuarse la marcha satisfactoria de los años cincuenta, en buena medida por las depresiones que la acentuada reducción de la demanda y la fuerte inflación ocasionaron, respectivamente, en Argentina y Bra-

sil, que concentran los dos tercios de la producción. Si bien en su ámbito parcial se observase un gran incremento en la rama siderúrgica, elevándose la producción de acero en bruto en un 45 por 100 entre 1960 y 1963.

En los transportes, el realizado por carretera aumentó a costa de la navegación y, sobre todo, del ferrocarril, manteniéndose en general las tendencias de la postguerra. Por fin, dentro de su pobre nivel, el incremento en el consumo de energía ha sido apreciable, aun parcialmente compensado por la creciente población, y así, si el consumo total fué en 1963 entre el 25 y el 30 por 100 superior a 1958, el realizado por habitante sólo el 7 por 100. Es, además, de señalar que los problemas de la energía resultan tal vez los mejor tratados en el *Estudio* que viene sirviéndonos de base.

Por último, con el sector «vivienda» rozamos ya temas sociales, marginados anteriormente al no figurar datos de distribución de renta. Y, según los expertos de la CEPAL, hay que resaltar «la enorme desproporción entre la gravedad del problema y la modestia de los esfuerzos por resolverlo». El planteamiento es sencillo: la construcción de viviendas no es suficiente para absorber el crecimiento demográfico. De aquí que proliferen los alojamientos, las viviendas inferiores de toda especie. El 14 por 100 del aumento de población en Chile y el 19 por 100 en Venezuela fué a parar a viviendas improvisadas. Otro tanto cabe decir en relación a los suburbios: los *favelados,* por ejemplo, constituyen en Río el 38 por 100 de la población y el 50 por 100 en Recife. Colombia, Chile, México, Venezuela y Uruguay ofrecen casos similares. En Perú (1961) el 39 por 100 de la población habita alojamientos de un solo hueco; el 70 por 100, chozas de caña o barro. «El problema habitacional de América consiste, por tanto, en asegurar en primer término la provisión de viviendas mínimas adecuadas para los grandes sectores de la población que hoy viven en tugurios.»

Llegamos así a uno de los ejes de la economía iberoamericana: el comercio exterior. Es un hecho que el progresivo empeoramiento de la relación de intercambio con el resto del mundo, inferior para 1963 en un 8 por 100 respecto a 1958, ha sido una de las causas fundamentales de la depresión en los últimos años. «América latina sigue perdiendo terreno en el abastecimiento de otras áreas—nos dice el *Estudio*—, o, lo que es lo mismo, la demanda de importaciones de los países industrializados se vuelca con mayor intensidad en los países industrializados o en otras regiones en vías de desarrollo.»

No obstante, ha sido este sector económico el único en que los gobiernos de Iberoamérica se han decidido a obrar conjuntamente y con energía, tal vez por ser el que no requería unas reformas de es-

tructuras internas para alcanzar las soluciones. El resultado fueron las conferencias de Brasilia y Alta Gracia (Argentina), de la primera de las cuales nos habla el segundo libro —*El comercio internacional y el desarrollo de América latina*— que comentamos.

La reunión que congregó en Brasilia a 104 expertos en política comercial de diecinueve países americanos estuvo movida por ese declive del comercio exterior a que venimos aludiendo. «El lento ritmo de crecimiento —explican las consideraciones generales— de las exportaciones y el desmejoramiento de la relación de precios de intercambio han limitado la capacidad de compra con el extranjero, al mismo tiempo que crecían las necesidades de importación por efecto de las exigencias del propio desarrollo, acentuando desequilibrios y creando presiones difíciles de contener». Las medidas acordadas para superar esta situación pueden concretarse en cuatro grandes puntos: integración económica de América latina, nueva actitud de los países desarrollados, ampliación de los mercados ya existentes y, en fin, reestructuración institucional del comercio mundial, basada en un trato diferencial en favor de los países en vías de desarrollo.

Resuélvanse o no los problemas de comercio exterior, se alcanzará con ello sólo un logro parcial que, en las condiciones actuales, se traduciría en un incremento mayor o menor del ritmo de progreso sin alterar las estructuras de base. Insistiendo en una idea sustentada por él en múltiples ocasiones, escribió hace algún tiempo el profesor Sampedro que «los economistas no hacen milagros». Y milagro sería el desarrollo económico de Iberoamérica en las condiciones actuales. Sólo hace falta una ojeada al estudio de la CEPAL para comprobarlo.



Si ésta es la situación de «América latina, excepto Cuba», cabe preguntarse por la suerte corrida por el miembro disidente en sus cinco años de «rebeldía». Porque no hay duda alguna que los dirigentes de La Habana han acometido sin contemplaciones la planificación integral y la reforma de las estructuras sociales tan temidas en el resto del continente. En lo posible, la respuesta viene dada en las treinta últimas páginas del *Estudio económico*, precedida de un oportuno análisis de los instrumentos institucionales empleados por el Gobierno castrista para alcanzar sus objetivos.

A la nacionalización progresiva de los medios de producción, acompañó el establecimiento de la Junta Central de Planificación (JUCEPLAN), encargada de elaborar las directrices político-económicas a partir de los objetivos generales propuestos desde los ministerios.

En la programación de inversiones, JUCEPLAN distribuye los recursos de inversión entre los distintos sectores y los proyectos de desarrollo social. El sector agrícola, por su parte, se halla bajo la jurisdicción del Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA), que controla directamente las tierras nacionalizadas (las mayores de 67 hectáreas) y dirige los planes de producción de la propiedad privada, integrada en la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP). El control estatal alcanza asimismo al 90 por 100 de la industria, en torno a 74 grandes «empresas consolidadas», cuyos balances se integran directamente en el presupuesto estatal, mecanismo básico de asignación de fondos y control financiero. Como es lógico, la planificación comprende plenamente la comercialización de los bienes.

¿Cuáles fueron los efectos de semejante reforma? En 1959 y 1960, sin lugar a dudas, un rápido crecimiento. «La reforma agraria y la reforma urbana, al transferir una porción de la renta de la tierra y de la propiedad inmueble a los campesinos en el agro y a los inquilinos de viviendas en la ciudad, aumentaron el ingreso real y fortalecieron el poder de compra de estos grupos».

Aumentos de salarios, rápida expansión del empleo y nuevos servicios sociales completaron el proceso de redistribución de la renta.

El crecimiento, sin embargo, se vió considerablemente frenado en los dos años siguientes. Factores internos (salida de personal técnico, inestabilidad de la propia transición) y exteriores (actitud de Estados Unidos) intervinieron en ello. La crisis de la producción azucarera llevó a ésta en 1963 a un nivel inferior en un 30 por 100 a 1957. A pesar de ello, el crecimiento del producto industrial, excluído el azúcar, es de un 7,7 por 100 anual. Ha sido precisa, además, una reestructuración del comercio exterior, que se ha transferido de Estados Unidos a los países socialistas, y el deterioro constante de la balanza de pagos vino a cooperar en la creación de un grave proceso inflacionario. Compensado por el constante crecimiento de los servicios sociales (educación, salud pública) y por la superación del desempleo o subempleo crónicos, aumentando la ocupación de la fuerza de trabajo entre un 20 y 25 por 100 respecto a 1957.

En conjunto, el crecimiento real de 1961 a 1963 ha sido anualmente del 1,7 por 100, similar al de la población. «Las ramas más dinámicas de la economía han estado, en general, constituídas por el producto industrial, seguido por la producción agrícola de alimentos para el consumo interno y la construcción», y la más crítica, sin duda, la industria azucarera, de influencia decisiva en la descendente balanza comercial. Es muy elevado el ritmo de formación de capital, que llegó a un 19 por 100 en el último trienio.

Hoy, los tres grandes objetivos que persigue la política económica de Cuba son: expansión de las exportaciones de azúcar, diversificación de la agricultura y aumento de la ganadería y, por último, industrialización basada en industrias ligeras.

Con este examen de la economía cubana se cierra el estudio de la CEPAL, cuyos puntos fundamentales hemos tratado de recoger. En sus páginas pueden seguirse con todo detalle las dos vías seguidas por Iberoamérica en la década del desarrollo, y si aún es pronto para enjuiciar a una de ellas, está claro que la otra, al menos en su condición actual, resulta inservible. Además, es evidente que América latina, como el resto del tercer mundo, no puede limitarse a seguir las pautas de crecimiento económico establecidas por Europa, en cualquiera de sus dos versiones. Sería, por tanto, válida la advertencia con que Frantz Fanon concluye su discutida y discutible obra *Los condenados de la tierra:* «Si queréis responder a las esperanzas de vuestros pueblos, no hay que fijarse solamente en Europa.»

Antonio Elorza
Cuesta de Santo Domingo, 20
Madrid



BRUJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas

ALGO MAS SOBRE ANTONIO MACHADO Y VALLE-INCLAN

Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido.
(Retrato, «Campos de Castilla».)

En una entrega anterior de esta revista (núm. 160, abril de 1963, páginas 6-17), Alfredo Carballo Picazo publicó una interesante e inteligente nota sobre las relaciones literarias y amistosas que existieron entre Antonio Machado y Valle-Inclán. Aunque el autor del aludido trabajo ha logrado reunir la documentación más significativa y cumplir así con su tarea de crítico, quisiéramos agregar aquí unos detalles más sobre el tema.

Primero, veamos en qué consiste el aporte de Carballo Picazo. Sin duda la novedad bibiográfica de mayor importancia en su bien documentado estudio es la reproducción íntegra (pp. 14-17) del prólogo que en 1938 hizo Antonio Machado para la edición barcelonesa de *La corte de los Milagros,* de Valle-Inclán (1). No deja de transcribir, por lo demás, la carta en la cual Machado se dirige a Valle, en 1916, para acusarle recibo de *La lámpara maravillosa* (2). Carballo Picazo recuerda también los conocidos homenajes poéticos de Antonio Machado a Valle («Esta leyenda en sabio romance campesino», «Yo era en mis sueños, don Ramón, viajero» e «Iris de luna» (3); se copian algunos

(1) En una nota final (p. 17), Carballo Picazo se refiere a un texto de Machado titulado «Valle-Inclán», que se publicó en *Novedades* (año XXI, número 5.504, 13 de mayo de 1956, p. 3), y que no ha podido examinar. Conviene señalar aquí que el texto reproducido en el diario mejicano es el mismo prólogo de ANTONIO MACHADO a *La corte de los milagros.*

En un artículo reciente («Teorías literarias de Antonio Machado», *La Torre,* XII [núms. 45-46 enero-junio de 1964, pp. 297-312]), Guillermo de Torre, al ocuparse de ciertos escritos de Machado sobre libros recién aparecidos, alude a este mismo prólogo «de circunstancias» (p. 303), y más adelante dice «un escrito todavía más ocasional, o menos espontáneo que otros, fué el prólogo que escribió para una reedición de *La corte de los milagros,* de Valle-Inclán, y que en rigor se reduce a una semblanza donde reaparecen algunos de los rasgos y anécdotas ya conocidos» (p. 305). Se reproduce también un pequeño fragmento del texto en cuestión (pp. 305-306).

(2) Se recordará que esta carta apareció en *Indice,* IX (núms. 74-75, abril-mayo de 1954), p. 23.

(3) Hace bien Carballo Picazo en reproducir el poema tal como aparece en *La Pluma,* lo cual permite cotejar con facilidad la versión primitiva con la defi-

importantes textos de Machado tomados de *Juan de Mairena* y *Los complementarios* (4); y, por último, basándose en las biografías de Valle por Melchor Fernández Almagro y por Gómez de la Serna, el autor del trabajo que glosamos puntualiza varios encuentros literarios de diversa índole (las tertulias en el nuevo Café de Levante y en otro punto de reunión con Rubén Darío; el manifiesto que ambos firmaron contra Echegaray; el documento de 1915, mediante el cual ciertos escritores expresaron su apoyo a los aliados; etc.), inclusive el viaje que hicieron los dos a Granada para asistir a la representación de la versión de *Andrea Doria*, por Valle, y en la cual actuaba Ricardo Calvo (5). En esta forma, pues, Carballo Picazo ha estudiado el duradero

---

nitiva que figura con título de «Iris de la noche» en las varias ediciones modernas de las *Poesías completas*, de MACHADO.

Al estudiar ciertas dedicatorias desaparecidas o cambiadas en su trabajo «Amistades de Antonio Machado» (*Insula*, XIV [núm. 158, enero de 1960], pp. 3 y 15), ORESTI MACRÍ, naturalmente, llama la atención sobre el «maestro» que se suprime de la dedicatoria de «Iris de la noche», y, sobre el particular, escribe: «Admiración quedó, sí, mucha, y otra prueba es el estupendo soneto (en la CLXIV), titulado «A Don Ramón de Valle-Inclán...» (p. 15). Por lo demás, al citar la última estrofa de esta poesía, en la cual aparece el verso «Por qué faltó mi voz en tu homenaje», afirma el crítico: «Toda la CLXIV tomó parte de *Nuevas canciones*, que se publicaron en 1925 (*sic*), pero llevan las fechas 1917-1920. Yo no sé si hubo en este tiempo algún homenaje colectivo, al cual don Antonio no pudo o no quiso participar, en el caso de que los versos aludan a tal acto. Si no lo hubo, creo que hay referencia —no sólo a la exclusión de la dedicatoria de «Canciones» en *Soledades* y del título de «Maestro» en la dedicatoria de «Iris de la noche»—, sino también a otra señal de descuido por parte de Machado, lo que debió de irritar a tal campeón del *irritabile genus*...» (*Ibidem*). Sin olvidarnos de la pequeña discrepancia en cuanto a las fechas, nos preguntamos si en el verso transcrito del soneto Antonio Machado no se refería al homenaje que los escritores ofrecieron a Valle el 1 de abril de 1922, en Fornos, a raíz de su regreso de Méjico. Así parece creerlo también Carballo Picazo (p. 10). No hemos podido precisar si asistió o no Antonio Machado a este banquete.

Quisiéramos agregar aquí un juicio de Juan Ramón Jiménez sobre esta composición dedicada a Valle: «Toda esta noche de luna alta, luna que viene de España y trae a España con sus montes y su Antonio Machado reflejados en su espejo melancólico, luna de triste diamante azul y verde en la palmera de rozona felpa morada de mi puertecilla de desterrado verdadero, he tenido en mi fondo de despierto dormido el romance «Iris de la noche», uno de los más hondos de ANTONIO MACHADO y uno de los más bellos que he leído en mi vida...». Citamos, según RICARDO GULLÓN, «Prosa y verso de Juan Ramón Jiménez a Antonio Machado», *La Torre*, VII (núm. 25, enero-marzo de 1959), p. 215.

(4) Atinadamente, Carballo Picazo afirma: «Carecería de sentido enumerar las veces que Machado cita a Valle-Inclán en sus obras» (p. 12). Tan sólo recordamos otras dos mínimas alusiones a Valle no recogidas por el crítico, y su importancia nos parece bien nula. Cf. *Los complementarios y otras prosas póstumas* (Buenos Aire, 1957), pp. 199 y 240.

(5) De Oreste Macrí (Poesie di Antonio Machado, Milán, 1959) toma Carballo Picazo el dato sobre este viaje e indica que era de 1903. En cambio, Miguel Pérez Ferrero, el biógrafo de los hermanos Machado, se refiere al mismo viaje a Granada, emprendido por la invitación de Valle, pero, según él, debiera fecharse hacia finales de 1902. Además, Pérez Ferrero afirma que el primer libro de Antonio Machado se publicó en 1902, durante su ausencia en Granada, con fecha adelantada de 1903. MIGUEL PÉREZ FERRERO: *Vida de Antonio Machado y Manuel* (Madrid, 1947, p. 108).

Por su parte, Gabriel Pradal Rodríguez recuerda el mismo viaje y escribe que Antonio Machado «...no regresa a Madrid hasta entrado el año de 1903».

afecto y admiración que Antonio Machado profesaba por Valle-Inclán. Se nos ha ocurrido ahora recoger unos cuantos datos más sobre la amistad que existía entre ambos escritores, tan diferentes al menos en los aspectos más visibles de su obra y de su personalidad humana, y añadir a la vez unos breves comentarios sobre los textos correspondientes.

No sabemos con exactitud cómo y en qué fecha comenzó esta amistad. Después de la muerte del escritor gallego, en su artículo de 1936, Antonio Machado afirma: «Juan de Mairena conoció a Valle-Inclán hacia el año 95; escuchó de sus labios el relato de sus andanzas en Méjico, y fué uno de los tres compradores de su primer libro, *Femeninas*...» (6). No está de más recordar otro texto de Machado, en que dice haber conocido a Valle, después del primer viaje de éste a Méjico (1892), «cuando él era un hombre en plena juventud, y yo poco más que un adolescente» (7). Luego, en el mismo escrito, recuerda un encuentro posterior en el antiguo Café Colonial, presentado por Manuel Sawa, hermano del pintoresco Alejandro. Con excepción hecha de las ya citadas palabras de Antonio Machado, no conocemos otros testimonios sobre los primeros contactos entre los dos escritores. Pensamos, sin embargo, que los encuentros se hicieron más frecuentes y que esta amistad se estrechó hacia 1900, si no un poco antes, una vez que Valle radica definitivamente en Madrid. Tratemos de reconstruir algunos hechos pertinentes que remontan a aquellos años, época en que ya empezó a formarse el núcleo de escritores que pronto iban a renovar con tanta fortuna las letras peninsulares.

Los hermanos Machado, al estallar la guerra de 1898 se hallaban en Sevilla, pero pronto regresan a Madrid. De aquella época Pérez Ferrero, en su biografía de los Machado, recuerda cómo se había formado una reunión de jóvenes en el Lion d'Or, y luego nos hace el retrato de uno de los contertulianos: Ramón del Valle-Inclán (8). Cabe preguntarnos si también coincidieron en el Café de Madrid, allá por 1897 o 1898, escenario de las reuniones evocadas por Ricardo Baroja,

---

«Antonio Machado: Vida y obra», *Revista Hispánica Moderna*, XV (núms. 1-4, enero-diciembre de 1949, p. 15).

Sin embargo, Machado mismo, en su conocida nota autobiográfica de 1931, dice: «De 1903 a 1910, diversos viajes por España: Granada, Córdoba, tierras de Soria, las fuentes del Duero, ciudades de Castilla, Valencia, Aragón.»

Que sepamos, los biógrafos de Valle-Inclán no hacen mención de este viaje con Machado a Granada.

(6) *Juan de Mairena*, II (Buenos Aires, 1942, p. 15).

(7) Esta frase se halla en el ya aludido prólogo a *La corte de los milagros*, de Valle. No parece lógico hacer remontar un primer encuentro entre los dos escritores a la primera época madrileña de Valle-Inclán (1890-1892), y los textos citados confirman que se conocieron después del primer viaje de Valle a Méjico (1892). Recordemos aquí que Valle radica de 1893 a 1896 en Pontevedra, donde se publica su primer libro, y es probable que no regrese definitivamente a Madrid hasta el invierno de 1896-1897.

(8) MIGUEL PÉREZ FERRERO, *ob. cit.*, pp. 85-86.

cuyos asistentes pronto se dividieron en dos grupos con sede en la Cervecería Inglesa y la Horchatería de Candela (9). Sea lo que fuere, quisiéramos señalar otro testimonio significativo que data de los primeros años de la amistad entre Machado y Valle. En 1901, después de haberse herido en el pie de un pistoletazo en circunstancias archisabidas, Valle tiene que guardar cama por unos meses. A esta herida alude Machado en su prólogo a *La corte de los milagros*. Por lo visto, iba a visitarle con cierta frecuencia y cuenta Valle lo siguiente:

> ... Estuve tres meses en cama, me olvidé de las minas de la Mancha y escribí unas *Memorias*... Se las leí a Antonio Machado y a Francisco Villaespesa. Este, no bien hube terminado la última cuartilla, dijo alborozado: «¡Eso se parece a *La Virgen de la Rosa*, de D'Annunzio!» Y Machado añadió: «¡Es magnífico!» Antonio me aconsejó que publicase mis cuartillas cuanto antes. Aquellas *Memorias* son *Sonata de Otoño*. Escribí con facilidad. Tenía un sentido literario y sentía un vivo desprecio por quienes escribían sin saber hacerlo y a quienes los diarios trataban de «maestros»... (10).

No vemos, en este caso, motivo alguno para dudar de la veracidad de estos recuerdos de Valle-Inclán.

Otra posibilidad, quizá algo indirecta e hipotética, para puntualizar las tempranas relaciones literarias entre Machado y Valle sería indicar con toda brevedad las revistas renovadoras, cuyas páginas se enriquecieron con las firmas de los que en aquel entonces eran noveles escritores. Basándonos en las normales fuentes de consulta sobre las revistas de fines de siglo y principios del actual, destacamos que ambos colaboraron en *Electra* (1901), importante órgano del primer modernismo colectivo, aunque su título se deriva de la obra de Galdós recién estrenada, y al año siguiente sus firmas aparecen también en *La revista ibérica* (1902), de Villaespesa. Valle, como bien se sabe, mandaba sus cuentos y varios fragmentos en prosa a otras revistas del período (*Germinal, La vida literaria, Revista nueva, Juventud, Alma española*), pero menos frecuente en las revistas de la época es el nombre de Antonio Machado, lo cual se debe, por lo menos en parte, a sus ausencias de España en 1899 y 1902, hasta la aparición en 1903 de *Helios*, publicación animada por Juan Ramón Jiménez, en la cual falta la firma de Valle, aunque por lo visto había prometido al editor colaboración gratuita.

---

(9) RICARDO BAROJA: *Gente del 98* (Barcelona, 1952, pp. 16 y ss.). Notamos que el autor no menciona a los hermanos Machado entre los contertulios de este grupo de artistas, pero sí figuran, por supuesto, sus nombres entre los literatos que iban a las reuniones del Café de Levante (pp. 49-50).

(10) FRANCISCO MADRID: *La vida altiva de Valle-Inclán* (Buenos Aires, 1943, página 62).

A partir de 1907, año en que Antonio Machado se traslada a Soria, su presencia en Madrid se hace seguramente menos regular, pero de la época anterior a la fecha de su partida para ocupar su cátedra en el Instituto soriano datan otros contactos entre los dos escritores. Sin duda coincidieron de vez en cuando en sus visitas a Juan Ramón Jiménez, recluído en aquel entonces (1901-1903) en el Sanatorio del Rosario, en Madrid (11). Otro dato significativo no mencionado por Carballo Picazo, al recordar las composiciones poéticas de Machado que llevan dedicatoria a Valle, es el siguiente: en la edición de 1903 de *Soledades*, la sección llamada «Canciones» en ediciones posteriores, cuyo título primitivo era «Salmodias de Abril», estaba dedicada a don Ramón del Valle-Inclán. La dedicatoria, así como el título original y varias poesías, desaparecen en las ediciones definitivas de la poesía de Antonio Machado (12). Para completar las indicaciones de la estima en que Machado tenía a Valle hacia aquellos primeros años del siglo actual, no olvidemos que el conocido soneto escrito para *Flor de santidad* puede fecharse en *1903 ó 1904* (*13*). Finalmente, hay testimonio de que se encontraron, hacia 1906, en el Café Europeo, otro de los muchos que frecuentaba Valle (14). Como advierte Carballo Picazo, la vida separaba y unía en años posteriores a los dos amigos. Machado estaba en Soria, en Baeza y en Segovia; Valle había ido a la Argentina, otra vez a Méjico y en distintas épocas se ausentaba de Madrid para vivir en Galicia. Indudablemente, se carteaban y se mandaban libros. Elocuente testimonio es la carta de 1916, ya mencionada, y en ella también alude Machado a una visita proyectada a Valle en Galicia, la cual no pudo realizarse por un asunto familiar.

---

(11) Juan Ramón Jiménez recuerda cómo en aquel entonces le visitaban varios escritores, entre ellos los Machado y Valle-Inclán. Cf. «Ramón del Valle-Inclán (Castillo de quema)», artículo publicado en *El Sol* (1936), que citamos según *Páginas escogidas. Prosa* (Madrid, 1958, p. 135).

(12) Dámaso Alonso advierte el dato al reproducir algunas composiciones olvidadas de Machado en su estudio «Poesías olvidadas de Antonio Machado», *Poetas españoles contemporáneos* (Madrid, 1952, p. 126, nota 16). Cf. también Oreste Macrí: «Amistades de Antonio Machado» (p. 15). En su trabajo «Antonio Machado's, *Soledades* (1903): a critical study», *Hispanic Review*, XXX (1962, pp. 194-215), el hispanista inglés Geoffry Ribbans no menciona esta dedicatoria, ni su eliminación posterior.

(13) Como recuerda Macrí en el ya citado trabajo «Amistades de Antonio Machado», este soneto figura en *Soledades* (1907), pero no aparece en «Elogios», de *Campos de Castilla* (1912), ni en las *Páginas escogidas* (1917). Luego se pregunta Macrí: «*¿Fué éste el motivo por el que se enojó cada vez más aquel hombre tan ufano, raro y magnífico?* Si es así, don Antonio, el mismo 1917 de *Páginas escogidas*, tuvo que recoger el soneto en *Poesías completas* y empezó a escribir el soneto, que apareció, se ha visto, en *Nuevas canciones* (p. 15)». Ricardo Gullón, por su parte, logra demostrar con claras pruebas cómo Machado solía traspapelar poemas al preparar las ediciones de sus obras. Cf. «Mágicos lagos de Antonio Machado», *Papeles de Son Armadans*, VII (núm. LXX, enero de 1962, páginas 26-61).

(14) Pérez Ferrero, *op. cit.*, p. 115.

Vistas las muchas expresiones de afecto y admiración por Valle que aparecen en la obra de Antonio Machado y, sobre todo, en los textos elogiosos de *Juan de Mairena* y de *Los complementarios*, ¿correspondió Valle en igual forma a las citadas muestras de amistad por parte de Machado? En el caso de Valle-Inclán, no muy pródigo en sus alabanzas de otros escritores, no disponemos de la necesaria documentación para comprobar con citas textuales la admiración que seguramente tenía por el poeta Machado. Además, no siempre están al alcance del investigador páginas ocasionales (entrevistas, conferencias) del escritor gallego donde pudiera haber incluído elogios sobre la obra y la persona del poeta. Recordemos, no obstante, dos breves alusiones que se encuentran entre las páginas dispersas de Valle-Inclán. En Buenos Aires, adonde había ido en 1910, Valle dictó cuatro conferencias, y de la que dedicó al tema del modernismo copiamos el siguiente fragmento, que también interesa por la alusión a Galdós (15):

---

(15) En su prólogo a *La corte de los milagros*, de Valle, Machado también se refiere en dos ocasiones a Pérez Galdós. Primero, menciona brevemente las adaptaciones escénicas del novelista y luego continúa diciendo: «... Don Ramón, que escribe para la posteridad y, por ende, para los jóvenes de hoy, olvida a veces lo que nunca olvidaba Galdós: mostrar al lector el esquema histórico en el cual encuadraba las novelas un tanto frívolas de sus *Episodios nacionales*. Pero don Ramón, aunque menos pedagogo, es mucho más artista que Galdós, y su obra es, además, mucho más rica de contenido histórico y social que la galdosiana.»

Si bien rebasa el modesto intento de la presente nota, nos parece de gran interés el estudio de las relaciones literarias entre Valle Inclán y Pérez Galdós, aunque a estas alturas es sumamente difícil de reconstruir con completa fidelidad las opiniones a veces contradictorias y arbitrarias de Valle. El comentario de Carballo Picazo (p. 16, nota 20) se limita a la mención de ciertas páginas de Fernández Almagro y Gómez de la Serna, en las cuales ambos hablan de cómo se metió con Galdós por lo de *El embrujado*, y Fernández Almagro cita la tantas veces repetida frase despectiva «don Benito el Garbancero» *(Luces de bohemia*, escena cuarta).

Como decíamos, éste no es el lugar más apropiado para ocuparnos del tema. No cabe duda que Valle atacaba con frecuencia a Galdós, pero, por otra parte, ciertos textos tienden a revelar que a veces sus ideas sobre el novelista se acentuaban de modo algo contradictorio. Cronológicamente, habrá que recordar la reseña, más o menos benévola, que Valle escribe sobre *Angel Guerra (Publicaciones periodísticas de don Ramón del Valle-Inclán anteriores a 1895)* (Méjico, 1952, pp. 56-59), y sobre este mismo escrito véase el penetrante comentario de José F. Montesinos, NRFH, VIII (núm. 1, 1954, pp. 93-94). Ultimamente, EMMA SUSANA SPERATTI PIÑERO («Los últimos artículos de Valle-Inclán», tirada aparte de las *Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas*, 1964) alude a «su marcadísima antipatía hacia Benito Pérez Galdós» (p. 6), y luego afirma, refiriéndose al mismo texto temprano de Valle: «... Indudablemente, por lo menos, la figura de Galdós que nos presenta Valle en su último artículo difiere mucho de la que había presentado años atrás» (p. 7).

Del libro de Francisco Madrid *(op. cit.*, p. 296) transcribimos el siguiente fragmento: «En otra ocasión, hablando de Pérez Galdós, apuntó don Ramón: —Don Benito es pintoresco e intenso. La misma exuberancia de sus obras ha perjudicado el valor intrínseco de las mismas. Pero a pesar de eso, Galdós ha sido el redentor de nuestro teatro. Nadie antes que él había llevado a la escena los vastos problemas. *Realidad* fué el preludio de una renovación gloriosa. Reinando Echegaray, todo era arbitrariedad ampulosa y vana retórica. ¡Lo que tendría que luchar Galdós con los cómicos! *Alma y vida*, tan fresca y tan delicada, fué verdaderamente escarnecida por quienes la estrenaron...». Y estos elogios del Galdós

En la literatura, Unamuno, Benavente, Azorín, Ciges Aparicio, Baroja, los Machado, Marquina y Ortega y Gasset tienen un sentido nuevo de patria. Aman la novela regional, en su tradición, no en aquellos de sus hombres, que nada valen y que nada representan. El patriotismo consiste en imponer lo grande y no en dejar que la audacia vanidosa se imponga. Tal fuerza anima y vive en la obra de los nuevos escritores.

Aparecen en un momento agitado en España y traen el sentimiento de la patria, no la patria bravucona y pendenciera, que oculta los defectos y se lía la manta a la cabeza, sino la de los que se imponían por criterio único ser los mejores. Su patriotismo no es el de la ascensión.

Entre los precursores del modernismo hay que señalar a Pérez Galdós. Galdós marca los senderos de la tradición y va contra los «patriotas» que reniegan de la historia para ver tan sólo las acciones de los hombres (16).

Años más tarde, cuando hubo vacante en la Academia de la Lengua por la muerte de Gómez de Baquero, Valle escribe estas palabras, en las cuales vuelve a figurar el nombre de Machado en una nómina: «... En la Academia hay ahora tres nobles escritores electos: Benavente, Pérez de Ayala y Antonio Machado. Y fíjense. Retardan cuanto pueden leer sus discursos. Benavente acaba de insinuar que no lo leerá nunca...» (17).

Si bien los textos en cuestión demuestran el alcance de una sincera amistad y admiración literaria entre Antonio Machado y Valle-Inclán, lo más significativo para nosotros es que revelan de nuevo la necesidad de no insistir demasiado con esquemas simplistas en la dicotomía tantas veces establecida entre los noventayochistas y los modernistas (18). En este caso, las apreciaciones de Machado sobre Valle tienen para la crítica la innegable importancia de contribuir, en grado mínimo quizá, al estudio íntegro y no disociador de una significativa etapa en el desarrollo de las letras españolas. Frente a la tesis discriminatoria y escisionista, ciertos críticos autorizados, como Del Río y, últimamente, Ricardo Gullón, han empezado ya a revisar la historiografía literaria del período, lo cual nos permite una mayor comprensión del panorama total. Aunque los escritores no siempre se veían con mutua estima,

---

dramaturgo parecen coincidir con lo que recuerda C. R. C. (Cipriano Rivas Cherif) en su nota «Más cosas de Don Ramón», *La Pluma* (núm. 32, enero de 1923, página 94).

(16) FRANCISCO MADRID, *ob. cit.*, pp. 200-201.

(17) *Ibidem*, p. 335.

(18) La carta de Machado a Valle reproducida en el ya citado número de *Indice* le ha sugerido a J. A. Valente una breve pero acertada nota titulada «Modernismo y 98», en que combate también los fáciles esquemas que dividen de modo tajante a los escritores de la época en dos grupos antagónicos. *Indice*, IX (números 74-75, mayo-junio de 1954, pp. 22-23).

habrá que tener en cuenta los fecundos contactos espirituales y literarios que existían muchas veces entre artistas clasificados, de modo convencional, bajo los rótulos distintos de la generación del 98 y el modernismo. Así es que el modernismo quedó reducido a sus elementos más exteriores, superficiales y pasajeros. No olvidemos que en sus ya clásicas definiciones, Federico de Onís y Juan Ramón Jiménez proponían unas fórmulas amplias para caracterizar con mayor fidelidad el complejo y fluido fenómeno que llamamos modernismo. También en su libro reciente, *Direcciones del modernismo*, Ricardo Gullón, con gran acierto, parte precisamente de Juan Ramón Jiménez, que consideraba el modernismo como una actitud y como una época. He aquí, pues, que Antonio Machado y Valle-Inclán, que suelen ser clasificados en los antípodas de este movimiento literario, están esencialmente emparentados en más de un aspecto, aunque su literatura, vista superficialmente, parece en ocasiones tomar rumbos opuestos.—ALLEN W. PHILLIPS.

EL JOVEN TEATRO

Algunos amigos extranjeros suelen preguntarnos, al hablar de teatro español: «¿Qué autores ha habido después de García Lorca?» Hasta cierto punto, cabría afirmar que ésta es una pregunta típica.

Hay también otra pregunta típica que oímos formular con frecuencia a las gentes de letras que, sin embargo, viven muy al margen del hecho teatral (lo cual, a su vez, es un singular fenómeno). Esa pregunta viene a ser así: «¿Qué autores han surgido después de Buero Vallejo y Alfonso Sastre?».

Con posterioridad a la aparición de estos dos dramaturgos —que Torrente Ballester, en reciente ocasión, definió como las dos primeras figuras de nuestra actual literatura dramática—, aparición que data de los años cincuenta (la primera obra de Buero, *Historia de una escalera*, se estrenó en 1949; *Escuadra hacia la muerte*, la primera obra importante de Sastre, se estrenó en 1953), han venido haciendo acto de presencia en nuestros escenarios una serie —muy abundante— de nuevos autores, de entre los que parecen destacarse, como los de más óptimas condiciones dramáticas, Rodríguez Budez, Lauro Olmo, Carlos Muñiz, Alfredo Mañas y alguno más. Sin embargo, no se agota la nómina en cuatro o cinco nombres. Por el contrario, la nómina es, como digo, muy extensa. Cabe preguntarse, claro está, si cada uno de los autores que

han estrenado alguna obra la última década debe situarse ya, sin más, en una posible «nueva oleada» de nuestro teatro (semejante a la «nueva oleada» de novelistas, de que nos habla Eugenio García de Nora en su estudio *La novela española contemporáneo,* o a la «nueva oleada» de poetas de que nos habla Castellet en su antología *Veinte años de poesía española).* ¿Existe en el campo de la literatura dramática, real y efectivamente, una «nueva oleada» de autores?

Esta era la pregunta que no podía apartar de mi imaginación durante la representación de *Noches de San Juan,* una comedia de Ricardo López Aranda, que ha obtenido el segundo premio del «Lope de Vega 1964», y que el Teatro Nacional María Guerrero ha estrenado al final ya de la temporada bajo la dirección escénica de Angel Fernández Montesinos. No se trataba, desde luego, de la obra de un autor *novel* (más adelante me voy a referir a lo impreciso del término). Hace cuatro años, López Aranda se dió a conocer con una comedia, que tuvo una excelente acogida de crítica y público, titulada *Cerca de las estrellas,* y galardonada con el premio «Calderón de la Barca». Así, pues, no estamos ante un *novel,* sino ante un autor que venía a responder a un ancho margen de confianza, que se le había concedido —y que había merecido— a raíz de su primer estreno.

Sin embargo, esto de cuándo un autor es novel o deja de serlo me parece un límite borroso y frecuentemente equívoco. En la acepción usual del término, se considera novel al autor que no ha estrenado (o que no ha publicado, si se trata de otros géneros literarios). Pero ¿basta un solo estreno —o un solo libro— para que un autor deje de ser novel? Evidentemente, no. Hay innumerables autores que han estrenado una obra y que siguen siendo noveles, en la medida en que no *cuentan* de una manera efectiva en el ámbito de la cultura teatral. A la muchedumbre de autores que no han estrenado todavía se les puede llamar noveles. De acuerdo. Pero ¿qué diferencia cualitativa importante existe entre un autor que haya estrenado con discreta repercusión una sola obra y un autor que no haya estrenado ninguna todavía? No creo que la diferencia sea excesiva. Y es que, en última instancia, lo que de verdad importa —desde un punto de vista cualitativo— no es que un autor estrene y con ello deje de ser «novel», sino que ese autor aporte algo —propio, original, nuevo— a la cultura teatral. Vistas así las cosas, el salto cualitativo no se sitúa entre el «antes» y el «después» del primer estreno, sino entre el «antes» y el «ahora» de un autor que no *estaba* en el teatro y que, a través de una aportación valiosa, *está* y sigue estando en el teatro. Naturalmente, esa aportación no suele radicar en una sola obra —salvo casos excepcionales—, sino en una serie de obras; es decir, en toda una trayectoria de creación.

Lo cual quiere decir que este salto cualitativo a que me refiero no suele operarse de la noche a la mañana, sino que constituye, en cierto modo, un proceso. A mi entender, todo nuevo autor debe aspirar no a que le estrenen una obra, sino, como objetivo último, a *estar* (lo que no consiste, es claro, de un dejarse estar, sino de un estar dinámico, dialéctico) en el teatro de su pueblo; a actuar como tal autor en la vida de su sociedad y a influir en la conciencia de sus contemporáneos.

Quizá estas divagaciones, por lo que tienen de obvias, puedan parecer también fuera de lugar. No obstante, me parece que no lo son por cuanto que en esta última década de la escena española han aparecido muy pocos autores que de verdad se hayan propuesto estos objetivos (podríamos decir: unos objetivos verdaderamente ambiciosos), y sí, en cambio, muchos que sólo han tratado de «estrenar» o, en cualquier caso, de «profesionalizarse». Que un autor dramático quiera que su trabajo sea una profesión es completamente lógico. Pero —resulta innecesario advertirlo— ello debe asentarse sobre una base más sólida; sobre un *proyecto* intelectual y estético.

Un vistazo —de ningún modo exhaustivo— a la producción dramática más joven, la que ha irrumpido en estos últimos diez años, arroja como balance, a mi modo de ver, estas dos características:

Primera. Son muy pocos los autores en los que cabe hallar como punto de partida —o, si se prefiere, como objetivo último— ese proyecto intelectual y estético, serio, riguroso.

Segunda. Estos pocos autores, cuyos nombres se citan constantemente, apenas han estrenado una o dos obras de positivo e indiscutible mérito. A mi juicio, con posterioridad a Buero y Sastre han aparecido más *obras* que *autores*. Por ejemplo, cabe recordar una serie de títulos clave, que jalonan esta última década de nuestro teatro: *La feria de Cuernicabra, La madriguera, El tintero, La camisa, Los inocentes de la Moncloa* y algunos más. Por las razones que sean —y han de ser múltiples— sus autores no se encuentran hoy, sin embargo, plenamente incorporados al quehacer profesional. Como digo, creo ver múltiples razones que expliquen este fenómeno. Desde la posible escasa fecundidad de algunos dramaturgos hasta las especiales características de la estructura teatral, poco —o nada— flexible para absorber nuevos autores. (Esto último lo ha señalado Buero en su prólogo a tres obras de Muñiz: *El tintero, Las viejas difíciles* y *Un solo de saxofón,* reunidas en un solo volumen. Colección «Primer Acto». Editorial Taurus, Madrid, 1964).

Estas especiales características de nuestra actual estructura teatral —y, en líneas generales, las características *sui géneris* del teatro como cauce expresivo— impiden una fácil comparación de la joven literatura

dramática con la joven poesía o la joven novela. Es relativamente sencillo publicar una novela o un libro de poemas. En el primer caso, la obra tendrá una tirada de unos 3.000 ejemplares; en el segundo, de unos 600 —a lo sumo—. La apriorística proyección minoritaria de una novela o un libro de poemas no obliga a movilizar un capital considerable. A la inversa, el estreno de un drama comporta una movilización de capital muy importante. Sin entrar en las consideraciones últimas a que remite este tema, cabe añadir que, en consecuencia, la proyección de un drama *ha de ser* mayoritaria (al decir «ha de ser» me refiero al planteamiento de lugar de un empresario. Desde otro punto de vista, la proyección de la cultura, en cualquiera de sus formas, *ha de ser* mayoritaria, pero por otras exigencias, como es lógico). Si se añade que una editorial puede publicar muchos títulos a la vez, en tanto que un teatro sólo puede tener en cartel una obra; si se añade que, en comparación, hay muchas más editoriales que salas teatrales; si se añade que un autor, en su aprendizaje, necesita —y ello como condición inexcusable— de la experiencia del escenario, se podrá concluir que todo intento de establecer semejanzas entre el desarrollo del género dramático y el de otros géneros literarios debe tener en cuenta estas premisas fundamentales. A diferencia de la novela o de la poesía, en el teatro intervienen numerosos condicionamientos, que hacen mucho más difícil el que un nuevo movimiento estético pueda afirmarse con plenitud.

Cuanto antecede permite ya el que nos encaremos con esta pregunta: ¿qué ha habido después de Buero y Sastre? Ya he dicho que, a mi modo de ver, lo que ha surgido es, más que una serie de autores, una serie de obras. (Probablemente, si la estructura teatral fuera abierta, flexible, esta afirmación no tendría sentido.) Esas obras, en su conjunto, muestran una gama muy rica y variada de tendencias estéticas: una tendencia naturalista *(La madriguera, Cerca de las estrellas, La camisa,* etc.), una tendencia Valle-Lorca *(La feria de Cuernicabra),* una tendencia expresionista o neo-expresionista *(El tintero),* una tendencia de vanguardia (la mayoría de las piezas de Arrabal), etc. En mayor o menor grado, detrás de estas diversas formas dramáticas suele haber una crítica social, una posición inconformista. Pero lo que no ha surgido todavía en nuestra joven literatura dramática es un intento de teatro épico que asuma —y trascienda— la dramaturgia brechtiana; dicho sea no como una crítica o una impugnación, sino simplemente como registro de un fenómeno. Los únicos intentos que conozco en este sentido se deben a Alfonso Sastre, en sus obras *Asalto nocturno* (Colección «Primer Acto». Edit. Taurus, Madrid, 1964), y *La sangre y la ceniza* (recientemente terminada por su autor y todavía inédita).

No obstante esta variedad de tendencias, o acaso justamente por ello, creo que nuestra más joven literatura dramática se encuentra en una situación que podríamos calificar de búsqueda. Búsqueda, sobre todo, de nuevas formas dramáticas. Uno de los hechos que tipifican la situación del teatro de hoy en el mundo es la crisis total del naturalismo. En novela, Martín Santos vió esto con gran agudeza, postulando, frente al viejo realismo naturalista, un *realismo dialéctico.* Yo no sé hasta qué punto, en el teatro, nuestros jóvenes dramaturgos han acertado a asumir esa necesidad. Aquellas obras que se apartan de los preceptos naturalistas, por otra parte, no llegan a mostrarnos unos postulados estéticos, sólidos, realmente nuevos. Pero he aquí que toda valoración global es prematura. Como digo, esta joven literatura dramática está en un momento de búsqueda, en un momento experimental.

En algunos casos —como, por ejemplo, en *Noches de San Juan*— lo que se pone de relieve es otra cosa: un gran desconcierto ideológico. Con *Noches de San Juan,* López Aranda ha venido a decirnos mal lo que había dicho bien hace cuatro años en *Cerca de las estrellas.* Este fenómeno —el de la «segunda obra», que no es sino una repetición poco afortunada de la primera— constituye también un fenómeno típico. (No sólo en teatro. Suele ocurrir, asimismo, en novela y en poesía.) ¿Por qué «un gran desconcierto ideológico»? Por una sencilla razón: todo buen drama —y toda buena obra literaria— ha de contener una visión del hombre y del mundo; una visión rica y compleja, porque la vida es rica y compleja. También una visión personal, porque una obra de arte es una creación personal. En *Noches de San Juan* falta —independientemente de cualquier consideración sobre los defectos de carácter técnico— todo eso. Hay mucha ingenuidad, mucho tópico, y poca *creación.*

Pero no quiero que esta crítica se entienda como referida exclusivamente a la obra de López Aranda, joven autor de condiciones anteriormente acreditadas, de muy fuerte vocación y, a mi juicio, de no pocas posibilidades en el futuro. Se trata de una crítica general hacia algunas obras de autores noveles que se han estrenado en estos años. (Entre otros títulos, aquí cabría incluir comedias menores, como *Los verdes campos del Edén,* por ejemplo.)

Esta es, en rasgos generales, la situación de nuestra literatura dramática posterior a Buero y Sastre. Que llegue a afirmarse y a cristalizar una nueva literatura dramática depende, como es lógico, del talento de los autores, pero, muy especialmente, de las condiciones objetivas en que se desenvuelva el teatro español de los próximos años y, en última instancia, la sociedad española de los próximos años.—RICARDO DOMENECH.

EN TORNO A «EL PESO DE LA NOCHE» *

El que la joven novela hispanoamericana está tomando auge en España parece evidente. Tan evidente como que la joven novela española está atravesando un período de verdadera crisis. Los valores que empezaron a publicar en la década del 50 al 60 se han quedado en promesas, muy pocas de las cuales han cuajado en una obra verdaderamente madura e importante. Y al referirnos al auge de la novela hispanoamericana queremos hacerlo tan sólo a aquellos autores cuyas novelas se han publicado—o van a publicarse—en nuestro país, ya que si tuviéramos en cuenta la producción narrativa que en todos los países de habla castellana se desarrolla de un modo poderoso veríamos hasta qué punto, en este sentido, hemos quedado rezagados, pese a nuestra mayor —y cacareada—tradición literaria, cultural, política, etc. Lo cierto es que, mirando las cosas con objetividad, no ha surgido en nuestra patria durante los últimos veintiséis años de paz ningún nombre, con la única excepción quizá de Cela, que pueda ponerse a la altura de un Carlos Fuentes, como ejemplo más logrado y significativo de lo que es la actual narrativa en Sudamérica. Pero constatemos solamente un hecho: durante los últimos tres años, las novelas de los escritores de allende el mar se han publicado con frecuencia en España, alguna de ellas con tan buena fortuna, merecida por lo demás, como *La ciudad y los perros,* del peruano Vargas Llosa, cuya segunda novela, aún inédita, parece ser más lograda aún, lo cual significa una madurez excepcional. Señalemos, además, que el premio de novela que actualmente goza de un mayor prestigio entre los intelectuales de Hispanoamérica, el Biblioteca Breve-Juan Petit, ha sido obtenido en sus tres últimas ediciones por tres escritores de aquel continente: el citado Vargas Llosa, en 1962; Vicente Leñero, mejicano, en 1963, y el cubano Cabero Infante, en 1964. Aparte de ello, la mayor parte de las novelas finalistas de este premio se deben asimismo a sudamericanos: Mario Benedeti (uruguayo), Zapata Olivella (colombiano) y el propio Jorge Edwards, chileno, nacido en 1931, residente en París, donde desempeña un cargo diplomático en la Embajada de su país en Francia. Añadamos a todos estos nombres los de los colombianos Mejía Vallejo, vencedor en el Nadal de 1964, y Fernando Soto Aparicio, que ganó con *La rebelión de las ratas* uno de los premios de «Selecciones de Lengua Española» de la Editorial Plaza & Janés. Las novelas de Vargas Llosa, Leñero y Zapata Olivella guardan una línea de madurez y altura literaria muy por encima de la que es normal hallar en las novelas que escriben

* JORGE EDWARDS: *El peso de la noche.* Ed. Seix Barral. Barcelona, 1965.

y publican nuestros jóvenes autores. Lo que más les distancia de ellos, sin embargo, es que mientras que en los novelistas citados se concilia de un modo perfecto la intención con el logro, en nuestros jóvenes, si bien aquélla es, en casi todos los casos, muy clara y definida, el logro pocas veces está a su altura. Es decir, todos saben qué es lo que quieren y todos lo dicen en sus obras; pero sólo *La ciudad y los perros*, *Los albañiles*, *En Chimá nace un santo*, etc., logran decirlo de un modo justo, penetrante, efectivo, útil, en una palabra.

Hemos creído necesario este pequeño preámbulo para situar la novela de Edwards en su contexto real. En *El peso de la noche* (titulada primitivamente *La selva gris*, título que expresaba quizá con una mayor justeza el contenido de la obra), la historia que se nos narra es, realmente, gris, agónica. A través de la especie de omnipotencia que sobre ellos ejerce la cabeza máxima de una alta familia santiagueña (el Santiago de Chile, naturalmente), se nos desvela la vida de dos miembros de esta misma familia, diametralmente opuestos entre sí, aunque finalmente adivinemos que entre ellos, a pesar de su mutua y contumaz ignorancia, existe un nexo más profundo y sutil que el de los simples lazos de la sangre: Francisco, joven estudiante de secundaria en un colegio religioso, y su tío Joaquín, alcohólico y fracasado, quien, no obstante, al sobrevenir la muerte de la cabeza máxima de la familia (la abuela Cristina, cuya presencia gravita sobre todo el relato de un modo obsesivo), adquiere total conciencia de su clase y condición, lo cual le inviste de una dignidad que, naturalmente, no deja de contener una atmósfera de provisionalidad y ridiculez. Pero lo que confiere una notable característica a la novela no es, por supuesto, esta simple historia, ni siquiera el lenguaje (o estilo) en que está escrita, el cual es, deliberada o instintivamente, neutro, apagado, gris, sino la fatalidad que sobre los personajes se cierne de un modo inquietante y que acaba por engullirlos. Esta fatalidad cobra cuerpo en los personajes secundarios de la narración, tales como los compañeros de oficina de Joaquín, el tío Ricardo, gobernador del complejo financiero de la familia, el confesor de la misma; Irene, la puta con la que Francisco vive su primera aventura sexual; la prima solterona, el primo imbécil, etcétera.

Aunque en *El peso de la noche* las circunstancias históricas y sociales del país en que se desarrolla la acción no pesan de un modo tan decisivo como, por ejemplo, en *La región más transparente*, de Carlos Fuentes, no por ello deja de advertirse que el autor ha tenido en cuenta, siquiera sea inconscientemente (ello no nos preocupa), las características tan singulares de su tierra natal. Por su especial situación geográfica (cercada al Norte por desiertos, al Este, por los Andes,

y al Oeste, por el Pacífico), la nación chilena, desde sus primeros moradores (1), se vió aislada de los restantes territorios del continente. Su reciente estructura geológica, ligada al levantamiento de los Andes en la era Terciaria, ha influído, por supuesto, en la clase de vida animal y vegetal que en Chile se ha desarrollado. Sólo en este siglo se han registrado en el país tres grandes terremotos, del último de los cuales guardará aún memoria el lector. A estas causas, digamos naturales, hay que añadir las históricas. Quizá sea Chile el único país del continente en el que la guerra de la Independencia duró desde el momento en que los españoles pisaron aquel suelo en 1516 (con no demasiada fortuna) hasta el 18 de septiembre de 1810, día que los chilenos conmemoran como el de la Independencia, aunque de hecho ésta no se produjera hasta el 12 de febrero de 1818, con la proclamación de Bernardo O'Higgins como dictador supremo de la República, y se consolidara el 5 de abril del mismo año, en Maipú, con la derrota que las tropas de O'Higgins y San Martín infligieran a las realistas enviadas por el virrey del Perú. Son, por tanto, trescientos años de luchas constantes, de mayor o menor virulencia, libradas principalmente en toda la zona al sur del río Bio-Bio y el Toltén, donde los araucanos se mantuvieron libres, y a los que hasta el último cuarto del siglo XIX, mucho después de proclamada la Independencia, no llegó lo que para entendernos llamaremos civilización. Pese a ello, Chile, gracias a sus infinitos recursos naturales (que le han acarreado conflictos también con sus naciones vecinas, el Perú, principalmente), se halla hoy a la cabeza de las del continente sudamericano. El índice de analfabetismo es el más bajo de toda América del Sur, si exceptuamos a la Argentina y Uruguay. La importancia de este dato quedará aumentada si sabemos que el promedio de analfabetos en esta parte del mundo es del orden del 40 por 100, siendo, en cambio, el de Chile del 12 por 100. Junto con las dos naciones citadas anteriormente, Cuba y Venezuela, Chile ofrece la renta *per capita* más elevada del continente. Su índice de mortalidad, del 22 por 1.000 en 1940, ha quedado reducido en la actualidad al 12 por 1.000, lo cual le coloca al nivel medio de los países más civilizados. Finalmente, el pueblo chileno ha demostrado una madurez política excepcional, puesta de manifiesto no sólo en las diferentes y largas vicisitudes que ha atravesado, sino también, muy recientemente, en las últimas elecciones presidenciales, en las que el triunfo de Frei significa el triunfo de la revolución política y social frente a cualquier tipo de subversión. El carácter progresista de su régimen

(1) Estos primeros pobladores, según descubrió el arqueólogo Max Uhle, se remontan al Paleolítico, por lo que Chile fué uno de los primeros países poblados de todo el Continente.

social y político queda asimismo claro a través de la posición por la nación frente a los últimos acontecimientos mundiales (2).

Aunque no podemos hablar, con rigor, de realismo histórico, al menos en el sentido que hemos dado a esta expresión, *El peso de la noche* es una novela que no echa en saco roto estos hechos, los cuales condicionan, de un modo fatalista, es cierto, pero no por ello menos lúcido, el medio ambiente en que se desarrolla la acción del relato. Tanto Francisco, el joven estudiante, como su tío Joaquín (pese al largo contacto, que por largo no deja de ser superficial y transitorio, con los componentes de una clase que no es la suya), pertenecen a una clase social perfectamente definida, la cual, pese a todo, continúa ejerciendo su hegemonía sobre el mundo. En el caso concreto de Chile, es la clase que desciende de aquella burguesía comercial que, al amparo del primer O'Higgins (Ambrosio), padre del que fué más tarde forjador de la Independencia, y del orden social creado por el mismo, gracias a una acertada política cultural y de comunicaciones, no sólo interiores, sino también con los países colindantes, pudo forjar las bases sobre las que posteriormente se alzaría la Independencia. Paradójicamente, la clase que hoy en día representa el poder reaccionario, en aquellos tiempos fué la clase del progreso y la libertad. La expansión comercial de Chile, así como la de todos los países bajo régimen colonial, se veía frenada por el monopolio que sobre ella ejercía la tutela española. Una vez más (aunque ello equivalga a una interpretación materialista de la historia), los motivos definitivos de la lucha por la Independencia fueron los económicos. Los tiempos, que pudiéramos llamar románticos, del caudillo araucano Lautaro, hacía mucho que se habían dejado atrás. Esta burguesía, criada en la educación y civilización españolas (Chile es el país, sin duda, donde la fusión entre colonizadores y colonizados fué más profunda y extensa, gracias, sobre todo, a la incomunicación a que su situación geográfica le condenaba, como ya hemos señalado antes, y pese a los reductos araucanos libres), luchó por el reconocimiento de sus derechos y por la libertad de la acción. El decreto por el que, en 1778, Carlos III autorizaba la libertad de comercio en el país, no fué suficiente para esta burguesía, que buscaba una autonomía total y, a través de ella, ser dueña de las infinitas posibilidades que el país ofrecía. Estas posibilidades, evidentemente, no fueron

---

(2) Para el lector que se interese por la historia de Chile, en su aspecto postcolombino, recomendamos la lectura de las siguientes obras, entre otras: *Chile, avanzada de Occidente en el Pacífico Sur*, de JAIME LARRAÍN; *Perfil de Chile*, de F. GARRIDO; *Historia de Chile*, de FRANCISCO A. ENCINA; *Chile a la vista*, de EDUARDO BLANCO-AMOR, así como las *Crónicas del Reino de Chile*. Sin olvidar, naturalmente, dos obras que sin ser propiamente históricas ilustran sobre el particular con una singular precisión: *La Araucana*, de ALONSO DE ERCILLA, y el *Canto general*, de PABLO NERUDA.

siempre aprovechadas en toda su extensión, con lo que, como en la historia de cualquier país, cabe señalar frecuentes contradicciones, dudas, avances y retrocesos, aunque contemplando el panorama desde una perspectiva general se advierte un gigantesco avance en los ciento cincuenta años escasos transcurridos desde la proclamación de la Independencia hasta hoy.

Pero volvamos a nuestra burguesía que el paso del tiempo convirtió en aristocracia. Jorge Edwards no es aquí el profeta que Carlos Fuentes (volvemos a esta pauta, por ser el joven novelista mejicano quien mejor ilustra el proceso de que tratamos de hablar) es a través de toda su obra, en la que se retrata la descomposición de esta aristocracia, forjada en la Independencia y destruída por la moderna Revolución social, ya que no alcanza a pintar la descomposición de esta clase sino en su aspecto más anedóctico (la muerte de la abuela Cristina). Sin embargo, y mirando las cosas desde un punto de vista objetivo, la supremacía de la aristocracia (sea de la sangre o del dinero) que, teóricamente, debió terminar de una vez para siempre con la Revolución francesa, sigue en pie, y, concretamente en los países de muy reciente formación, como son los del continente americano, el proceso se desarrolla con mucho retraso en relación con los países europeos más avanzados, si bien, es claro, también este proceso se lleva a una velocidad vertiginosa en comparación con la lentitud de los movimientos en el viejo continente. Una posición realista, aunque de corto alcance histórico, nos llevaría a aceptar que, tal como Edwards nos dice, en verdad sigue siendo la aristocracia, o la alta burguesía, quien manda. La posición de Fuentes, mucho más idealista y de mayor visión, más profética, en una palabra, niega esta tesis. Pero tampoco hemos de llevar demasiado lejos este punto. Sin duda en Edwards no se plantean estos problemas de un modo explícito, y si los mismos asoman su rostro a la narración, lo hacen, como creemos haber dado a entender, como un complemento obligado a la anécdota que da vida al relato y cuya aparición en el mismo era obligada si no se quería caer en un pecado de ignorancia o falseamiento de la realidad. No hay, pues, en los personajes de Edwards un conflicto íntimo que denuncie la decadencia de su clase. O, al menos, este conflicto no les lleva, en ningún caso, a una toma de conciencia de su situación en las actuales estructuras de la sociedad a que pertenecen, y del futuro que en la misma les aguarda. Simplemente, el novelista chileno narra, con propiedad, el acontecer de un espacio determinado de una familia que pudiéramos llamar prototipo, aunque en la novela no se advierta ningún deseo de generalizar; es decir, no es épica. La anécdota que se desarrolla a través de la narración tiene para la misma mucho menos importancia, pese a todo, de lo

que hasta aquí pudiera parecer. En realidad, al terminar la novela, la situación es exactamente la misma que al comienzo. Nada ha evolucionado. Incluso la postura del tío Joaquín —que pudiera haber significado el inconformismo y, a través de él, la necesaria toma de conciencia para llevar a cabo una revolución de principios— es negativa, ya que significa una regresión, eternamente estancada. El carácter fatalista de la novela queda, con ello, acentuado. Sin embargo, *El peso de la noche* no constituye un testimonio digamos pernicioso. Es decir, Edwards no se queda al margen, sino que narra, más sencillamente, un corto espacio de un proceso larguísimo, por lo que la evidencia de este proceso queda diluída, casi inadvertida. No obstante, es fácil establecer tanto el principio como el final de esta narración que, en verdad, no termina ni empieza donde Edwards lo hace, sino que tiene su iniciación en los movimientos que hemos apuntado y que tendrá su final cuando la lógica evolución de la historia lo señale.

En definitiva, interesante esta novela. Tal vez escrita pensando demasiado en el público europeo (y culto) que iba a leerla, que el autor esperaba que la leyera. Encontramos a falta, pues, un sabor popular en el lenguaje, que sólo asoma en algunas ocasiones y que alcanza, en ellas, verdadera intensidad. De Jorge Edwards, que ha publicado dos libros de relatos y una novela, anteriores a la que ahora comentamos, necesitaríamos conocer la posterior evolución de su obra antes de establecer una posición definitiva ante la misma, aunque, en principio, puede hablarse de un interés y una seguridad nada vulgares.—José Batlló.

CRONICA DE POESIA

En 1916, y en la ciudad bearnesa de Gan, nace el dueño de una de las más sólidas voces de la poesía francesa contemporánea. Muy frecuentes contactos con España y con sus avatares poéticos tradicionales y actuales nos aproximan, por añadidura, la persona y la obra de Pierre Emmanuel. De manera que, tanto por razones de estricta justicia literaria como por ese ya secundario, pero siempre considerable factor de índole aproximativa, la antología que de la obra lírica de Emmanuel ha seleccionado, prologado y traducido Jaime Ferrán para «Adonais» (1), viene a cumplir una útil y bella función de conocimiento para el lector de poesía en castellano.

---

(1) Pierre Enmanuel: *Antología poética*. Vols. CCXVIII-CCXIX. Ed. Rialp, Sociedad Anónima. Madrid, 1964.

La poesía de Pierre Emmanuel ha atravesado por diversas etapas y se ha visto trabajada por frecuentes y sucesivos períodos de evolución, en los que el poeta ha ido entablando contacto con muy renovadas inquietudes, vivencias y formas. Curiosamente, las temáticas en que esas inquietudes se centraron coinciden, además, en cuanto a la cronología, aunque no en cuanto al orden de fechas, con muy recientes pasos y tendencias de la poesía española contemporánea, como el estudio que prologa este volumen nos advierte en un pasaje muy concreto. «Tenemos en Emmanuel —escribe Jaime Ferrán— una época de exaltación religiosa que correspondería, por ejemplo, al primer ámbito bousoñiano; advertimos en él una actitud social, centrada en la protesta, que encajaría en el gesto de Otero, Costafreda o Nora; hallamos una vertiente de poesía que yo he llamado en alguna ocasión *de cultura,* en la que referencias literarias esmaltan y enriquecen la dicción, acorde al sentir de la obra última de Arroita Jáuregui; encontramos una veta realista que halla su vertiente española en Hierro o en Valente»... No es tan notable, sin embargo, ni tan casual la probable razón última de esos paralelismos, en cuanto el despierto sentido de la poesía de Pierre Emmanuel y de las últimas promociones españolas ha de coincidir en varios puntos sustanciales y como suministrados por su misma y común contemporaneidad; tales, el espectáculo de los particulares «confusión y desconcierto» del hombre de nuestros días, las ininterrumpidas y experimentales búsquedas poéticas hacia nuevos asuntos y medios de expresión, o los retrocesos parciales a que esas búsquedas dirigen también sus pasos, fenómeno éste pocas veces registrado en la historia literaria con la intensidad y abundancia con que se viene produciendo en los últimos treinta o cuarenta años.

Al intento de «comprender lo actual y lo eterno, el hombre interior y el hombre universo, el verdugo y el santo, el infierno del dolor y el cielo de la alabanza, en un acto de continuo pensamiento del que mi poesía se esfuerza en dar continuo testimonio» —son palabras de Pierre Emmanuel—, sigue ya fácilmente, en el lector de su obra, un pleno entendimiento de ésta, calificada en todo instante por su capacidad de renovación, sin abandono de ciertos y particulares afincamientos: tales, su acento de sinceridad, su contenido ético, su sabor de noble rebeldía y su dramático tono.

Once obras, desde *Tombeau d'Orphée* hasta la más reciente, *Evangeliaire,* aparecen representadas, muchas de ellas con sólo un poema o dos, en esta antología. Caracteriza al último grupo de libros un acusado matiz religioso y penitencial, sugerido en las iniciales *Chansons du dé a coudre* y ya del todo presente en la única pieza incluída de *Le poéte et son Christ;* puede ser buen ejemplo de ese aspecto de la

poesía de Emmanuel esta estrofa, claramente alusiva a la divinidad, y que tomamos del poema «Confesión»:

Me hiere la vergüenza cada día
con más profundidad que el anterior.
Es el filo terrible de tu gracia
el que en mí la despierta.

La de un misticismo producido por la Naturaleza misma o trascendido de ella, la de sus cálidos poemas amorosos y la de su preocupación por la conflictiva condición humana, enemiga de sí misma, son varias de las cuerdas más audibles en este vibrante instrumento que es la poesía de Pierre Emmanuel, ahora en el tomito de «Adonais», escogida y vertida.

Unas «Notas sobre la creación poética», sumamente claras e interesantes y subtituladas «Del nacimiento de un poema», cierran con fortuna y buen efecto dilucidador la presente selección.



La poesía del malagueño Carlos Rodríguez Spiteri, tradicionalmente rebosante de un arduo lenguaje metafórico de alta tensión, se acopla con especial fortuna al tema central del presente libro (2), y su casi incesante sucesión de imágenes sorprendentes se aviene, como anillo al dedo, a la condición descriptiva y plástica de esta su nueva entrega poetica, dedicada al tema de la pintura en general y de la de varios artistas plásticos en particular. El asunto, pues, se funde por naturaleza, casi podríamos decir «por generación espontánea», con el verbo lírico de Rodríguez Spiteri, tan caracterizado ya entre sus poetas cogeneracionales por la rara capacidad de causar e hilar metáforas y conceptos aparentemente inconexos, pero sobre cuyo conjunto terminan por perfilarse las más de las veces, como el dibujo final en un cañamazo, la sustancia del poema y su bien definido cuerpo. Esta técnica impresionista, de evidentes raíces intuitivas y también muy andaluza por lo que se refiere a su original y cerrado neopreciosismo, debía alcanzar y, en efecto, ha alcanzado resultados felices al asociarse a un mundo tan afín a ella como el de las artes plásticas.

Entre los «retratos» que de diversos artistas—excepto alguna que otra alusión a ciertos clásicos, contemporáneos todos: Julio González, Picasso, Juan Gris, Miró, Palazuelo, el escultor Chillida—traza la mano de Rodríguez Spiteri, el poeta intercala interesantes y muy particulares

(2) Carlos Rodríguez Spiteri: *Los espejos*. Publicaciones de la Librería Anticuaria «El Guadalhorce». Málaga, 1964.

piezas sobre la contemplación del mundo pictórico y de sus accidentes, algunas de cuyas definiciones podríamos aplicar sin mayor esfuerzo a sus propios versos:

Imágenes escalonadas alternativamente
que sólo existen en el momento de una decisión.

No atenido en ningún momento al metro ni a la asonancia, libre y destrabado, el último libro de Carlos Rodríguez Spiteri, autor de la mayor «guía poética» sobre Málaga editada hasta el presente, también concuerda bien con los libres universos plásticos de los que a su modo da cuenta.

Pulquérrima la edición de *El Guadalhorce,* cuidada por Caffarena Such.



Nacido en 1923, y en la leonesa Villafranca del Bierzo, el poeta Antonio Pereira, que había limitado la proyección de su obra a la inserción de escasos poemas en diversas revistas y publicaciones, llega ahora, doblada la cuarentena, a entregarnos un libro, sólidamente construído y enriquecido por las amplias experiencias viajeras del autor (3). Estas experiencias, directamente revividas y cotejadas con la devoción del poeta por su solar nativo, componen la sustancia del libro, por lo demás ya suficientemente expresada en su título. Pero, en la entrega de Pereira, las suscitaciones viajeras de éste por lejanas tierras no actúan casi más que como dolientes puntos de referencia, afirmativos en todo momento de solar nativo y de cuanto éste significa para el que lo dejó y vuelve a él: tal significación se impone en *El regreso* sobre toda otra. Estamos, pues, ante un libro más cordial que intelectual, sin que ello suponga en este caso un descuido de la técnica y los procedimientos, favorecidos, sin duda, unos y otra, por la madurez del poeta. No renuncia Antonio Pereira en ningún caso a la asonancia y, por lo que se refiere al metro, maneja aquí muchos —barajándolos en alguna ocasión— con marcada destreza. En consecuencia, *El regreso* es un libro no sólo de asunto, sino también de tesitura bien clásicos. Clasicismo al que atenúa, de un lado, el vivo, apasionado y sencillo contenido del tema central y, de otro, las frecuentes expresiones populares y coloquiales que el autor incrusta en el cuerpo de sus poemas. A veces, la antigua poesía tradicional de Castilla, acuñada por el pueblo y homenajeada por Pereira, comparece directamente en toda su *persona*

(3) ANTONIO PEREIRA: *El regreso.* Vol. CCXX de la Colección «Adonais». Ed. Rialp, S. A. Madrid, 1964.

de intención y expresión. Así, en los airosos «Regalos», con su presencia de canción o de romance:

Cintas para las hermanas,
pero a la pequeña, más.

A mi ciudad, mil cerezos.
Bien hay donde los plantar.

Pero es el endecasílabo, esgrimido con soltura, quien se constituye en el cauce métrico principal de *El regreso,* dando lugar, con su natural aptitud para la relación y la disquisición demoradas, a una larga gama de rememoraciones y comparecencias. Personas, lugares, familia, el sentido de la fugitividad del tiempo, la reafirmación en las originarias verdades de la tierra, circulan sin atropellarse por este libro de Pereira, con el que la veteranía de la colección «Adonais» alcanza la inusitada cifra de doscientos veinte volúmenes de poesía publicados.

☆

Dos libros recientes de sendas poetisas argentinas dan buena cuenta de nuestra escueta y no prolongable «Crónica» de hoy.

El de la jovencísima Diana Raznovich (4) acusa un pronunciado temperamento poético, volcado a un sentimiento de solidaridad humana que es su más noble timbre. Teniendo en cuenta la edad de la autora, nacida en 1945 y que ha dado ya otra obra a las prensas, *Tiempo de amar,* no puede por menos que sorprendernos la cálida solvencia, la rica matización del lenguaje, la destreza para la versificación sin merma del contenido, que esta ya más que prometedora voz de la poesía del Plata manifiesta en su libro. Tampoco podía, ni quizá aun debía, estar ausente en él el viejo pecado de exceso característico de nueve de cada diez libros jóvenes de poesía que llegan a la mesa donde estas notas se urden. Así, y por ejemplo, en el poema final de la entrega, y aunque movida por un seguro sentimiento de adhesión humana, Diana Raznovich toma el rábano por las hojas, cae en ciertos desmedidos tópicos y presta un servicio contraproducente a su poesía y aun al país al que trata de abrigar con todas las fuerzas de su apasionado espíritu juvenil. Aclaremos que en esta observación no ha de verse la menor intención de partido —cuya total exclusión de estas «Crónicas» es ya habitual para sus seguidores— y cerremos el comentario con lo que de verdad en este caso más importa: la constatación del excelente

(4) Diana Raznovich: *Caminata en tu sombra.* Editorial Stilcograf. Buenos Aires, 1964.

metal que en la voz de Diana Raznovich ya luce, y la de las inusuales buenas dotes que adornan esta segunda entrega suya.

Los *Cuadernos de la Brújula,* dirigidos por Luis Ricardo Furlán, celebran con la de esta colección de poemas (5) su vigésima salida, a la que ilustra Raul Schurjin. *Memoria de los días,* como su título ya sugiere, es una melancólica revista al tiempo perdido que Lily Franco encuadra en nueve poemas —o *Memorias,* como ella los llama—, escalonados desde las de infancia y en los que hallan reflejo muy directas situaciones de personas, ciudades y campos argentinos entre los que discurrió la muchachez de la autora. «Mi vida —nos confiesa Lily Franco en el justo y resumidor verso final de su libro— es la ciudanía del recuerdo.» Pero a este componente de nostalgia súmanse en *Memoria de los días* otros, aunque menos matizados, como el de las buenas inquietud y fraternidad sociales presente en las *Memorias* séptima y octava; el de filiación amorosa, ostensible en otros diversos pasajes de la entrega, o el de recuerdos autobiográficos personales, cuya prolijidad de algunos momentos revestirá, sin duda, mayor significado para la poetisa que para sus lectores, ya que tales recuerdos no están suficientemente «ajenados» o trascendidos como para permitir al lector encarnarse en ellos. Un tono de intimidad, coloquial las más de las veces, gris alguna, campea a lo largo de *Memoria de los días,* donde se alternan, con buena mano, los versos de medida y los libres.—FERNANDO QUIÑONES.

TERTULIA DE URGENCIA

A la edad de treinta y ocho años, Hugo Montes Brunet, poeta y ensayista chileno, ha sido elegido miembro de la Academia de la Lengua de su país. El nuevo académico nació en Santiago en 1926. Estudió en el Liceo Alemán hasta 1942. Entre 1943 y 1947 cursó la carrera de Derecho en la Universidad Católica de Chile, obteniendo el doctorado con su obra Ideario político de Baltasar Gracián. *A continuación realizó estudios de literatura en la Universidad de Chile y presentó su tesis* El héroe de la Araucana.

Obtuvo un doctorado en Filosofía Románica en la Universidad de Friburgo, y continuó sus estudios de especialización en la Universidad

(5) LILY FRANCO: *Memoria de los días.* «Cuadernos de la Brújula». Buenos Aires, 1964.

Central de Madrid. Actualmente es profesor de Literatura chilena y española en las Universidades Católicas de Valparaíso y Chile. Además de las reseñadas, ha publicado otras obras: Antología de medio siglo, Historia y Antología de la Literatura chilena, *monografías sobre Hördeling, Vicente Huidobro y Pezoa Véliz. Su trabajo más reciente es* Antología chilena contemporánea.

☆

Su santidad el papa Pablo VI dirigió a los obispos españoles una carta con motivo del XV aniversario de la fundación de la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana. El texto de dicha carta fué entregado personalmente por el nuncio de Su Santidad en Madrid, monseñor Riberi, a los prelados reunidos en la conferencia del episcopado español.

El papa comienza su carta recordando que hace quince años el episcopado español creó la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana, «queriendo —dice Su Santidad— encauzar, ordenar y fomentar vuestros propósitos y esfuerzos de ayuda a numerosas diócesis de América». Felicita efusivamente el vicario de Cristo a los obispos españoles por la benemérita labor «que tan providencial institución ha ido llevando a cabo durante estos tres lustros en favor de muchas circunscripciones eclesiásticas de Iberoamérica». Subraya el papa que de cuanto en este tiempo se ha realizado es índice la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana, la de Cooperación Apostólica Seglar, la de asistencia a estudiantes, los centros de preparación de vocaciones para América y la jornada anual de vocaciones.

«Todo ello —dice el Sumo Pontífice— es asimismo resultado de la conciencia que en vosotros y en los sacerdotes y seglares de España existe sobre las obligaciones que os vinculan a toda la Iglesia, y de manera especial a aquella porción radicada en el continente americano, donde innumerables operarios del Evangelio que de vuestro suelo patrio salieron dejaron implantada y arraigada la fe. Esas maravillosas gestas del catolicismo español constituyen un mérito que, para no desvirtuarse, exige una ulterior continuidad de esfuerzos.»

El papa Pablo VI recuerda a los prelados españoles «el compromiso —acompañando esta mención con expresiones de pública alabanza— que solemnemente aceptasteis con nuestro predecesor Juan XXIII, de venerada memoria, tan en consonancia con los principios y normas de la constitución dogmática sobre la Iglesia que recientemente promulgamos...». El cumplimiento de este programa exige sacrificios y supone un impulso de generosidad. «Pero bien comprendéis —añade el

papa— que vuestras diócesis no sufrirán con ello menoscabo relevante, como lo demuestran aquellas que, quizá menos dotadas de clero y de vocaciones, han dado ya gran contributo.»

Hace notar el papa que las necesidades espirituales de Iberoamérica no sólo afectan a ese grupo de países, «sino que repercuten en el catolicismo global, en la Cristiandad entera, que ha de sentirse solidariamente responsable...». Para realizar esta gran empresa no faltan medios, especialmente sobrenaturales; a la plegaria debe unirse también la acción del clero, de los religiosos y religiosas españoles. «Que no se diluyan ni apaguen las esperadas respuestas individuales en lo anónimo de una responsabilidad colectiva; que las dificultades inherentes a los nuevos ambientes de trabajo no impresionan excesivamente haciendo olvidar que el espíritu de sacrificio ha de acompañar siempre, como garantía de fructificación, cualquier apostolado en cuyo desarrollo encontrarán superiores jerárquicos, quienes tratarán de aminorar y de resolver los posibles problemas personales y ministeriales.»

Pide el papa que los obispos transmitan a los sacerdotes y seminaristas su ardiente y confiada llamada, eco de tantas otras de obispos hispanoamericanos. «Que las respuestas —dice— decididas correspondan a las esperanzas de nuestro corazón.» Su Santidad constata y agradece la colaboración que los seglares españoles prestan al apostolado en América. «Allí también se esperan las aportaciones de otros como complemento del ministerio sacerdotal y, frecuentemente, como vanguardia que abre y consolida rutas apostólicas...»

El papa expresa su complacencia al ver cómo en España se emprenden iniciativas asistenciales, culturales y de carácter moral y espiritual de las que pueden derivar tantos resultados inmediatos para la vida de los jóvenes hispanoamericanos que completan su formación en España y para el ambiente del mañana cuando en sus patrias ejerzan sus profesiones.

«Nuestro recuerdo se detiene también —dice por último el papa— en esas iniciativas diocesanas, regionales y nacionales promovidas en favor de un ideal tan urgente como es el de colaborar más allá de los confines patrios por la intensificación del reinado de Cristo. Y mientras os confiamos nuevamente nuestras solicitudes pastorales para que en vuestra comprensión y ayuda encuentren alivio, a todos os exhortamos a continuar con renovado entusiasmo en el camino de apoyo abnegado a la Iglesia en Iberoamérica.»



El administrador de la Agencia Internacional de Desarrollo del gobierno de los Estados Unidos, David Bell, ha hecho declaraciones

en el sentido de que se siente satisfecho del empleo hecho por Chile de los fondos otorgados por ese organismo. La AID hizo un préstamo al gobierno chileno de ochenta millones de dólares, para ser utilizados en los programas de desarrollo, pero hasta la fecha Chile solamente ha girado dieciocho millones.

El administrador de la AID, que visitaba Chile después de dos años, hizo notar que en este país se está llevando a cabo una auténtica revolución social, sin perjuicio de las instituciones democráticas, y que en este empeño, dados el sacrificio y el trabajo que en él se ponen, frente a las numerosas dificultades que atraviesa el país, las soluciones son inmediatas.

Haciendo un paralelo entre Iberoamérica, Asia y Africa, subrayó que tienen problemas comunes, como es la carencia de personal capacitado. Pero Iberoamérica cuenta con una Carta de Punta del Este y organizaciones como el CIAP que no son comparables con semejantes de los otros dos continentes. En Asia no hay todavía un Banco de Desarrollo; Africa sí lo tiene, pero sin la experiencia de cinco años del BIB iberoamericano.



Los restos del famoso poeta peruano José Santos Chocano han sido repatriados, gracias a las gestiones de los Ministerios de Asuntos Exteriores y de Educación, desde Chile, donde el llamado «Cantor de América» estaba enterrado tras su asesinato a manos de un alienado mental, en 1934.

El autor de Alma América *y* Oro de Indias *vivió en Chile desde 1929, cuando, tras diversos incidentes políticos, fué procesado y condenado por el gobierno de Augusto B. Leguía.*



El Centro Regional de Construcciones Escolares para Iberoamérica, prosigue sus actividades y anuncia la creación, bajo los auspicios de la UNESCO, la OEA y el gobierno de Méjico, de treinta becas a favor de candidatos vinculados durante más de cinco años con los problemas del planeamiento de las construcciones escolares en los países de la región. Entre las especialidades enumeradas se citan la pedagogía, la arquitectura, la ingeniería y la economía, como elementos básicos de la mencionada actividad.

La ventaja del seminario, que se anuncia desde el 6 de septiembre hasta el 30 de octubre, en la ciudad de Méjico, estriba en que los parti-

cipantes deberán llevar consigo los elementos de encuestas minuciosas sobre el carácter de la demanda de centros docentes en los niveles primario y secundario, estadísticas sobre la escasez de aulas, estimaciones sobre los recursos del país y las normas que se siguen en la preparación de los programas de construcciones. Los especialistas procederán también a una evaluación de los resultados que se vienen alcanzando.

Llama la atención el Centro de Construcciones Escolares y la UNESCO sobre el carácter riguroso de la selección de los candidatos. Cada país podrá proponer tres o cuatro nombres con un expediente de sus respectivas calificaciones, y las treinta becas se otorgarán a los mejor preparados, para llegar a conclusiones precisas respecto al problema regional educativo y a la situación y deficiencias de los edificios actuales.

Pide el Centro de Construcciones que desde ahora los candidatos preseleccionados vayan reuniendo los materiales inherentes al trabajo que van a desempeñar sobre todos los aspectos demográficos, económicos, escolares y ejemplos, muestras de modelos de edificios, catálogos de materiales y precios de costo, así como los reglamentos y normas vigentes para la edificación escolar.



Dos nuevas universidades católicas, la Universidad de Santo Tomás, dirigida por los padres dominicos, y la Universidad de Ciencias Sociales, de los hermanos de las Escuelas Cristianas, han sido inauguradas en Bogotá. Con la Pontificia Universidad Javeriana de los jesuítas, de Bogotá, y la Pontificia Universidad Bolivariana de Medellín, Colombia cuenta en la actualidad con cuatro instituciones católicas de cultura superior.



Un Decreto ejecutivo, firmado recientemente en El Salvador, fija las tarifas de salario mínimo que se deberá pagar a los trabajadores agropecuarios. Para los hombres está señalado en 2,25 colones, y para las mujeres y niños en 1,75 colones.

El presidente de la República, coronel Julio Adalberto Rivera, en la conferencia de prensa en que se anunció la firma, dijo que el decreto es la respuesta que el gobierno da a los traficantes de necesidades y esperanzas del pueblo. Auguró que el dinero del salario mínimo constituirá una fuerte inyección para el auge de la producción y en ningún momento aliciente para la inflación.

El Consejo Nacional de Coordinación Económica de Paraguay, que preside el general Alfredo Stroessner, autorizó una cuota adicional de veinticinco mil cabezas de vacuno para su industrialización y comenzó el estudio de la propuesta del Plan Nacional de Desarrollo Económico y Social para el bienio 1965-66, elaborado por la Secretaría Técnica de Planificación. El tema relacionado con la cuota adicional de cabezas de ganado para su industrialización, promovida por las tres empresas industrializadoras de carnes existentes en el país, fué ampliamente debatido y una vez analizados sus fundamentos, el equipo económico nacional aprobó esta cuota extraordinaria, previéndose que los frigoríficos aporten en carácter de sobretasa la suma de 150 guaraníes por cabeza.

☆

El informe de la UNESCO sobre actividades del Centro de Cooperación Científica para Iberoamérica, con sede en Montevideo, constituye un balance muy somero, pero expresivo, de esfuerzos que han tenido repercusión considerable en la vida intelectual de la región. Fundado con el doble propósito de dar a conocer en los países latinoamericanos los progresos de las naciones industrializadas y para informar al mundo de las conquistas registradas en el orden teórico y práctico en el área de la lengua española y portuguesa, sus iniciativas presentan una extraordinaria variedad en campos de vital trascendencia.

Dará idea del ritmo a que se han despachado las consultas recibidas el hecho de que el Centro haya respondido a más de 12.000 cartas del interior de la región, en los cuatro primeros años de su existencia. Complemento de esa tarea son los ochenta títulos publicados, monografías y repertorio sobre trabajos científicos y técnicos aparecidos en estos países, nombres de personas y de instituciones dedicadas a la investigación en el continente y comunicaciones de personalidades eminentes en ramas muy concretas del quehacer científico: la microscopia electrónica en Iberoamérica, los estudios matemáticos, la sismología en Iberoamérica, la botánica y resúmenes de acuerdos y trabajos producidos en el exterior, para que puedan ser conocidos de los especialistas iberoamericanos.

Concebido en forma muy sintética, el informe permite apreciar el esfuerzo desplegado para difundir en la región técnicas nuevas para el progreso de las ciencias fundamentales y, en especial, para la creación de los centros regionales de matemáticas en Buenos Aires, de física en Río de Janeiro, de química en Méjico y de biología, en el próximo futuro, en Venezuela. A pesar de la limitación de los recursos,

más de 3.500 expertos han intervenido en 92 cursos, conferencias y seminarios, intercambiando ideas y multiplicando las ocasiones de comunicación y contacto personal.

Un solo ejemplo ilustrará el método seguido: la Conferencia Regional sobre las Zonas Aridas, celebrada en Buenos Aires en 1963, congregó 600 personalidades iberoamericanas y de Alemania, Australia, Austria, España, Estados Unidos, Francia, Hungría, Israel, Reino Unido, Sudán, Suecia, Túnez y Laos.

Recibió la enseñanza de las ciencias atención considerable, en sus diversos niveles y gracias al Centro de Montevideo. Iberoamérica participó con intensidad en las grandes empresas internacionales: la oceanografía, las zonas áridas y, en la actualidad, el Decenio Hidrológico Internacional, señalándose la creación de comités nacionales en Argentina, Brasil, Méjico y Uruguay.

No han faltado las preocupaciones relativas a la documentación científica y a la creación de consejos nacionales de investigación para el planeamiento de las aplicaciones científicas y tecnológicas al desarrollo. La cooperación de las naciones latinoamericanas, de la OEA y de otros muchos organismos, permitió dar cima a ese cúmulo de trabajos.



Bolivia, que hace ocho años debía importar el azúcar, se ha visto obligada en la actualidad a limitar la producción nacional para evitar una serie de agudos problemas de superproducción. El principal problema estriba en que la población, compuesta en un 70 por 100 de indígenas, ha comenzado a consumir muy lentamente este producto, y, por otra parte, las dificultades de exportación son graves, ya sea porque el azúcar boliviano, debido a que su costo de producción es elevado, es bastante caro, ya por las mismas dificultades de su aislamiento geográfico. No obstante, se han iniciado contactos con Paraguay y Chile —país con el que Bolivia no tiene relaciones diplomáticas— para lograr una necesaria y cada vez más urgente exportación.



Con la intervención del Departamento de Emisión del Banco de la República, uno de los más importantes Bancos uruguayos, el Transatlántico, con una casa central y cuarenta y siete sucursales en todo el país, la organización de negocios rurales más grande de la nación, y una cifra de 170.000 clientes, se ha declarado en quiebra. Este caso se une a la

desaparición en los últimos tiempos de otras cuatro instituciones bancarias menores y a la absorción de varias por entidades más poderosas.

En el caso presente se han descubierto irregularidades en el manejo de los fondos, especialmente en las divisas. Aunque aún la justicia uruguaya no ha dado su veredicto, ha ordenado la detención de once dirigentes del Banco.



Con motivo del IV Centenario de la Evangelización de Filipinas, Su Santidad el papa Pablo VI ha dirigido un mensaje radiado, en el que, en español, dijo: «Y ahora vamos a expresarnos en la lengua en que los misioneros españoles anunciaron por primera vez el Evangelio en vuestras islas. La posición geográfica y el destino histórico de vuestro país, el esplendor de vida religiosa de vuestros hogares y tantos otros títulos como podríamos enumerar, constituyen otras tantas llamadas e invitaciones a dar a vuestra sincera profesión católica una creciente expansión misionera. Conocemos el proyecto de seminario para misiones extranjeras con el que el episcopado filipino quiere poner broche de oro a este Centenario y que Nos, con alegría bendecimos.»

«Amadísimos hijos —continuó diciendo el papa en español—, hemos enviado para representarnos en las solemnidades que celebráis como legado nuestro a un dignísimo cardenal. Pero, con mucho gusto, hubiéramos querido visitar en esta ocasión vuestro hermoso país y estar personalmente presente entre vosotros para alentar vuestros buenos propósitos de fidelidad a Cristo y a su Evangelio, para dar con nuestra presencia un nuevo testimonio de afecto que el Vicario de Cristo profesa a ese gran pueblo lleno de méritos y de promesas. Tened todos la certeza del gran amor con que invocamos sobre cada uno de vosotros las más ricas gracias del cielo y os otorgamos una amplia y efusiva bendición apostólica.»



Los dirigentes de los partidos liberal y conservador de Colombia, de acuerdo con la frase de Mao Tse Tung, «el mejor aliado del comunismo es el medio ambiente en que viven los pueblos», se han propuesto la elevación del nivel de vida del pueblo, estimular los medios de desarrollo económico, intensificar la educación religiosa y propiciar el bienestar social devolviendo a los colombianos la fe en sus instituciones, como un medio, el más eficaz, de solucionar el grave peligro comunista en el país.

El internacionalista liberal Diego Uribe Vargas, ex presidente de la Cámara de Representantes e integrante de la Comisión Asesora de Relaciones, ha afirmado: «Creo que hay varios métodos para contrarrestar la infiltración comunista. Por una parte, la adopción de medidas de complementación e integración económica de América Latina que permitan a estos países niveles de vida más elevados, con lo cual se evita el principal caldo de cultivo que lo constituyen la miseria, el analfabetismo y la desnutrición.»

☆

La lectura del «Plan Ecuatoriano de Educación 1964», presentado por el ministro del ramo, licenciado Humberto Vacas Gómez, es una buena prueba del esmero con que en Hispanoamérica se estudian estos problemas. «El desarrollo de un país supone —afirma el documento— la creación de una infraestructura técnica, económica y social adecuada, en la que el elemento humano es el recurso más importante.» No es de extrañar que bajo tales perspectivas la educación ocupe el primer rango de las inquietudes nacionales y que el capítulo más destacado en los presupuestos del Estado sea precisamente el que corresponde al Ministerio de Educación Pública.

No sólo subrayan las 278 páginas del informe los aspectos más vitales de la enseñanza en sus relaciones con el progreso económico y social, sino que además muestran la rapidez con que se contagian los conocimientos y que todos los países, cualquiera que fuere su grado de industrialización, están sometidos al mismo proceso: el desarrollo exige de manera inexorable una ampliación y un mejoramiento cualitativo de los sistemas de enseñanza. En el caso del Ecuador la extensión de la primaria, la diversificación de la secundaria, para abrir el camino a una formación que permita elegir entre carreras cortas de tipo profesional medio, y la lucha contra el analfabetismo destinada a la integración económica y social de los adultos en los medios rurales, tienen un carácter prioritario.

¿Cómo proceder a esa transformación rápida de las estructuras escolares, a una ampliación de la matrícula y al mejoramiento cualitativo de la instrucción? El plan se refiere a todos esos puntos y fija las metas a lograr, año por año desde 1964 hasta fines de 1974. Ese detalle permite apreciar el esfuerzo gradual a realizar, en forma paulatina y de acuerdo con las posibilidades financieras del país. Lo cual subraya el espíritu de continuidad que debe dominar la gestión general de los asuntos educativos del Ecuador. El licenciado Humberto Vacas Gómez, en el debate general celebrado en la última Conferencia General

de la UNESCO, pudo afirmar con satisfacción que todos los ecuatorianos sienten como propias las aspiraciones inaplazables del progreso, y cuenta con el apoyo de los maestros, de los hombres de pensamiento, de la prensa, de las instituciones y de todos los sectores del pueblo, sin excepción alguna.

Para 1973, habida cuenta del crecimiento demográfico de la población, habrán de incorporarse a las aulas 400.000 niños más y se habrán construído 9.000 aulas y creado 7.000 nuevas plazas de maestros. En gran parte, ese esfuerzo de escolarización y de alfabetización de los adultos se hará sentir en las regiones rurales del país y es en la feliz integración de las culturas autóctonas y en el mantenimiento en las aulas de los niños indígenas donde habrá de realizarse la tarea más eminente, inspirada en una pedagogía muy refinada y no exenta de empeño para adaptarse al medio ambiente.

Desde el punto de vista cualitativo, el Ministerio se propone reducir la deserción escolar y modificar el sistema de exámenes y de promoción entre los grados, lo que equivale a afirmar que Iberoamérica, en su conjunto, entre en una nueva época.



En conmemoración del vigésimo quinto aniversario de la fundación de la Escuela Nacional de Bellas Artes, el ministro de Educación Pública de Honduras inauguró recientemente una exposición de arte hondureño integrada por unas ciento sesenta obras, representativas de la evolución artística del país en los últimos veinticinco años. Entre los artistas incluídos destacan Pablo Zelaya Sierra, Arturo López Rodezno, Arturo Luna, Moisés Becerra y Miguel Angel Ruiz. La escuela, que cuenta con secciones de Dibujo, Pintura, Escultura, Cerámica y Talla en madera, tiene por actual director a Mario Castillo, prestigioso artista hondureño.



Los trabajos experimentales desarrollados en el Perú, bajo la inspiración del ministro de Educación Pública, señor Ernesto Montagne, ofrecen un interés capital para dar a la educación en las poblaciones rurales dispersas, el valor cualitativo indispensable. Parten los profesores peruanos de la idea de que también el niño campesino tiene derecho a la instrucción completa, y huyendo de toda polémica de tipo teórico, el gobierno de la República ha puesto en marcha el plan de mejoramiento escolar: «una empresa histórica en la redención del Perú».

Un total de 2.200 maestros, procedentes de todas las regiones del territorio nacional, han participado en demostraciones sobre lo que constituye la jornada escolar en establecimientos unidocentes completos. Mientras la concentración urbana no sea general, la escuela unitaria completa será, a pesar de sus imperfecciones, la única posibilidad de que los niños no sean expulsados de las aulas antes de contar con los conocimientos elementales precisos para la lucha por la vida.

En un ambiente de trabajo sobresaliente, los especialistas de la UNESCO pusieron de relieve ante 200 maestros la práctica completa de la enseñanza para niños de edades heterogéneas y con niveles muy diversos de adelanto en la instrucción. Conviene observar que los discípulos recibieron manuales de geografía y de matemáticas, de lectura y algunos materiales de laboratorio para las lecciones de física y ciencias naturales. Las demostraciones abarcaron las clases del lenguaje y las ciencias naturales durante una semana, y en la primera disciplina fueron divididos en cuatro grupos según su habilidad para la lectura: los que leían bien, los que encuentran dificultades, los que leen con serias dificultades y los que todavía no han aprendido a leer, Mientras el primer grupo leía, los demás se ejercitaron en la caligrafía, conforme a un texto escrito en la pizarra a la llegada de los alumnos. El ejercicio diario de lectura en cadena, con arreglo a las recomendaciones de los especialistas de la UNESCO dió lugar a explicación breve de las palabras, de la ortografía y de las reglas gramaticales. Los buenos lectores realizaron sus ejercicios sobre trozos relativamente difíciles y pudieron preparar composiciones sobre los temas de actualidad e incluso confeccionar un gran diario mural, homenaje a sir Winston Churchill.

Lo dicho no es más que un ejemplo para probar la actividad de la clase, que en las siguientes semanas abarcó las ciencias naturales, las ciencias sociales, las matemáticas, la geografía y la historia, así como la educación física.

Más tarde, en el Centro de Perfeccionamiento de Lima, participaron en demostraciones de tipo general 2.000 maestros y se tomaron disposiciones interesantes en cuanto a la preparación de los programas escolares a desarrollar en el próximo curso.

El Ministerio prepara la creación de diez escuelas unitarias completas, anejas a otras tantas escuelas normales, y activamente se estudia la transformación de los establecimientos hoy incompletos en otros de tipo completo. Todos los maestros que reciban el grado en el porvenir poseerán información teórica y práctica sobre la escuela unitaria completa. En los casos en que se cuente con más de dos maestros, estas técnicas recibirán la aplicación pertinente.

En reñida competencia con los escritores Compton-Bubertt, inglesa; Joao Guimaraes Rosa, brasileño; Gombrowicz, polaco; Sundman, sueco, y Mishima, japonés, obtuvo el Premio Internacional de Literatura el novelista norteamericano Saúl Bellow por su novela Mr. Herzog. *El argentino Julio Cortázar fué otro de los favoritos en las sucesivas votaciones.*

Las deliberaciones, celebradas en Valescure, Saint Raphael, coincidieron con la entrega a Gisela Elsner, ganadora del Prix Formentor 1964, de los trece ejemplares de cada una de sus trece ediciones. Al mismo tiempo se dió a conocer el fallo del Premio Formentor 1965 en favor del manuscrito de Stephen Schnech, Nightolerk (El portero de noche). *El autor es de nacionalidad norteamericana y hasta ahora tan sólo había publicado un libro de ensayo. Otros libros que merecieron especial atención fueron* Vista del amanecer en el Trópico, *del cubano Guillermo Cabrera Infante, y* Calvinols Resa Världen, *del sueco P. J. Jersild.*—CARLOS VARO.

Sección Bibliográfica

ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ: *La sociedad española en el siglo XVII.* T. I. Monografías Histórico-Sociales. Vol. VII. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1964: 375 págs.

La atención creciente que vienen dispensando los historiadores al estudio de la estructura social ha traído a los estudios históricos un aire de indiscutible modernidad. El fenómeno es a un tiempo, seguramente, causa y efecto; su razón reside en ciertas actitudes de la conciencia historiográfica, distintas en la estirpe y en las consecuencias, cuya utilidad, en todo caso, está a la vista. En definitiva, el interés por los estudios infraestructurales no es ya privativo de la historiografía de signo marxista, quizá porque el historiador ha comprendido la debilidad en que sin ellos se apoya la conjetura teórica.

En la línea que consideramos crece también el interés por los grupos sociales, entendidos como la fuente más verosímil a la hora de reconstruir el pasado. Cualquiera que sea el criterio seguido para establecer y contornear estos grupos—y en esa elección del criterio reside la inoperatividad de algunas investigaciones—, el método permite un conocimiento de la variedad y una pormenorización de las observaciones del mejor interés. Pensamos, además, que en el grupo reside en última instancia la realidad social, que ellos guardan más caliente el rescoldo de la vida humana que titularizaron y que, por tanto, su estudio nos coloca en una perspectiva prometedora de realismo. Manipular con grandes instrumentos históricos entraña siempre el riesgo de distorsión de la mentalidad interpretativa, aunque a veces el procedimiento sea obligado y casi siempre sugestivo.

Domínguez Ortiz nos había proporcionado ya, con su libro sobre el siglo XVIII, una evidente muestra de cómo debe hacerse la historia social. Ante un siglo preterido, abrumado por interpretaciones peyorativas y fáciles, el autor nos daba allí una imagen más cabal y posible de lo que fué la época ilustrada. No cabe duda de que aquel estudio sigue siendo hoy la obra fundamental para acercarnos a la problemá tica de aquella sociedad, a pesar de la diversa y notable bibliografía que se ha publicado después.

Ahora emprende el autor la tarea de historiar el siglo XVII, con idéntico procedimiento: establecer los fundamentos sociológicos de la época para ofrecer una primera imagen de los cuadros sociales de la decadencia. En este primer tomo, Domínguez Ortiz atiende a los problemas de población y ensaya una exposición de las condiciones en que opera en la sociedad el estamento nobiliario.

La cuestión previa que plantea el autor es la de delimitar los contornos del período estudiado, aclarando las razónes de su enmarcación cronológica. En el curso de la historia, los siglos no se acaban y suceden mecánicamente como piezas de un sistema, sino que se entrelazan y confunden de manera biológica. Por eso, «si bajo ciertos aspectos la época definida por los últimos Austrias y los primeros Borbones debe ser estudiada como una unidad para una síntesis de historia social, parece preferible escoger como cuadro cronológico el siglo XVII». Precisamente porque el libro va a mostrarnos la profunda individualidad que caracteriza al siglo, a pesar de las sustanciales pervivencias del anterior y de su proyección hacia el siguiente. Individualidad que consiste en un grave fenómeno de «estancamiento», no exclusivamente español, sino común a la historia europea.

Una primera ojeada al panorama político del siglo sirve al autor para orientar, con fino tacto, la dirección de sus conclusiones. El siglo XVII fué el siglo de la decadencia; pero ¿cuáles fueron los problemas de esa política española y cuáles las consecuencias para la sociedad? Muestra Domínguez Ortiz, en una primera caracterización, cómo el siglo XVII se rige por un fenómeno singular, cuyas consecuencias para la vida social son obvias: la política de la monarquía fué, fundamentalmente, política exterior; la primacía de las cuestiones internacionales fué siempre un hecho, y la política exterior, materializada en una política de guerras, tuvo inmediatas y destructoras consecuencias sobre el país.

El problema, de otro lado, consistía en conseguir que la realidad Imperio español lograse verdadera cohesión. Pero ni la política «de Casa» seguida por el Emperador, ni la castellanización de la monarquía que tuvo lugar con Felipe II, consiguieron ese propósito de unidad. Un Imperio como el español era de suyo una realidad demasiado heterogénea —y quizá demasiado arbitraria— para tolerar la unidad. Para la historia social lo relevante es que esa política, obligada o no, trajo gravísimas consecuencias económicas, por cuanto obligó a seguir una demoledora exacción. Castilla, centro del Imperio, fué también el centro de la catástrofe. Y ni siquiera el receso que supone el reinado de Felipe III, con su política necesariamente abstencionista e interior, pudo detener una crisis nacional que luego, con la más grave

«política de prestigio» de Olivares y sus consecuencias económicas, se haría insostenible. La sociedad española bajo Carlos II no es sino la imagen de una sociedad agotada, extinguida, casi, vitalmente, por las anteriores circunstancias. Y el fenómeno, además, es común a la Francia de la época, sólo que ésta, mucho más cohesiva y unitaria en su geopolítica, triunfó, en último término, «porque recibe más litros de lluvia por metro cuadrado y tiene menor altitud media». Por lo demás, todo este proceso es paralelo al otro de desnaturalización de las Cortes. El absolutismo opera, con vistas a los planes de su política internacional, libre de toda dificultad institucional. La venalidad, la presión estatal y otras causas, desmoronan los órganos representativos que, bajo Carlos II, «perdieron incluso aquella sombra de autoridad que tuvieron».

El proceso, sin embargo, es más visible desde el ángulo de la historia económica. Domínguez Ortiz establece, junto a la política de guerras, otro fenómeno que comparte con aquél las razones de la crisis: la coyuntura económico-financiera mundial.

El desastre tuvo, en efecto, muchas causas. Epidemias, malas condiciones climatológicas y otros problemas, coadyuvaron a hacer difícil la ya grave situación de una sociedad empobrecida hasta la miseria. Pero, sobre cualquier otro factor, el trabajo de Domínguez Ortiz señala la política internacional de los reyes y sus secuelas fiscales, como decisivo. No se puede olvidar que hoy, a la vista de un moderno utillaje técnico, la crisis aparece como el producto de una variada gama de factores político-económicos —moneda, crédito, cultivos, sistemas aduaneros, etcetera—, entre todos los cuales parece difuminarse la responsabilidad. Y, sin embargo, resulta evidente que la presión fiscal, irremediablemente agotadora, fué la causa definitiva. La imposición frecuente y creciente, el sistema de impuestos, la desigualdad contributiva y, sobre todo, los mecanismos de recaudación, hicieron de la sociedad un cuerpo exhausto, y de la hacienda, un arca de dudoso crédito. El caso de los célebres «millones» o el de las «sisas», muestran hasta qué extremo el sistema impositivo había entrado en un callejón sin salida. Sin salida, en especial, hasta que se depusiera la política de guerras; pero también, y en gran medida, dependiendo de una situación crítica que, a la vista del cuadro trazado por el autor, era realmente caótica.

En lo que respecta a los cuadros sociales, Domínguez Ortiz dibuja un panorama del todo consecuente con lo anterior.

En principio, la dificultad estriba en delimitar el alcance de lo estamental: «la antigua sociedad estamental tenía muchos rasgos claramente clasistas, por donde la diferencia entre ambas no es tan grande como suele decirse», señala el autor, para concluir que «el poder del

dinero como destructor de jerarquías preestablecidas se reveló irresistible».

Lo más interesante es la desnaturalización de los cuerpos sociales intermedios. Una burguesía, como tal, no aparece en los cuadros de la época. La sociedad del siglo XVII, en principio estamental, no conoció más que el clero y la nobleza frente a una masa indiscriminable: «concediendo que el clero y la nobleza fueran verdaderos estamentos, no se sigue de aquí que lo fuera la entera sociedad española, ya que el «estado general», o sea la inmensa mayoría de la misma, no formaba un estamento: no era más que una masa inorgánica definida por exclusión». ¿No será también la política fiscal de los Austrias titular de este fenómeno? Unas leyes suntuarias que controlan el gasto y el consumo del país, parecen —independientemente de su poca utilidad o de su fracaso como instrumento técnico— querer favorecer la estructura vigente, recortando las posibilidades de movilidad vertical. Lo cierto es que la desigualdad económica y la otra impositiva minaban progresivamente la capacidad efectiva de los elementos no pertenecientes a los estamentos privilegiados, con evidente riesgo de descomposición nacional. No hay que perder de vista que esta situación es del todo consecuente con el panorama económico que antes vimos. Sin actividad industrial, con un comercio agonizante y una agricultura imposibilitada de desarrollo, no podrían existir más que esos cuadros. Una burguesía, de existir en plenitud, se hubiera despeñado ante la situación.

La parte primera del libro está dedicada, como dijimos, al estudio de la evolución demográfica, y es una prueba concluyente del gran esfuerzo investigador realizado por Domínguez Ortiz. Las fuentes para el estudio de la población de que disponemos plantean lógicamente graves dificultades, sobre todo por la «ausencia de un cuadro general, digno de crédito». Falta, por lo general, el apoyo estadístico, que se sustituye por la apreciación del autor, por conjeturas o cálculos. Y del lado técnico, los datos suministrados no pueden interpretarse literalmente porque fueron confeccionados con criterios que no son los actuales.

Lo que parece claro es que «la población española parece haber disminuído». Ya desde el siglo XVI, las denuncias sobre la escasez de población, a la que se atribuyen las malas condiciones estructurales, son frecuentes en los autores que tratan del estado de la monarquía. Se cree comúnmente que el escaso volumen de población es la causa de la baja productividad y, en consecuencia, de la pobreza del país. Casi todos estos escritores recomiendan una política de desarrollo demográfico, convencidos de que la población es riqueza.

Y, sin embargo, el siglo XVII, por referencia al XVI o al XVIII,

arroja un saldo demográfico negativo, por la presencia de determinados factores de perturbación. Domínguez Ortiz muestra estadísticamente cómo el siglo XVII conservó la energía biológica necesaria, manteniendo altos los índices de natalidad. Frente a ello, la mortalidad también es elevada, por causa no sólo de las comunes en la época, sino de otras extraordinarias que a continuación veremos. El crecimiento vegetativo, escaso en las zonas urbanas, fué «claramente positivo», sin embargo, en el campo.

¿Cuáles fueron, pues, las causas de la disminución observada? El autor concluye que si con una estructura análoga a la de los siglos anterior y siguiente el saldo demográfico «del XVII resultó negativo, se debió a una acumulación excepcional de factores adversos tal como España nunca había conocido otra igual en su historia».

Nota Domínguez Ortiz cómo los contemporáneos consideraban a la política fiscal responsable de la despoblación. Una consideración moderna, en cambio, sugiere pensar más bien en el detrimento que se debe a una alta mortalidad infantil y a los estragos de las epidemias. El libro muestra, en relación con estas últimas, un cuadro completo, realmente aterrador, no sólo por su volumen y frecuencia, sino por el hecho insuperable de unas condiciones sociales que favorecían sensiblemente el fenómeno. Las malas cosechas, en especial, junto a la extrema pobreza en que el país vivía, agotado por la falta de recursos y por las exacciones fiscales, fomentaron el hambre y la miseria, abriendo el camino de la mortandad. Y a su vez, la peste, destruyendo las energías de la sociedad, agravaba de suyo la situación económica.

Otro factor de evidente importancia fué la expulsión de los moriscos. La salida de una población importantísima, numérica y funcionalmente, fué un rudo golpe para la demografía del país, al tiempo que favoreció la de los países berberiscos, por entonces enemigos. El bache sufrido trató de rellenarse con un movimiento de repoblación, de distinta envergadura y consecuencias, según las regiones, que resultó, a pesar de todo, incapaz de restañar la importante herida.

La emigración a tierra americana, frecuente y numerosa, levantó una continuada protesta entre los observadores y responsables contemporáneos, y aunque el volumen del movimiento es difícil de establecer, importa reseñar que alcanzó elevados límites, espoleado por una especie de fiebre migratoria contra la que nada pudo la política restrictiva de los gobiernos.

Queda por señalar lo que significó en la evolución demográfica el volumen de las pérdidas militares, no sólo por su valor estadístico propio, sino por lo que esas pérdidas, de hombres jóvenes normalmente, supusieron en orden a la natalidad.

Imposible dar cuenta del contenido completo que este estudio de la población ofrece. El autor ensaya una síntesis del desarrollo de la población durante el siglo, por comparación entre los datos estadísticos del XVI y del XVIII. El estudio se completa con una interesante caracterización de la población campesina y urbana, de utilidad indudable para entender el sentido de la crisis.

El panorama general que ofrece el país sorprende, ante todo, por la manifiesta desproporción que existe entre las formas de asentamiento. Junto a unas pocas grandes ciudades, una multitud de agrupamientos —verdaderas «microciudades»— inferiores frecuentemente a los 1.000 vecinos, agrupan el grueso de una población rural desplazada de manera clara hacia las zonas urbanas. El fenómeno es interpretado por Domínguez Ortiz como una consecuencia del sistema fiscal, desigualmente gravoso en detrimento de las economías débiles y, sobre todo, del mecanismo de recaudación. Los impuestos son cobrados por el sistema de «encabezamiento», tan desfavorable para grupos reducidos y, especialmente, para los afectados de fluctuaciones migratorias. Las malas condiciones económicas estudiadas se agravan con este sistema, dando lugar a que se produzca una despoblación masiva del campo. El hecho está condicionado, naturalmente, por las características ecológicas de las distintas zonas, pero puede afirmarse como fenómeno general, y como tal se denuncia por los observadores del momento. El estado de la población campesina se complica con esta despoblación, en un círculo cerrado que se atornilla angustiosamente porque, al despoblarse, el impuesto global ha de ser atendido por un número inferior de vecinos, dando lugar a una situación que en tiempo de los dos últimos Austrias es realmente desesperada.

El aspecto que ofrece el movimiento demográfico urbano es distinto. En primer lugar, las ciudades evolucionan muy desigualmente por obra de diversos factores coyunturales. La capitalidad, por ejemplo, hace crecer vertiginosamente a Madrid o despuebla Valladolid cuando se traslada la Corte de nuevo. El autor hace un interesante cuadro del movimiento en las ciudades, interesante para hacerse una idea de la extraña contextura y de la sorprendente mecánica de aquella sociedad.

La segunda parte del libro estudia el estamento nobiliario, su estructura y los modos de inserción en la sociedad que le caracterizaron.

El considerable volumen alcanzado en la época por la nobleza sugiere ante todo la pregunta de cuál era el concepto ordinario de su estado, de decir, sobre qué bases ideológicas se asentaba el prestigio estamental. El problema es complicado y sobre él vuelve luego el autor. Ahora interesa señalar cómo la noción de nobleza se apoya tanto en

una idea de posesión de la virtud —tesis que favorecía poco la apertura del grupo— como en una idea de herencia —grata a las concepciones populares—. Sobre ambos supuestos, la nobleza se sostiene como una fauna distinta y superior, no totalmente incomunicada con el resto de la población, pero con definida conciencia de su peculiaridad. El autor no cree, por lo demás, que el fenómeno adoptara la especie casticista, aunque sugiere que el tipo de hidalgo —quizá por consecuencia de la frecuente endogamia— pueda responder de hecho a ciertas constantes somáticas. Mas nos interesa el crecimiento de lo que se ha llamado «deseo de honor», observable en la población, patente en el sistema de «probanzas» de la condición nobiliaria, y junto a ello, el fenómeno de la «venta de hidalguías». El primero desconcierta un poco a quien acaba de ver la imagen de una sociedad estática y mísera, aunque quizá encuentre justificación en razones que pertenecerían a la psicología de una época que, en definitiva, es heredera directa del Renacimiento. No se puede olvidar, por otra parte, el papel que la condición nobiliaria juega en la sociedad estamental. Respecto de la «venta de hidalguía» como medio de acceso, sorprende también su volumen y el hecho de que no fuera el único camino para lograrlo. Resulta curioso ver cómo la sociedad del siglo XVII se esfuerza por lograr ese status, hasta el extremo que el sistema indicado sugiere, sobre la base de que «el principal motor de la aspiración a la hidalguía era el honor». El árbol nobiliario español llegó a resultar demasiado frondoso y hubo que proceder a su desmoche, no sólo por razones exclusivistas de origen estamental, sino por otras políticas: «el afán de los plebeyos por introducirse a hidalgos no se justificaba tanto por las ventajas materiales..., como por el deseo de alcanzar prestigio y elevarse».

Naturalmente que esa nobleza no constituye un bloque único, construído por adición de iguales elementos, sino un cuerpo jerarquizado cuyas piezas se articulan sistemáticamente. Desde la hidalguía a la grandeza se extiende un repertorio de categorías nobiliarias distintas, cuya caracterización no hace al caso. Lo que importa es advertir que si bien esos compartimentos están separados por privilegios económicos y morales propios, todo el sistema está luego recorrido por una interna pretensión de honorabilidad.

Entre el estamento y la masa indiscriminada queda abierto, como vimos, un portillo de acceso. La venta de hidalguías —contra la que en ocasiones claman los contemporáneos— prolifera a pesar de no estar del todo bien vista por el medio social. E, igualmente, la compra de «títulos» es frecuente, favorecida por la opinión de que no constituía de suyo un ennoblecimiento, sino una modificación estatutaria o posicional. Domínguez Ortiz describe con detalle la constitución de

la nobleza, dando la imagen de un cuerpo coherente y jerarquizado, cuya principal apoyatura efectiva es la riqueza. El fundamento hereditario, la sangre, funciona en la mentalidad junto a ciertos mecanismos económicos que son la base de una interesante movilidad vertical.

El problema de establecer la verdadera situación económica de la nobleza se agrava en vista de algunas versiones al uso, equivocadas o perdidas en la complejidad de la situación. En principio, el autor aclara lo que se refiere a la situación de los hidalgos, de quienes tradicionalmente contamos con una versión romántica poco verosímil. El número de hidalgos —solariegos, notorios o de privilegio— fué muy elevado en el momento, circunstancia que quizá haya favorecido la formación de opiniones corrientes. Los testimonios literarios o populares presentan una versión caricaturesca del tipo cuya autenticidad parece fundadamente dudosa. Es indudable, por otra parte, que existió ese «hidalgo pobre» y apicarado, el de la doble vida, pero el autor se pregunta si «fué tan abundante».

En general, la hacienda nobiliaria se asentaba sobre la propiedad territorial y señorial. La pequeña nobleza, como la grande, vive del producto que les rinde la tierra y las prestaciones. Pero, además, la nobleza superior disponía de otras rentas de oficio —cada vez menos relacionadas con la profesión de las armas—, que no estaban tanto al alcance de la pequeña. Esta, las «capas inferiores nobiliarias eran las más estrechamente dependientes de la tierra», mientras que las otras disponían de diversas fuentes de ingreso.

Frente a las circunstancias descritas, la nobleza encontró en el siglo XVII una coyuntura económica adversa que puso en serio peligro su fuerza dineraria. En efecto, durante todo el período, el estamento noble tuvo que pechar con las gravosas exigencias de la monarquía, que bajo distintas formas —peticiones de donativos, cargas, obligaciones de contribución militar, descuentos y arbitrios— llegó en algunos casos a poner en peligro fortunas que habían sido poderosas. Opina Domínguez Ortiz que la nobleza «por lo menos en sus estratos superiores, poseía una enorme masa de bienes, pero los administraba pésimamente». Resulta, por el testimonio de algunos observadores y por el panorama de la vida social, que la economía nobiliaria no tuvo otro norte que el despilfarro, y que estuvo regida por la mayor incompetencia. Más bien parece, según el autor, que esa nobleza, gastosa y descuidada, vivió presa de un juego de fuerzas sociales que acabó por destruirla en sus fundamentos económicos. Sorprende, sobre todo, el enorme volumen de los gastos nobles y la incomprensible facilidad con que las casas liquidaban sus patrimonios en liberal ostentación; dice el autor que «aun en las etapas más difíciles, el lujo y el derroche de

la alta aristocracia impresionaban a propios y extraños», y termina: «era, pues, una masa enorme de riqueza la que se hallaba en poder de la nobleza española, y el hecho de que fuera administrada según principios totalmente contrarios a los de productividad y economía, que ya regían en otros países de Europa, no pudo dejar de tener desfavorables consecuencias para la evolución económica de España».

En lo referente a la función ejercida por el estamento noble, hay que tener presente dos realidades: la desaparición de la vieja mentalidad guerrera y la ausencia de condiciones adecuadas para ejercer un control institucional de las tareas de gobierno.

La nobleza guerrera de las concepciones heroicas no cabe en unos cuadros sociales como los del siglo XVII, y ni siquiera la guerra contemporánea admite esa posibilidad. Hacía ya mucho tiempo que la función militar de la nobleza había hecho crisis y el prestigio estamental no encontraba por ese lado ningún sostén.

Por otro lado, no existía ya la posibilidad de controlar la vida política de un Estado y de una sociedad básicamente politizados y erigidos sobre fundamentos técnicos.

La nobleza se refugió entonces, señala el autor, «en villas y ciudades», en un ensayo de mantener su prestigio y ascendiente controlando la vida de los grupos menores. La lucha se entabló, lógicamente, con las instituciones municipales de carácter urbano o rural, con resultados alternativos.

Sin detenernos a desmenuzar el vasto análisis de Domínguez Ortiz, señalemos este esfuerzo del estamento por encontrar una razón de existencia justificativa de sus privilegios. Sin que olvidemos, no obstante, que el empeño obedecía igualmente a razones personales, que quizá no cuenten tan poco, en relación con las pretendidas razones de servicio a la comunidad, como parece deducirse del estudio.

Todavía hay que añadir que la nobleza gozaba, sin duda, de un mejor nivel cultural que el resto de la población, llegando en muchos casos, que son como un anticipo de años venideros, a constituir las famosas «tertulias» poéticas o de otra índole, reveladoras de su buen empeño.

La vida social de la nobleza es presentada por Domínguez Ortiz en trazos que sorprenden a quien acaba de considerar a esa sociedad en su conjunto. Las condiciones de vida del noble difieren, en principio, según el medio y el nivel en que se encuentre inserto. Pero, en todo caso, la norma de conducta general se caracterizaba por una desenfrenada ostentación, lo que permite considerar el sistema como anormal: nobleza urbana al cabo, rige su vida por la ley de la ostentación y el gasto, produciendo un doloroso contraste con la progresiva pauperiza-

ción de la población rural y con las ínfimas condiciones de vida que atraviesa el bajo pueblo de las ciudades. La mansión ostentosa hasta lo increíble, la servidumbre numerosa o la espectacular licencia que encontramos en los modos de vivir de la nobleza, son fenómenos insólitos que nos permiten comprender la crisis económica y moral con facilidad.

También la justicia legal se doblegaba a las exigencias del privilegio, según demuestra cumplidamente el autor: «se saca la impresión de que en el siglo XVII tendía a formarse una moral especial para privilegiados».

No obstante que por lo que venimos reseñando sobre la nobleza podamos pensar en un estamento demasiado enterizo, lo cierto es que ese estamento era distinto por razón de internas circunstancias y por razones geográficas constitutivas. Domínguez Ortiz estudia las fronteras regionales que dividen a la nobleza, mostrando sustanciales diferencias. Quizá lo más revelador es la distinta base popular que sustenta en cada región al estamento, según se deduce de la morfología estudiada.

Finalmente, el autor recoge el pensamiento de la época en relación con la nobleza. En este punto —bien que pueda ser considerado marginal en un libro como el presente— creemos que el estudio pierde altura y se agota demasiado pronto, dejando alguna visible laguna. En lo fundamental, de todos modos, seguimos a Domínguez Ortiz a través de este fenómeno teórico poco atrayente, desdibujado y hosco que es el pensamiento de la época sobre el tema. Y eso que decimos fundamental es bien poca cosa, siquiera por comparación con otros momentos.

El autor señala que la interpretación teórica sobre la nobleza es «denigratoria o apologética» en razón de la mentalidad y condicionamientos del pensador, y admite un tipo intermedio, componedor, tolerante y, por lo demás, bastante extendido, de interpretación ecléctica. No cabe detenernos mucho en este punto. Baste señalar que la crítica de la nobleza se fundamenta en una vieja cuestión de fondo, de abolengo renacentista —aunque indudablemente es ésta una cuestión eterna—, y que, por lo demás, suele ofrecer soluciones consecuentes con la personalidad del autor: es la de saber si la nobleza es mérito personal o calidad heredada.

Lo que de esta discusión importa son sus consecuencias sociológicas y no su desarrollo poco prometedor de originalidad. En efecto, lo importante es que de una u otra solución depende que el privilegio se abra al hombre o se cierre sobre sí mismo. Pero la época, desprovista de cuerpos intermedios coherentes que pudieran imponer la tesis del mérito, se pronuncia por un tipo de solución ecléctica —que, en el

fondo, no es sino un encubierto apoyo a la pretensión nobiliaria-, poco clarificadora. El pensamiento del siglo XVII en relación a la nobleza se presenta, y esto lo ve muy bien Domínguez Ortiz, en un estéril despliegue escolástico, baldío de verdaderas aportaciones, y que, lejos de llegar a influir en la realidad, termina mordiéndose la cola de sus propios compromisos.

«La sociedad española en el siglo XVII» es, como hemos visto, un prodigioso esfuerzo documental, dirigido a una de las épocas más desconocidas de nuestra historia social, y que contará desde ahora entre la bibliografía previa e imprescindible para el estudio del siglo XVII. Un segundo volumen, de próxima aparición, acabará por establecer aquellos cuadros sociales desconocidos, contribuyendo al manifiesto resurgimiento de los estudios históricos españoles. La labor que el profesor Domínguez Ortiz viene realizando en esa historiografía es tan notoria que nos exime de su exposición. En todo caso, insistamos, el libro que ahora nos ofrece el autor es un instrumento imprescindible no sólo por sus méritos intrínsecos, sino porque viene a llenar una laguna importante de nuestro conocimiento del pasado nacional.—JOSÉ ANTONIO GÓMEZ MARÍN.

AMÉRICO CASTRO: *«La Celestina» como contienda literaria. (Castas y casticismos).* Revista de Occidente. Madrid, 1965, 175 pp.

El autor de ese libro capital para nuestra historia y nuestra cultura —aunque, como toda obra humana, discutible— que es *La realidad histórica de España* publica, en una prestigiosa editorial madrileña, una nueva cala en su tema favorito: el de las castas, insistiendo, como en obras anteriores, en el incalculable poso judaico contenido en el «ser»» español, en gran parte de nuestra mejor literatura. En la segunda edición, «muy ampliada y corregida», de su *De la edad conflictiva* (Taurus, 1961), afirmaba en tono tajante y polémico: «La historia de la literatura —apegada por lo común a las abstracciones y al convencionalismo de «buen tono»— tiene cuidado en no decir que sin la obra de los hispano-hebreos, la literatura del siglo XV aparecería bastante desmantelada» (p. 207). Y tanto en esta obra como en *La realidad histórica de España* aparecían ya las referencias concretas a Fernando de Rojas y a su genial creación, en la dirección emprendida y desarrollada en su reciente libro. «Fernando de Rojas era de origen judío, no sólo parcialmente, sino por los cuatro costados, según hará

ver en su biografía el profesor Stephen Gilman», escribe don Américo Castro en *De la edad conflictiva* (p. 199). Y en la segunda edición, renovada (Méjico, 1962), de *La realidad...* ratificaba, abarcando con el autor a su obra: «En 1499, el alma desesperada y evanescente de la España judaica se vertía en la inmortal Celestina, obra del judío converso Fernando de Rojas» (p. 78).

Es imprescindible tener muy presente toda la obra del profesor Castro, el entramado constitutivo de su sistema ideológico y los supuestos básicos de su eficio histórico-crítico, para poder circular con relativa desenvoltura por su último libro: Sugerencias, esbozos esfumadísimos, sendas interrumpidas apenas trazadas, aluvión —a veces caótico— de citas, de mucha, valiosa y variada erudición. Pero centrando y dando un cierto orden a tanto material, la insistencia en el sentido problemático de *La Celestina*, obligada, inmediata consecuencia de una España también problemática, de una época desgarrada en sorda o ruidosa lucha de castas: *La Celestina* se abre paso en Europa por su problematismo, tan auténtico como inquietante». Y líneas más adelante: «... Y el «caos litigioso» era el de un conflicto de casticismos, el de cómo se podía existir como persona, de cómo era posible poseer honra, de cuál iba a ser el sentido de los valores vigentes, de las promesas de redención, la de la cristiana y la de la judaica.» (*«La Celestina» como contienda literaria*, pp. 75 y 76).

La estructura del libro está formada por dos partes, de aproximado contenido, y un breve apéndice que remata y matiza algunas cuestiones expuestas en las dos partes constitutivas de la obra. Don Américo Castro comienza su primera parte, titulada «Pugna entre las Castas Españolas desde fines del siglo xv», volviendo con nuevos datos, con rica bibliografía española y extranjera, con agudas observaciones filológicas —propias del maestro de la filología hispánica que don Américo es—, retornando a sus antiguos y entrañables temas: al presentar la «crítica situación histórica después de 1492», escribe, reproduciendo el epitafio de los Reyes Católicos en la Capilla Real de Granada: «Dice, no más, que los Reyes Isabel y Fernando fueron llamados católicos por haber derrocado el poder de la secta mahometana, y por haber reducido la obstinación de los judíos» (p. 32), para terminar señalando y concluyendo que «lo únicamente destacado es el hecho de que una casta de españoles había hundido a las otras dos».

Pasa después el profesor Castro a ocuparse de *Las Comunidades de Castilla*, título precisamente de una obra clarificadora sobre tan apasionante tema: la del catedrático de la Universidad de Madrid don José Antonio Maravall. Las Comunidades y La Celestina son coordinadas en su génesis por don Américo Castro: «El conflicto de las castas

dió ocasión y permite explicar tanto la posibilidad de una obra como La Celestina—o el levantamiento de las Comunidades—como la llamada por Ortega «tibetanización» de España en el siglo XVII». El apartado siguiente de esta primera parte, «Tensión social y expresión literaria», va a llevar ya al autor a Fernando de Rojas y a su tragicomedia, tras citar y comentar el Cancionero de otro «cristiano nuevo», Juan del Encina, y atisbar parte del teatro prelopista, también producto de la misma situación social: «El teatro salmantino-extremeño es indisoluble del conflicto entre las castas adversas surgido a fines del siglo XV» (p. 82), deteniéndose en otros dos conversos: Bartolomé de Torres Naharro y Lucas Fernández, sin olvidar a escritores posteriores a La Celestina ni dejar de insistir en el punto de arranque de la situación social y su plasmación literaria: «...en la obra de Santa Teresa se manifiesta su cristianismo nuevo, sin afectar a su ortodoxia ni a su españolismo. En la literatura española, desde el Libro del Buen Amor hasta la época moderna, se fundió el espíritu de las tres castas».

Ya en la parte segunda, receptora de las tesis expuestas en la primera, el profesor Castro aborda directamente La Celestina, apuntando muy sutiles y justas consideraciones sobre ella, sobre su derivación de una sociedad en crisis o, al menos, de su reflejo, en su tensa y dinámica acción: «La finalidad de esta "tragicomedia" no fué moralizar, ni criticar primordialmente el orden social o religioso. Lo que de esto haya es reflejo secundario de otros propósitos más hondos: la perversión y el trastorno de las jerarquías de valoración vigentes, de los ideales poéticos y caballerescos». Afirmación que fundamenta en la transformación del bello romance «La Misa de Amor» o «La Dama de Aragón» en el relato de Celestina sobre su entrada en la iglesia, pero sin intentar la investigación socio-económica imprescindible: lo realizado por el profesor Maravall en su valioso estudio «El Mundo Social de La Celestina» (Gredos, Madrid, 1964). En realidad, para don Américo Castro la causalidad de la obra es indubitable, y todo el crecido río de su investigación arriba inevitablemente al mar de su conclusión: «La Celestina no es, insistamos en ello, ni medieval ni renacentista. Su motivación ha de buscarse en la catástrofe que los judíos aún rememoran y equiparan a la destrucción de su templo por los romanos: la expulsión de 1492».—EMILIO MIRÓ.

LILÍ ALVAREZ: *Feminismo y espiritualidad.* Taurus Ediciones, 1964. 230 páginas.

Con razón se ha escudado la condesa de Valdane en unas declaraciones del cardenal Suenens. En esta etapa histórica en la que España comienza a hallarse capacitada para el diálogo no faltan voces discordantes, la de los que desafinan en el gran concierto de la comprensión espiritual. Por eso, a veces conviene protegerse bajo el palio de un alto padrinazgo, como lo hijo Feijoo en el siglo XVIII tras una real pragmática que le sirvió de parapeto contra el guirigay de los estólidos de siempre.

El libro parece ir dirigido hacia una meta muy específica: la de la emancipación cultural de la religiosa, pero apunta más alto, y la reflexión se extiende luego, como una mancha de aceite, sobre el campo más vasto de la mujer en general. Planteada la tesis de que la religiosa no se halla a la altura de los tiempos (y los paradigmas abundan en la obra que comentamos), se pasa inevitablemente a la defensa de la mujer («esa *esclava* e *inferior* al varón»). Se cita la encíclica *Pacem in Terris* y se habla de la «descolonización» femenina, se mencionan estadísticas y ejemplos que nos abruman y no faltan las escaramuzas de las polémicas. Copiemos, por ejemplo, el siguiente párrafo: ¿Podían las chinas saber en 1912, cuando Sun Yat-sen les mandó quitarse las vendas que deformaban ridículamente sus pies, cómo era la configuración normal de un pie de china? Ante la misma incógnita estamos las occidentales: es nuestro ser entero--y no nuestras extremidades inferiores—el que ha sido prensado, deformado, reducido a la «pequeñez» de un infantilismo falso..., ¡y lo mismo que en el caso de las chinas, es en este tamaño diminuto, en esta «chiquitinería», en esta «monada», en la que reside nuestro especialísimo encanto, nuestro atractivo sexual!

Es indudable que la descolonización de la mujer ha abierto un amplio palenque en donde el sexo oprimido podrá demostrar plenamente unas cualidades que ya ha revelado en las exploraciones psicométricas. Pero la misma Lilí Alvarez nos advierte: «Hoy estoy dispuesta a afirmar que el riesgo principal que corremos las mujeres en el presente es que por causas ajenas—sin duda por el afán de parecerse a las sociedades más avanzadas, "para que no digan"—nos den los "derechos" oficiales con demasiada facilidad, y por ello no nos preocupemos siquiera de ellos. Ni de las "obligaciones" que llevan consigo. Cuando las leyes no concuerdan con la mentalidad común, con el consenso de las costumbres, hay que preguntarse: ¿qué han hecho las mujeres para obtener estas leyes? ¿A cuántas han impor-

tado luego de obtenidas? ¿A una por mil? ¿A cinco, a diez por mil? ¿Puede llamarse eso "promoción", crecimiento propio?»

Voy a poner un solo ejemplo: los que somos profesores de universidad sabemos hasta qué punto la mujer puede competir con el hombre en el quehacer científico. Es más, paradójicamente en esta bendita piel de toro, casi me atrevería a asegurar que es la mujer la que supera al hombre, precisamente porque se halla exenta, en mayor o en menor cuantía, de esas preocupaciones materiales que sirven de lastre a la imaginación creadora del varón. Pero un buen día aquella muchacha en la que teníamos depositadas todas nuestras esperanzas desaparece como por ensalmo. Meses después nos enteramos que tiene novio, que, en otras palabras, ha encontrado lo que monopoliza todas sus apetencias y sus ideales. ¿Cuál es la proporción de alumnas de universidad que no alcanzan la licenciatura por esas mismas razones? Desgraciadamente, el desfasaje entre el mundo de lo legal y ese otro mundo no etéreo, sino penosamente palpable de las realidades sociales, es a veces demasiado grande. Voy a citar un solo dato: Mirra Komarowsky entrevistó a un gran número de universitarias norteamericanas (no nos olvidemos que «se considera» a este país que es el paraíso de las mujeres). Muchas de estas jóvenes sufrían auténticas situaciones conflictuales porque el papel que se les asignaba como universitarias interfería el papel femenino que la sociedad le seguía atribuyendo. Cierta muchacha muy inteligente tenía, por ejemplo, que aparentar ser una estúpida para que el novio no la abandonara; otra de las entrevistadas sentía celos por una vecina suya que, a pesar de ser semianalfabeta, gozaba de gran *sex appeal.*

Lilí Alvarez pertenece a una época que podríamos denominar «feminista militante». Sus escritos y sus conferencias (y esto mismo lo podemos afirmar de su amiga, la condesa de Campo Alange) condensan como en un alambique toda la amargura que esta «edad del hierro» instiló en el corazón de una minoría de mujeres, lo que determina (y esta observación no es mía, sino de algunas señoras y señoritas que han comentado delante de mí este último libro de Lilí Alvarez) que algunos de los asertos de la escritora parezcan excesivamente agrios e incisivos. Pero es que en buena psicología dinámica el exceso de frustración conduce a una superabundancia de agresividad. Las pocas feministas que entonces existían debían gritar y gesticular para que la grey femenina despertara y para confundir los rebuznos de los «patriarcalistas» a ultranza que entonces campaban por sus respetos en esta tierra del Cid y de Viriato. Hoy la muchacha que se matricula en una Escuela de Ingenieros de Telecomunicación o la que plantea valientemente a los padres el absurdo de que sus

hermanos pueden llegar a casa a la hora que les apetece mientras que ella precisa toda una organización policíaca para salir con un muchacho, está haciendo feminismo, muchas veces sin saberlo. Justo es, sin embargo, que recuerde los nombres de aquellas otras mujeres que dinamitaron los obstáculos más groseros para que pudiera avanzar el gran convoy de la promoción cultural jurídica y social de la mujer.— ALFONSO ALVAREZ VILLAR.

LIBROS DEL BRASIL

PRESENCIA DE LA LITERATURA BRASILEÑA

La integración de lo teórico en lo pedagógico presenta graves y casi insalvables dificultades, sobre todo cuando se trata de una obra de carácter divulgador. Su excesivo volumen —al que se llega fatalmente en el caso de desarrollar la teoría— puede llevar a la obra escrita bajo esta preocupación hasta un terreno particularizador que no se avenga con su naturaleza divulgadora. Por otra parte, la escasez de teoría conduce al riesgo de que la obra se convierta en un mero catálogo de datos que, teniendo en cuenta al público al que va dirigida, no sean suficientemente explícitos por sí mismos. Es evidente que Antônio Cándido y J. Aderaldo Castello han tenido muy presentes estas dificultades al organizar su *Presença da literatura brasileira* y han tratado de salvarlas juiciosa y ponderadamente. Su propósito es el de mostrar a un público no especializado —pero del que lógicamente ha de salir un buen número de especialistas— las líneas fundamentales de la evolución de las letras del Brasil (1). A pesar de ello, dichos autores no se extienden, en el prólogo, en consideraciones sobre sus criterios organizadores, unos criterios que, por lo demás, evidencian la lectura de esta antología comentada, verdadera iniciación a la literatura brasileña.

Así, al juzgar una obra de tan delicada naturaleza, no hay más remedio que adoptar un patrón de relatividad. Hacer lo contrario nos conduciría a cometer evidentes injusticias. Lo único que debe exigirse a un libro como el que comentamos es que oriente al lector que, a

(1) ANTÔNIO CÁNDIDO y JOSÉ ADERALDO CASTELLO: *Presença da literatura brasileira*, Difusão Européia do Livro, São Paulo, 1964; tomo I (Origens e Barroco, Arcadismo, Romantismo), 380 pp.; tomo II (Romantismo, continuação, Realismo, Parnasianismo, Simbolismo), 358 pp.; tomo III (Modernismo), 384 pp.

través de él, pretende ambientarse en una rama de la cultura tan amplia y de límites tan imprecisos como la literatura. Para ello es necesario que señale con claridad las principales corrientes literarias e ideológicas que han determinado el desarrollo de la literatura en cuestión, pero al mismo tiempo no descuidar a ninguno de los autores que, dado ese mismo desarrollo y el estado actual de la crítica y la historiografía, se consideren fundamentales. Como el libro de los señores Cándido y Castello cumple, a nuestro entender, tan fundamentales condiciones, creemos que, bajo este aspecto, reúne las suficientes para recomendar su estudio a quienes deseen entrar en contacto con las letras del Brasil.

El primer problema que se plantea cuando se trata de historiar o antologizar la literatura brasileña es el de sus límites temporales. Es lo que ocurre con todas las literaturas iberoamericanas. ¿Cuándo, nos preguntamos, la literatura metropolitana escrita en ultramar cede el puesto a la realmente ultramarina? ¿Cuándo adquieren independencia las letras de cada uno de estos países? A veces, después de haberse producido la independencia política, porque no cabe duda de que esa misma independencia es necesaria para que se den las condiciones productoras de la autonomía cultural. El caso, no lo olvidemos, nos afecta también a los europeos. ¿Puede decirse que los Séneca, Quintiliano o Marcial pertenecen a la historia de la literatura española? El hecho de haber nacido todos ellos en España ha determinado que, durante bastante tiempo, se los considerase escritores españoles, y nosotros creemos que no sólo por un patriotismo mal entendido, sino también por el deseo de mantener viva la tradición del origen romano de nuestra cultura. ¿Y qué decir de los escritores arábigoandaluces: de un Al-Rusafi, un Ben Jafacha o un Ibn Zamrak? A éstos y a tantísimos otros que vivieron en España, insertos en una tradición cultural de cerca de ocho siglos, no se los ha venido considerando «tan españoles» como a los latinos seguramente por dos motivos fundamentales: primero, porque los estudios arábigos empezaron a florecer en España en una época relativamente próxima, y segundo, porque nuestro viejo patriotismo tenía uno de sus puntos de apoyo en la Reconquista, en un sentimiento ingenuamente antiislámico. Y no se diga que las razones lingüísticas han podido influir decisivamente en el hecho que comentamos: un 10 por 100, por lo menos, de las palabras españolas proceden del árabe o de las aportaciones semánticas de los pueblos del Magreb. La cuestión —si quisiéramos ser objetivos— habría que enfocarla desde otro punto de vista: el de la convivencia, en la poesía peninsular, del árabe y el castellano medieval. Ejemplo ya popularizado es el de las jarchas; me-

nos conocido es el de Aben Guzmán de Córdoba, inseparable de la evolución de toda poesía peninsular. Pero los intereses políticos hicieron que se prestase mucha más atención a las raíces latinas de la lengua. A nadie se le ocurrió, a ejemplo del padre de Garcilaso de la Vega, que en disputa con los embajadores ante el Vaticano de Francia, Toscana y Portugal, escribió un discurso que quería ser a la vez latín y castellano, hacer otro tanto en relación con la lengua de los moros. Y eso que en España han abundado los andalucistas.

Otro tanto podríamos decir en relación con los muchos y grandes escritores hebreos de la península, pero no queremos incurrir en prolijidad. Digamos, sí, y esto es importante, que lo dicho sobre los moros de España vale para los de Portugal, y lo mismo ocurre con los judíos. Ahora bien; a nuestro entender, lo cierto es que unos y otros escritores, a pesar de las diferencias de lengua —e incluso de civilización—, y tal vez precisamente por ellas, son imprescindibles para explicar la estructura, la historia y la presencia de las literaturas española y portuguesa. Por ello, tan equivocado es incluirlos de lleno en cualquiera de ellas como pretender estudiarlas sin tenerlos en cuenta: los fenómenos culturales son demasiado complejos para que podamos darles soluciones simplistas. Lo que sí debemos hacer es hablar con claridad para tratar de poner las cosas en su sitio. O, más modestamente, para hacernos entender.

Viene todo esto a propósito del primer tomo de la obra de los señores Cándido y Castello, en el que se estudian los períodos barroco y arcádico o neoclásico, considerando a escritores que estudian como propios muchas historias de la literatura portuguesa. Es el caso de Fernandes Brandão, de Marques Pereira y, sobre todo, del padre Vieira, que es a la prosa portuguesa lo que Cervantes a la nuestra. Pensamos que no hay serios motivos de disputa. Los estados actuales, en cuanto productos históricos, han evolucionado y no son los de ayer ni como los de ayer. Estos escritores pertenecen tanto a la historia de una como de otra literatura. Así como los clásicos —griegos y latinos— son antecedentes de todas las literaturas occidentales y por eso mismo pertenecen, en cierto modo, a la historia de todas ellas, estos otros escritores prueban que no puede escribirse sin contar con ellos la historia de la literatura de la antigua metrópoli ni la de la antigua colonia.

Disputas de este género no son desconocidas en las letras peninsulares. ¡Cuántos poetas galaicos nos disputamos españoles y portugueses! ¡Y hasta castellanos y gallegos, sobre todo desde el renacimiento decimonónico de las letras de Galicia!

Los autores de *Presença da literatura brasileira,* conscientes, por

lo que se ve, de la cuestión y sus dificultades, optan por internacionalizarla, de modo semejante al nuestro, cuando dicen que «los orígenes de la literatura brasileña, o de las manifestaciones literarias en el Brasil-Colonia, se enlazan al quinientismo portugués, y más directamente, al seiscientismo peninsular». Es que entonces no se habían consolidado los modernos nacionalismos y la cultura era más internacional que siglos después. En el Brasil, durante este primer período de sus letras, se escribió en portugués, en castellano, en latín y en tupí. Lo que espíritus temerosos pudieron pensar Babel ha desembocado en una de las literaturas más personales y características de América.

Si los dos primeros períodos estudiados por la obra que comentamos presentan estos aspectos polémicos, el tercero, que es el romántico, no deja de plantear otros interesantes problemas. Nos referimos, en especial, al ya apuntado más arriba: ¿coincide la independencia política con la literaria? Los autores llegan a afirmar que alguna de las obras de Gonçalves Dias—uno de los más caracterizados románticos brasileños—pertenece en realidad a la literatura portuguesa. No diríamos tanto: pertenece a ambas literaturas, si nuestras anteriores razones son válidas. Ahora bien; ante semejante afirmación, hemos de reconocer la objetividad buscada por los señores Cándido y Castello, garantía de la superación de viejos prejuicios, estériles, además, desde un punto de vista objetivamente histórico y hermenéutico.

Lo que sí queda claro es que la auténtica personalidad brasileña, que empieza a insinuarse en el período posromántico, con Machado de Assis, Euclides da Cunha, Joaquim Nabuco y otros, no se produce hasta el modernismo, último de los períodos estudiados en esta antología histórica. (El posmodernismo, todavía en desarrollo, queda al margen de su consideración.) Esto ocurrió porque, en su afán de desligarse—para afirmar una personalidad autónoma—de los influjos portugueses, los escritores del Brasil independiente buscaron los modelos europeos, y muy especialmente los franceses, desde la época romántica. (La revista que dió cuerpo al movimiento fué impresa precisamente en París.) También es significativo el hecho, destacado por ambos estudiosos brasileños, de que, fuera de Francia, sólo el Brasil tuviese un movimiento poético llamado parnasianismo, paralelo en todo al francés.

Tan complicada e interesante evolución condujo a la literatura brasileña al modernismo, públicamente proclamado en 1922, cuyo estudio cierra la obra de los señores Cándido y Castello.

Cada uno de los períodos o tendencias estudiados en ella va precedido de una nota relativamente extensa en la que se estudian sus características esenciales con claridad apropiada a su fin pedagógico.

Asimismo se ofrecen datos biográficos y críticos de cada uno de los setenta y tantos autores seleccionados, datos a veces no completos. (Falta la fecha de fallecimiento de algunos de ellos y determinadas notas muy características de sus personalidades: el suicidio de Raúl Pompéia, el asesinato de Euclides da Cunha, etc.) Cuando el texto seleccionado es un fragmento de una obra extensa (poema, relato, novela) hay una pequeña introducción al mismo. Con ello, la lectura queda convenientemente orientada.

Muy de alabar es el redondeamiento de la parte teórica del libro mediante el expediente de ceder la palabra a los propios escritores antologizados. Con ello se evitan las reiteraciones y contamos con textos originales y de valor literario autónomo. Así, entre otros ejemplos, se nos ofrecen prólogos de libros de Gonçalves Dias, Gonçalves de Magalhães y Junqueira Freire y textos críticos o manifiestos de Oswald de Andrade, José Lins do Rego y Mario de Andrade. Con ellos, la figura del autor y la tendencia por él representada se perfilan dentro, claro está, de los límites de una obra de carácter introductorio.

Considerada la estructura del libro, la selección de autores, que los señores Cándido y Castello quieren estricta, para que los elegidos queden suficientemente representados, no es, a nuestro entender, cuestión primordial, siempre que, como dijimos al principio, no se echen de menos las principales personalidades. Es lo que, afortunadamente, ocurre en *Presença da literatura brasileira,* a la que sólo podríamos poner algunos reparos en este sentido. Así, podríamos preguntarnos por qué no está representada una figura tan característica del posromanticismo como Joaquim Nabuco. Sus implicaciones políticas y sociológicas no restan valor literario a su prosa, una de las más puras y ricas de la literatura del Brasil. Pero estas son cuestiones que no afectan fundamentalmente al valor de la obra que hemos comentado, sujeta, por su carácter, a una insoslayable relatividad.—ANGEL CRESPO.

JOSÉ ANTONIO MASES: *La invasión.* Plaza & Janés. Barcelona, 1965.

José Antonio Mases ha residido seis años en Cuba, seis años realmente decisivos: de 1955 a 1960. Ello le permitió registrar una experiencia directa del régimen de Batista, así como del proceso de la revolución de Castro. Además de esto, Mases es dueño de ese sentimiento que reúne responsabilidad, piedad, fraternidad y curiosidad: por ello, en su narrativa se advierte que ha prestado una apasionada

e inteligente atención a las formas de vida de las capas sociales más bajas, esto es, más abrumadas, alienadas o exasperadas por la injusticia. Aquella estancia en Cuba durante unos años, como hemos dicho, decisivos, unida a esta peculiaridad humanista del autor, han formado un cimiento de veracidad, de seriedad a sus dos libros editados, que narran precisamente acontecimientos relativos a la dictadura de Batista y al desarrollo de la revolución que lo echó del poder. Mases, en julio del pasado año, publicó, en la editorial Plaza & Janés, una colección de narraciones agrupadas bajo el título común *Los padrenuestros y el fusil* (1). Este libro mostraba la vida económica, psicológica y revolucionaria de los últimos momentos de gobierno de Batista; la desesperación que reunía al pueblo en el rencor, la reivindicación y la lucha; la represión gubernamental; los actos terroristas de los rebeldes y, en fin, la lenta e incontenible estructuración de la revolución. En *Los padrenuestros y el fusil,* el personaje sustancial era el clima social de la isla. Los personajes que en este libro aparecían mostraban su llaga un instante y se retiraban para dejar paso a otros testimonios vivos; era, pues, un desfile de conflictos cuya semejanza construía, página a página, la causa profunda de la revolución: la injusticia. Ahora, en *La invasión,* la intención del autor es menos unilateral, más amplia y también más dispersa. Por un lado, ha continuado mostrando el clima revolucionario inmediatamente anterior a la caída de Batista; por otro, ha construído algunas instantáneas del tiempo posterior a la toma del poder por Castro; también ha implicado en el contexto de la narración algunas imágenes de nuestra guerra civil. Aparte esto, ha depositado esta vez la carga del libro, no sobre una situación general, sino sobre dos personajes que lo comienzan y concluyen, aun cuando éstos no dejan de representar, a lo largo de sus vidas, en que el autor los acompaña, una situación general. La técnica seguida en este libro es la del contrapunto espacio-temporal. Se ha estructurado en cinco apartados que se van simultaneando y que arrancan, en el tiempo, desde la España de 1936 y la Cuba de las mismas fechas hasta poco después del bloqueo armado norteamericano en el Caribe. Estos cinco apartados son llamados invariablemente «El exilio», «La lucha», «Román», «Gladis» y «La revolución»; en cada uno se alude a un tiempo y una circunstancia distintos y se van sucediendo sus apariciones hasta confluir en el momento en que algunos exilados cubanos se alimentan en los comedores españoles de Auxilio Social. En los capítulos correspondientes al apartado «Román» se refleja la infancia de éste, que será uno de los dos personajes centrales

(1) Véase reseña en el número 178 de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, páginas 208 y ss.

del libro, y el lugar en que se desenvuelve: un pueblecito asturiano; Román vive con su madre, de modo económicamente precario; su padre, hace algunos años, marchó a Cuba a intentar hacer fortuna; el muchacho asiste al sobresalto que la guerra del 36 inyecta en la mezcla de miseria y monotonía que caracteriza al pueblecito; durante la posguerra comienza a reunir lentamente el dinero que le costará un pasaje a Cuba: quiere hacer fortuna, enviar dinero a su madre; acaso, de un modo oscuro o inconsciente, vengarse de la inestabilidad económica que sofoca la casa en que vive; cuando cumple catorce años recibe una carta de su padre reclamándolo, acompañada de un pasaje para el barco; entrega sus ahorros a su madre y marcha a Cuba; su padre, en efecto, ha hecho fortuna: posee una casa de juego y de prostitución que, poco después de la llegada de Román, al morir, deja en manos de éste; durante los primeros capítulos de este apartado, Mases, aparte de ocuparse especialmente de la conciencia del niño, construye un panorama muy convincente de la forma de vida y la psicología del pequeño pueblo asturiano, con una fina capacidad de observación y un estilo ágil y capaz. En los capítulos que se agrupan bajo el título «Gladis», el autor hace el mismo recorrido que con Román; Gladis es, al principio, una niña mulata que vive con sus padres en un bohío; muere la madre, el padre se afirma en su hábito de beber, a duras penas van ganándose un mal sustento por medio de la busca de mariscos y aun por medio de la limosna; Gladis marcha a Cuba, trabaja una temporada en un establecimiento de planchaduría, es seducida y embarazada por un muchacho que la abandona; aborta, y concluye en una casa de prostitución; una noche es requerida para divertir a unos señores, clientes del establecimiento que regenta Román, y allí conoce a éste, que la hace su amante y le alienta su sueño de convertirse en «cancionera»: la radio, las entrevistas, «soy la mejor», etc. En los capítulos que recoge el apartado «La lucha»», Mases vuelve a mostrar su conocimiento del tiempo en que la revolución se formaba y crecía. Aparecen la actividad revolucionaria, silenciosa bajo la clandestinidad; las formas de enlace, los plásticos; el miedo, la indecisión o la decisión populares; las redadas, la dilatación de las fuerzas rebeldes; en este tiempo Román está de parte de Castro: de vez en cuando aporta dinero o lleva a cabo, con ayuda de Gladis, a quien encarga las actividades de mayor riesgo, algunas misiones revolucionarias; todos esto mientras continúa sintiendo asco y desprecio hacia los negros a su servicio y hacia todos los negros en general. (Las razones por las cuales Román accede a participar en la revolución son bastardas: en los últimos tiempos de Batista el desconcierto crece, la

policía acude a su casino y se marcha sin pagar y, en resumen, su negocio se tambalea: desea la caída de Batista únicamente con vistas a consolidar sus posesiones. «—Yo apoyé a la gente de la sierra, pero la revolución empieza a ser injusta.» «—Naturalmente. ¿Y a qué llamas tú justicia? ¿A dormir en una mansión lujosa con una amante? ¿A traficar con marihuana? ¿A explotar a unas cuantas muchachas inocentes en tu hermoso casino con aire acondicionado? ¿A la ruleta? ¿A tus generosos guateques, sólo para blancos? La revolución empieza a ser injusta cuando no es cómoda para tí, Román. Conozco tu caso». Págs. 144 y 145.) Los capítulos pertenecientes al epígrafe «La revolución» transcurren ya en el tiempo subsiguiente a la subida de Castro al poder; se muestra la cadena de detenciones de contrarrevolucionarios, los fusilamientos con piquetes castristas, el ataque frustrado de los anticastristas, el miedo o la ira de los pocos cubanos no revolucionarios asfixiándose entre el fervor popular que deposita en el gobierno de Fidel—todos le llaman por su nombre—, su, hace poco moribunda y ahora avasalladora, esperanza de bienestar y de justicia; se muestra el bloqueo económico de los norteamericanos y la actividad de los contrarrevolucionarios, y se dan numerosas estampas de la adhesión popular que ha hecho de la revolución de Castro un acontecimiento histórico en cierto modo—sólo en cierto modo—inverosímil. («—Yo soy hombre de paz, a mí esto de la política me tiene desprevenido, camarada. Yo voy trampicheando con este negocito de las semillas y desde que el INRA me donó aquel pedacito de tierra, yo que nunca tuve aonde plantar una matica de frijol, ni aquella Guardia Rural que había antes, cuando Batista me favorecía, voy por ái como loco de contento y me levanto del catre como si mismito fuera un muchacho de catorce años... Pero de política nada, camarada. Yo quiero a Fidel porque Fidel me dió la tierra y Fidel dijo que yo era lo mismo que los blancos, pa todas las cosas... ¿Quieren saber más? Pues que voy por los ochenta y dos años, que peleé en las montañas orientales, que allí me casé y que ahora moriré aquí, con Tata. No hay ceiba allá, en Baracoa, donde fué la pelea, con más raíces que yo. Y soy hombre de paz, pero el que quiera fajarse por Fidel, que venga y pregunte por Pedro Querene. Que aquí mismo lo tumbo». Págs. 211 y 212.) En este tiempo, Román ha pasado a ser contrarrevolucionario. La prohibición de la prostitución lo ha exasperado. Le han requisado su establecimiento y él ha colaborado, desde la isla, en el desembarco frustrado de los anticastristas. Después es detenido y enviado a un campo de trabajo. También Gladis es detenida, rasurada y enviada a trabajar. Ambos se escapan de sus respectivos campos de trabajo, Gladis busca a Ro-

mán hasta encontrarlo y ambos consiguen documentos falsos que les posibilitan la huída de Cuba, el exilio. Esto da oportunidad al lector de asistir al modo de vida de algunos exilados cubanos en España; su deseo de que los norteamericanos invadan de una vez la isla, su esperanza de recuperar sus posesiones, sus criados, etc.; y su desesperada vida sin dinero ni trabajo, comiendo en Auxilio Social, prendidos con avidez a los periódicos y la radio en espera de un cambio que no se produce. En este momento vemos a Gladis en el comedor de Auxilio Social, después en una ciudad astuariana, pensionada y viviendo de la prostitución esporádica, soñando todavía, aunque cada vez con menos fuerza, en ser la primera cancionera cubana; insistiendo ante Román para que éste le consiga una prueba en la radio o en alguna sala de fiestas, mientras va perdiendo la voz y aterrorizándose ante la lenta escapada de su juventud.

Como en *Los padrenuestros y el fusil*, el estilo de *La invasión* es realista, directo, certero. Las conversaciones están construídas con la apoyatura de numerosos «tacos», variantes populares, modismos, frases hechas, tanto por lo que respecta al ambiente asturiano y madrileño como por lo que respecta a las peculiaridades del lenguaje hablado cubano. La construcción, a pesar de la uniformidad con que viene dado el turno de aparición de cada uno de los cinco apartados interpuestos, no recae en la monotonía. Hay algún defecto, no obstante, que, sin ser sustancial en cuanto a los propósitos del libro, tiene importancia atendiendo al tono, a la velocidad natural de su lectura; se trata de algunas páginas de tipo costumbrista, intercaladas en la acción y a veces interceptándola; el defecto consiste no en que por sí mismas intercepten tal acción (pues, en verdad, parte del conjunto activo de este libro se forma, precisamente, con la aparición de esas estampas de costumbres, que condicionan las decisiones o indecisiones de los personajes, esto es, que los ligan al aparato social en que transcurren), sino en la naturaleza de algunas de esas páginas, una naturaleza discordante del contexto del libro; la discordancia se produce a causa de que en un libro cuyo desarrollo es realista, preocupado, aparece esporádicamente la interferencia de alguna breve historia escrita en un estilo humorista, caricaturesco, en donde los ocasionales personajes no resultan suficientemente reales, interrumpiéndose así el tono realista, sobrio, a veces incluso severo, del conjunto. Un ejemplo de este reparo puede verse en las páginas 111 y siguientes, en que se nos muestran dos personajes, Javierito y su madre, que parecen salidos de una comedia de costumbres, intrascendente y sólo muy levemente crítica. (En esta breve interpolación advertimos, además, un error de carácter decididamente objetivo; se lee en la página 114:

«Al llegar a la oficina [Javierito] da los buenos días, guarda el bocadi llo en el cajón de la mesa y se sienta; abre sus libros de contabilidad y se pone a pasar asientos; cuando se equivoca pide prestada una goma de borrar, siempre pierde las suyas. Si no se la dejan en aquel momento, raspa con una hoja de afeitar». Bien: en los libros de contabilidad no está permitido borrar; en todo caso no con goma o cuchilla... Este reparo es, desde luego, y con toda seguridad, una menudencia. Sólo denuncia una levísima falta de rigor.) En suma, por sobre este último y casi gratuito reparo, del que el autor de estas líneas, si lo apuran, casi se avergüenza, y de aquel otro reparo, ya aludido, más sustancial, *La invasión* es un libro bien hecho, de propósito noble y construcción capaz, y su autor, José Antonio Mases, un nombre a incorporar en un buen lugar de la joven narrativa española.—Félix Grande.

Carmelo Sáenz de Santa María: *El licenciado don Francisco Marroquín, primer obispo de Guatemala* (1499-1563). Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1964.

En el cuarto centenario de la muerte de este insigne y desconocido eclesiástico, el P. Carmelo Sáenz de Santa María, de la Compañía de Jesús, nos ofrece una biografía completa y seriamente estudiada de quien fué el primer obispo de la Diócesis de Guatemala.

Más importante todavía que la misma biografía en sí es la tendencia que representa. La historia de América no se reduce a unos cuantos hechos espectaculares de la conquista o de la independencia. Es la labor de tantos eclesiásticos y funcionarios (peninsulares, indios, criollos y mestizos), poco brillante y nada ruidosa, la que en su conjunto forjó las nacionalidades y preparó a los pueblos para la madurez e independencia. Los hechos de armas, aun a tan larga distancia de tiempo, todavía suscitan pasiones o, por lo menos, simpatías y antipatías. Raro será el que no pueda censurarse por algún exceso de violencia. La hazaña del guerrero puede fácilmente impugnarse por algún lado, y aunque la violencia sea tan común a todas las empresas humanas de conquista y avasallamiento, no se puede negar que contrastada con las normas rígidas del derecho, la acción del conquistador es casi imposible que carezca de máculas.

En cambio, de estos héroes pacíficos de la civilización, como lo fué el obispo Marroquín, nada puede decirse en contra. Para destruir

la ridícula leyenda negra hay el camino de demostrar que si hubo dureza en la conquista no fué singular y extraordinaria, ni la conquista se distinguió por ser dura y cruel, sino más humana que cualquiera otra colonización con la que pueda comparársela. Hay también este otro, bien sencillo y eficaz por cierto, de multiplicar las monografías sobre hechos y personajes concretos que, frecuentemente repetidos, nos dan por inducción una idea de cómo era el tipo común y corriente de los españoles que ejercieron su influjo en América.

Aunque no se sabe con certeza, parece probable que Marroquín naciese hacia 1499, en el valle santanderino del Pas, y de una familia hidalga. Con él se confirma la tesis, dilecta al marqués de Lozoya, de que la historia de España ha sido forjada en su mayor parte por hidalgos pobres; entendiendo aquí la pobreza en oposición al poderío y sin excluir alguna modesta hacienda. Era, además, licenciado: hombre de letras. Pasó a Méjico con fray Juan de Zumárraga, y entiende Sáenz de Santa María que pudo haber tenido previamente alguna entrevista con el emperador que se trasluce en cierto calor familiar que se nota en sus cartas a Carlos I. De Méjico pasó a Guatemala como predicador y protector de los indios, y después de alguna vacilación, de la que, se arrepintió luego, se declaró enemigo de la esclavitud de los naturales: «Alcanzo y sé no haber esclavo uno ni ninguno; y si dicen que lo hay es contra Dios y contra su ley divina y humana». Desde entonces, y para siempre, fué decidido impugnador de la esclavitud legal de los indios, a«unque a veces opinara —dice el autor que comentamos— que con los poseedores de buena fe cabía cierta comprensión y tolerancia con tal que se prohibiese definitivamente el tráfico». Se nos representa, pues, equidistante de la condescedencia injusta y de la áspera intolerancia de fray Bartolomé de las Casas.

El nombre de Las Casas y la cuestión de la esclavitud nos llevan de la mano para referirnos a uno de los aspectos más curiosos de la vida de Marroquín, como son sus relaciones con el famoso obispo de Chiapas, que Sáenz de Santa María trata con la objetividad de un buen historiador.

Marroquín fué coetáneo de Las Casas, ambos obispos y sus diócesis vecinas. Supone Sáenz de Santa María que su primer encuentro hubo de ser cordial y hacia 1538. En 1539, Marroquín llama a Las Casas «santo varón» en una grave carta al Cabildo de Guatemala, en que reprende escándalos y alborotos contra el mismo Marroquín por su celo en la protección de los indios. Pero en 1545, la ruptura entre ambos obispos se hace patente y ambos se quejan ante el emperador de la conducta de su colega.

No comprendemos bien ahora lo que significaban los reyes de Es-

paña para la Iglesia en la época imperial. El espectáculo de dos obispos acusándose mutuamente ante el emperador nos resulta extraño. Pero hay que tener en cuenta que, como dice el P. Leturia, citado por Parra-Pérez («El régimen español en Venezuela», p. 203), los reyes de España, por el real patronazgo, se consideraban investidos de una especie de *vicariato laico* o de «una especie de delegación permanente de la Santa Sede en el Nuevo Orbe». Eran en realidad ungidos de Dios y como el rey temporal que describe San Ignacio en los Ejercicios: humano, elegido de mano de Dios y a quien reverencian los príncipes y todos los cristianos.

El caso es que el obispo de Chiapas y el de Guatemala acudieron al emperador, por escrito, cada uno acusando al otro. Pero ¡qué diferencia de tono y de razonamientos! Desgraciadamente, para los panegiristas de Las Casas, cuanto más se leen sus escritos, más se convence uno de que el cerebro que los elaboró no funcionaba bien del todo. En su carta —agria y destemplada— hace a Marroquín de sospechoso linaje, lo cual en aquellos tiempos era gravísima injuria. De dañosa doctrina y laxa conciencia; de poco saber y, en suma, «de los más nocivos hombres que acá hay y que más daño hacen a las ánimas». Después de transcribir el párrafo se pregunta el P. Carmelo Sáenz de Santa María si estaba en su sano juicio el que así destroza la fama y la honra de su colega en el episcopado.

La carta de Marroquín al emperador, a mí tampoco me parece un modelo de mansedumbre y de templanza, pero, desde luego, se muestra en ella mucho más equilibrado que Las Casas. Marroquín señala el punto flaco de su adversario, fray Bartolomé, a saber: la imaginación desbordada y la oscuridad mental: «yo sé que él ha de escribir invinçiones e imaginaçiones que ni él las entiende ni entenderá». Un poco más duro es lo que a continuación añade de que «todo su edificio y fundamento va fabricado sobre hiprocresia *(sic)*, avaricia, y así la mostró luego que le fué dada la mitra; rebocó la vanagloria como si nunca hubiese sido fraile...», etc. En esto no le darán la razón a Marroquín la mayor parte de los historiadores que reconocen la sinceridad y rectitud de Las Casas, aunque su virtud fuese acerba, desequilibrada y poco simpática. Pero es difícil defenderse de un ataque violento como el del autor de la *Destrucción* sin excederse un poco ni devolver agravio por agravio.

Pero pasado este primer momento, en que la defensa propia le hace perder un poco los estribos, tenemos una hermosa prueba de su magnanimidad en la carta dirigida a Las Casas años después (3 de febrero de 1550), pues es cordial y amistosa, sin sombra de resentimiento. En cambio, el de Chiapas no parece que depusiese sus ren-

cores, como lo demuestra Sáenz de Santa María (nota 85, p. 64), citando un escrito de Las Casas en que previene contra Marroquín al Consejo de Indias.

Esto es solamente un episodio, aunque de los más interesantes, de la vida del licenciado Marroquín. En conjunto, leído el libro, se nos aparece su figura como la de un obispo ejemplar, celoso y cumplidor de su deber, con miras sobrenaturales. En su epistolario —que se reproduce íntegro, con muchas cartas inéditas y ocupa más de la mitad del libro— se nos descubre Marroquín tal cual fué como obispo y como hombre. La mayor parte van dirigidas al emperador. Las cartas que endereza a la sacra, cesárea y católica majestad rebosan de confianza y respeto, pero sin adulación ninguna. Le habla del testamento de Alvarado y de las deudas que dejó, y que lo más y lo mejor se dió a sus hijos, por los servicios hechos al rey por su padre «y por ser muchachos». Le propone la forma en que se pueden pagar pronto sus deudas para bien del alma del mismo Alvarado y satisfacción de sus acreedores. El nuevo asiento de la ciudad que se traslada a media legua de distancia de su antiguo sitio, donde esté más resguardada de las tempestades. El nombramiento de nuevo gobernador, con los nombres de los que parecen más idóneos. De todo se da cuenta minuciosa al emperador, cuya decisión se espera en lo grande y lo pequeño

«Lo que suplico es brevedad», dice el obispo de Guatemala, un poco desesperado de la lentitud administrativa. Pide al César que envíe una cédula en que se prohiba que nadie contrate con los indios, ni su propio encomendero, «porque demás de ser muy engañados y agraviados, hácense muchos robos». Cuando los naturales necesiten comprar o vender, que sea ante el protector suyo y la justicia, porque de ellos hay que cuidar como de niños.

Estas cartas son un maravilloso documento para conocer las relaciones entre la Iglesia y los reyes de España. El sumo respeto con que están escritas no impide al buen obispo decir al rey lo que conviene para «el descargo de v. real conciencia» (carta a Felipe II, 3 de diciembre de 1559, en que por dos veces se repite la frase). El hombre de carne y hueso Francisco Marroquín aparece también a veces, sobre todo en sus últimas cartas, en que se ve al «luchador fatigado», como dice el P. Carmelo Sáenz, disgustado por malicias y negligencias, preocupado por sus parientes hidalgos y pobres; y se declara él mismo «viejo, cansado y enfermo» (por dos veces y con estas mismas palabras) y pide la protección del rey para su familia. Pero la impresión general es que todas sus cartas están escritas «sin pasión y con verdad», como dice Marroquín en su postrera carta a Felipe II (12 de febrero de 1563). Es muy importante lo que observa Sáenz de Santa María de que no se

tomaban generalmente resoluciones en Castilla sin tener muy en cuenta el dictamen de Marroquín, y que de las censuras contra él no se hizo generalmente ningún caso.

Literariamente, las cartas de Marroquín no son ningún modelo, sino pesadas de leer y con poca gracia en el estilo. El esfuerzo que cuesta leerlas se compensa bien con su valor histórico y documental extraordinario.

La obra del P. Carmelo Sáenz de Santa María, S. J., se nos representa de gran utilidad para conocer la Hispanidad verdadera, sin leyendas negras o doradas; con sus luces y sus sombras, en la realidad rediviva que debe buscar apasionadamente todo historiador. Ojalá que estas biografías de personajes hispánicos, tan concienzudamente elaboradas, se multipliquen y derramen luz, como la vida y los escritos de Marroquín esclarecen los orígenes de Guatemala.—Jaime de Echanove Guzmán.

INDICES DEL TOMO LXII

NUMERO 184 (ABRIL DE 1965)

Páginas

ARTE Y PENSAMIENTO

HISPANOAMÉRICA A LA VISTA

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Seccion de Notas:

Sección Bibliográfica:

Ilustraciones de GALLEGO.

NUMERO 185 (MAYO DE 1965)

NUMERO 186 (JUNIO DE 1965)

ARTE Y PENSAMIENTO

HISPANOAMÉRICA A LA VISTA

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Sección de notas

Sección bibliográfica

Ilustraciones, de AGUIRRE